



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En ESPAÑA, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el EXTRANJERO, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Floridablanca, núm. 3.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Bequer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campomor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Fernandez y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejos Pita, Félix Piñueta, Garcia Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, José Fellu, José Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Labaila (D. Jacinto), Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarria, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Pocy, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Sanmartín y Aguirre (D. José F.), Teodoro Llorente, Trueta, Torres Mena (D. J.), Varela, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

Revista general.—Ultramar.—Estudio preliminar sobre la ley providencial del progreso, por D. F. J. Moya.—Celia. Estudio histórico. Venecia, por D. Andrés Avelino de Orihuela.—La ópera española, por K.—Suelto.—Agricultura española, por D. L. Corrales Peralta.—Una pianista.—Del matrimonio, por D. Benito de Arábido-Torre.—La formación de una idea, por D. Damian Menéndez Rayon.—Reflexiones políticas, por D. Miguel Sánchez y Pesquera.—El té.—Apuntes para una estética humorística, por D. Ventura Ruiz Aguilera.—Exposicion artística e industrial, promovida por la sociedad Fomento de las Artes.—Joyas y alhajas, ó sea: su historia en relacion con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. de Barreza, y traducida directamente al castellano por D. J. F. y V.—A ti (poesía), por D. Andrés Avelino de Orihuela.—A la primavera (poesía), por D. Luis Alfonso.—La estatura de Colon (poesía), por D. Rafael Pombó.—Rectificación a la poesía «En el campo».—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 13 DE JUNIO DE 1871.

REVISTA GENERAL.

I.

Los legítimos representantes del pueblo español, cuyos antiguos timbres son la hidalguía y la generosidad, cuyas modernas glorias son la cultura y el progreso, no podían impasibles contemplar los repugnantes hechos de los rojos comunalistas, sin que levantaran una solemne protesta, hija de su indignación y su horror. Así ha sucedido, y este es el acto importante con que ambas Cámaras han inaugurado los delegados de la nación el período quinquenal que hoy reñamos.

En el Congreso primero, é inmediatamente en el Senado, ha sido presentada y discutida una proposición encaminada á que uno y otro Cuerpo manifestaran respectivamente su reprobación hácia los crímenes y los criminales que han sabido convertir á París en otra Roma invadida por los bárbaros soldados de Alarico.

El hecho que acabamos de citar, reúne, á nuestro ver, mayor importancia de la que su solo anuncio manifiesta, y bien lo han demostrado las consecuencias á que por él se ha venido.

Ante todo, nos la proposición mencionada punto ordinario cuyo fin se reduzca á declarar lo que siente y piensa la representación del país acerca de determinados sucesos; es una declaración más solemne de la actitud que en nuestro país

determina la aparición de esas hordas, guiadas mejor que por su barba por el furor de la envidia y del odio social, y cuyo propósito se reduce á no dejar piedra sobre piedra en todo el espacio civilizado que llegue á recorrer su planta destructora.

Nadie podrá desconocer, si la sensatez le acompaña, que, dados la fuerza, el ímpetu, la osadía, con que los enemigos de nuestra social organización han penetrado en el que quisieran hacer campo de sus fechorías, lo que más importaba y urgía era que la sociedad entera amanzada irguiera su frente con valor y dignidad, para probar que no la habían impuesto, ni en lo sucesivo la impondrían, los desesperados ataques de sus adversarios.

Mientras en París un ejército leal y valeroso convertía en sepulcro de la Común las mismas ruinas en que ella pensara cimentar su reinado, era preciso—si tan notable y dichosa victoria no había de quedar reducida á su importancia material—que se la diera moral el apoyo de todos los pueblos, dando de esta suerte á conocer la existencia de una alianza espontánea, necesaria, indestructible, en quien reside la fuerza, la decisión y el aliento bastantes á desconcertar planes y manejos de toda escuela, cuyos principios bastardos no se funden, cuando menos, en la conservación de los vínculos sociales.

A tan importante objeto hemos visto responder el acto de discutirse y votarse por nuestros Cuerpos colegisladores la proposición á que dejamos hecha referencia.

En España, como todos los demás pueblos del viejo continente europeo, ha querido levantar su cabeza, y hacer ensayos de su actividad, el espíritu del comunismo, traidora serpiente que muerde hoy el pecho á quien debió el abrigo y el calor de libertad y progreso; aquí, como en Suiza, como en Bélgica, como en Alemania, han venido malignas influencias á preparar el terreno de la lucha de clases y la obra disolvente que en París ya se quiso realizar: hé aquí por qué, además de oportuna, ha sido necesaria la manifestación de vigor, de dignidad y de aliento que, en nombre de nuestro pueblo, han hecho los celosos representantes de sus altos intereses.

II.

Pero no queda en esto la importancia del extremo que nos ocupa; hemos hablado también de sus consecuencias, y á la verdad que en dos sentidos las ofrece dignas de consideración.

Las casi recientes declaraciones del jefe de la minoría republicana acerca de las simpatías é identidad de principios que á esta animaba hácia los hom-

bres de la Común, y la impresión que en el ánimo del país dejaron aquellas, avivaron el interés por descubrir al fin cuál sería la actitud á que la minoría, representante de su partido, habría de resolverse en vista de la desatentada conducta de sus patrocinados. Inesperada fué la solución que este particular obtuvo; inesperada, aunque para aquellos que más conocieran la exageración en que siempre ciertos federales, y singularmente sus caudillos han ido á inspirarse, guiados por el deseo de conservar una deleznable popularidad.

Nadie podía imaginar tal preocupación en los hombres del federalismo, que ellos por su propia voluntad, al paso que prestaran su adhesión á los horrendos crímenes de París, pusieran el partido que capitanean en el caso de perder organización y prestigio, dividiéndose sus hombres y avisando al país de los reprobables sentimientos que á los más notables de entre ellos animaban.

Esto, empero, sucedió; y colocado el partido republicano ante una proposición detrás de la cual solo había el camino de condenar el crimen y el de concederle aplauso y patrocinio, vióse á sus elegidos dividirse, entre riñas y reconveniones, adelantando unos por la primera senda, siguiendo los otros por la segunda, y quedándose el resto parado, en la cobarda irresolución que el temor les inspiraba ante el proceder de los dos anteriores grupos.

El partido republicano allí murió, aunque otra cosa pretendan sus hombres y sus diarios. ¿Qué vida le resta á un partido cuando pierde su unidad y su prestigio? Si alguna se empeña en conservar, á fe que no puede ser otra que la de la vergüenza y debilidad. Cuando la inconstancia y la pasión ha producido invectivas entre correligionarios; cuando la gravedad de un asunto ha causado diversidad y oposición de juicios; cuando entre estos últimos los ha habido solemnemente expresados, que insultaron á los mas simples principios de la moral y de la política, en vano es ya que el más desesperado esfuerzo se aplique á destruir ó borrar los efectos de tales pasos: la disidencia no se conjura ya, ni tampoco la antipatía que en el espíritu público se ha despertado.

Hay vidas ficticias, para consuelo de quien no puede infundir las verdaderas; ficticia habrá de ser la que el partido federal recobre, á puro de esforzarse sus caudillos; jamás verdadera, porque sobre haberse acabado esta en él, la ha perdido también su causa, después de haber probado por tercera vez en Europa su impotencia para producir otra cosa que conflictos y dolores, obstáculos y retrocesos, funestos resultados con que intercepta la desahogada vía del progreso general.

III.

En otro sentido ofrece importancia el debate sobre los sucesos de París, puesto que la tienen indudable las explicaciones dadas en el Congreso por los señores ministro de la Gobernación y de Estado, acerca del proceder que observará el Gobierno con los fugitivos franceses complicados en la extinguida insurrección.

El criterio de que ambos ministros se mostraron poseídos es el justo, y así lo prueba su perfecto acuerdo con el que ha presidido á las resoluciones tomadas en este particular por otros Gobiernos, y singularmente el italiano.

Reprobable y todo, en sus principios y tendencias, la insurrección parisiense no ha dejado de tener en un principio verdadero carácter político: cuántos de sus defensores, engañados, no tomarían las armas con el solo objeto de servir lo que se les presentaba como un ideal! Ahora bien, ¿sería justo y humanitario confundir en un solo anatema, en un solo castigo al que no manejó más que el fusil del insurrecto y el que blandió el puñal homicida y la tea del incendiario; al que solo disparó contra las tropas versallesas y al que asesinó á los rehenes de la Roquette? No por cierto: la distinción es precisa, y la distinción se ha hecho.

Nunca ha de hallar en nosotros aprobación la crueldad con que en el Parlamento belga se ha resuelto semejante punto; considerar como igualmente culpables el delincuente ordinario y el político, es, á nuestro ver, graves ofensas á la justicia, á la libertad y al sentimiento humanitario.

Pero es en cambio dar cumplimiento á un precepto de política, de moral y de derecho de gentes, el expulsar del suelo donde busque refugio el incendiario de las Tullerías ó el asesino de M. Darboy, entregándolo á la justicia que le solicita para hacer en él ejemplar castigo.

No hay país cuyo nombre se conserve honrado si llega á ofrecer abrigo á los monstruos de la humanidad, cuyo paso por la tierra queda señalado por montones de cadáveres y escombros.

IV.

En punto á las ordinarias tareas legislativas de las dos Cámaras, que tanto interesan al país, poco ó nada hemos adelantado, merced al afán que posee á las oposiciones por continuar interrumpiendo el curso de nuestra consolidación política.

El proyecto de ley de presupuestos, primera y vital necesidad de todo Estado, se halla hace días sobre la mesa del Congreso, sin que éste pueda entrar en su discusión, antes de haberla sufrido todas las enmiendas al proyecto de

mensaje, que en verdadero aluvion han presentado los diferentes grupos opositoristas.

Vanas ó superfluas todas ellas, nada significan, á nada se encaminan, como no sea á ofrecer nuevo pábulo á la intemperancia y espíritu violento de los partidos, que no han aprendido todavía á resignarse con los desdenes del país, que las últimas elecciones les hicieron tan visibles.

Todas las cuestiones debatidas y resueltas, ya por las Cortes, ya por el sufragio universal, durante el ya adelantado período revolucionario, han adquirido nueva vida y solicitado nueva discusión, por medio de las enmiendas á que nos referimos. Discursos, violencias, votaciones, programas, dudas, artículos y sueltos de periódico, todo cuanto hemos visto pasar en lo que llevamos de nuestra reorganización política, ha venido á renovarse y á encontrar eco en el conjunto de enmiendas y votos particulares de las oposiciones.

Desde el voto particular del Sr. Nocedal, verdadera proclama reaccionaria en que toda conquista liberal, todo principio moderno eran anatematizados, para dejar prevaleciendo nada más que el pretendido *derecho divino* de Carlos VII, hasta la formulación y simple protesta del Sr. Vidal y Lobatera en pró de sus ideas mezquinas y desprestigiadas, todo cuanto se ha traído al debate no tiene más carácter que el de capcioso pretexto para retardar la aprobación del proyecto, y con ella la de todas las interesantísimas cuestiones en que las Cortes han de entender.

Único asunto que ha conseguido atención es la ley para el reemplazo de este año; mas no ha sido sin que de los bancos federales salieran esas voces obligadas con que los diputados que en ellos se sientan se apresuran á hablar de un liberalismo y amor á la causa popular, de que nunca dan más fehacientes pruebas.

En el Senado tampoco adelantan gran cosa los debates, y entre los reaccionarios discursos de los señores obispos de Tarazona y de Osma, en que no han sabido estos conservar aquella laudable serenidad y mesura con que discutieron sus compañeros de Cuenca y Urgel en el debate de la contestación al discurso de la corona, y los discursos justamente aplaudidos y alabados de los Sres. Moret y Figuerola, las sesiones de la alta Cámara se han deslizado durante los últimos quince días, dejando iguales pruebas de la intransigencia carlista y federal que hemos tenido ocasión de observar en los debates del Congreso, y que pueden servir á ciertos distritos para juzgar del agravio que á sí propio y á todo el país han inferido, concediendo sus votos á quien tan mal demuestran haberlos merecido.

V.

En vano trataríamos de hacer una reseña de lo acontecido en Francia durante el período á que nos referimos en esta revista. En aquella nación, cuyos sucesos absorben y paralizan la política general de Europa, la situación es tan agitada y excepcional que no hay un hecho insignificante, ni serie de ellos que no tenga encadenamiento con todos los demás.

Mientras se apagan las humeantes ruinas de los incendios que alumbraron la agonía de la Común, la autoridad militar, sin más restricción que su propio arbitrio, dicta medidas de todo género, exageradas en unos casos, crueles en otros para conseguir la total pacificación, y malamente buscando por el terror lo que bastaría á producir la autoridad y la justicia.

Afortunadamente, tras los sangrientos ataques y acometidas de los soldados, vinieron los fusilamientos acordados por la autoridad, y en pòs de estos llegan ya las meras deportaciones.

El porvenir de la Francia sigue, con todo, oscurecido; nadie, ni aun sus mismos gobernantes, acierta á descubrirlo, ya que ni el levantamiento de la proscripción á los príncipes, ni la entrada en Francia de los de Aumale y Joinville, ni los manejos napoleónicos, ni la voluntad de Thiers, ni finalmente, los propósitos de los republicanos que combatieron á la Común, pueden servir de base segura en que hacer predicción ni conjetura alguna.

Lo que podemos tener por cierto es la caída de la causa republicana: las cir-

cunstancias y su color excepcional podrán dar á la república algún sosten, ya que no esta coyuntura, para que el pueblo francés sufra un cambio de Gobierno, pero la institución ha caído entre el desprestigio general y aun entre el desengaño de muchos de sus partidarios.

Hoy ha demostrado la república no ser menos impotente que en otras épocas lo ha sido para la conservación de los intereses sociales y dar impulso al progreso de los pueblos; hoy ha sido la república el huracán que ha querido arrastrar en pòs de sí todo lo existente, ni más ni menos que lo fué en el 93 y en el 48. Las pasiones que en estas épocas se desbordaron, las locuras que se produjeron, las perturbadoras utopías que recorrieron la Europa, los crímenes que se consumaron y la sangre que se derramó no han dejado de ser en la época presente el terrible epílogo en la transitoria vida de una institución que no responde á las necesidades, carácter y estado de nuestra sociedad.

La revolución legítima, aquella que efectúa la razón de los pueblos y la fuerza natural y espontánea de tiempos y sucesos, no se hacía por extraviadas vías ni por desatentados procedimientos. La revolución tiene sus etapas, y en cada una de ellas se presenta por sí misma, determinando sus exigencias.

Hoy, en vano lo negarán los alucinados, la revolución está representada por la monarquía liberal en cuanto á instituciones; por los derechos individuales en cuanto á principios; ambos puntos son la expresión revolucionaria de los actuales momentos, porque lo son del progreso efectuado, al paso que se distinguen por su poder y eficacia sobre los destinos de los pueblos.

¿Qué ha hecho la república? Destruir y esterilizar: no queda en la senda del progreso una sola huella de su paso. Y en cambio, ¿qué hace la monarquía liberal? Responda la libre Inglaterra, la feliz Bélgica, la regenerada España y la poderosa Alemania.

Nada más nos queda en que ocuparnos de lo notable que haya ocurrido en la esfera internacional, como no sea la aparición de la carta encíclica *Tam prius quam*.

Hagámoslo brevemente para deplorar el espíritu ultramontano que en ella domina.

Hasta la primera dignidad de la Iglesia católica, hasta las mismas gradas del sòlo pontificio han conseguido ciertas malignas influencias que llegara la preocupación absolutamente infundada de que los recientes adelantos de las naciones se hallan reñidos con los intereses de una religión, cuya base no es otra que el principio de fraternidad y humano progreso á que tales adelantos han cedido.

No domina en todo el texto que la forma otra idea ni tendencia que la de repetir y fortalecer la Santa Sede su protesta de 2 de Marzo contra la anexión de la capital romana al resto de la Italia, como dichoso término de su anhelada unidad; y á la verdad que, si tenemos cuantos motivos dejamos expresados para lamentar semejante insistencia, no podemos hacer menos con referencia á la forma que en ese importante documento para tal objeto se emplea, dura y apasionada como jamás ha sido propia del carácter que la dignidad pontificia atribuye á la elevada persona que la posee.

ULTRAMAR.

INMIGRACION.

IV.

No vamos á enumerar todas las causas á que nos referimos al final de nuestro último artículo, ni á ocuparnos especialmente en cada una de ellas. Haciendo lo primero habríamos de descender á pormenores que mal se avienen con la naturaleza de la prensa, llamada solo á indicar los más capitales puntos de vista, é intentando lo segundo tendríamos que abordar muy prolifas cuestiones. Limitáremos, pues, á insinuar aquellas causas principales que indudablemente se oponen á la natural organización del trabajo en Puerto-Rico, y que deben por lo tanto ser removidas cuanto antes para que entre aquel en condiciones normales.

Es innegable que los brazos libres se retraen del trabajo material en la menor

de las Antillas españolas. Hé aquí un hecho que se ha ofrecido y se ofrece aun á los ojos de muchos; que muchos, y no pocos en son de triunfo, han consignado, y cuyo origen no se ha tratado de indagar. ¿Es esto lógico? ¿Es recto este modo de proceder? Observar un hecho en sí mismo, hacer de él un arma contra un pueblo entero, y no perder ocasión alguna para arrojarlo á la faz, es tarea en sumo grado fácil, y mas que fácil, cómoda y conveniente. Pero no es eso ciertamente lo que reclama la justicia, y ya que se observa el fenómeno es natural, es preciso remontarse á su origen, para indagar si se debe exclusivamente á la índole del país donde se realiza, ó si, por el contrario, deriva de otras causas independientes de aquel. Así vamos á hacerlo nosotros, y sin negar la verdad que es de mera evidencia, procuraremos manifestar lo que maliciosa ó inadvertidamente se pasa por alto.

El trabajo material se encuentra desprestigiado en Puerto-Rico; créese allí que la aplicación de las fuerzas físicas á la producción es indigna de seres inteligentes y libres, y que todo lo que con semejante aplicación se relacione envuelve una infamia manifiesta. ¿Es exacta esta creencia? Nuestra respuesta no puede ser dudosa; contestamos negativamente. Cuando con la precisa detención se observan las cosas, cuando se las considera en sí mismas, el trabajo mientras sea lícito no puede infamar á nadie, cualquiera que sea el estado social y la condición de generalidad de los que á las tareas materiales se consagran. Pero desgraciadamente la mayoría de los individuos no es dada á tales reflexiones, juzga por las apariencias, y sucede en no pocas ocasiones, que lo que es falso y carece de fundamento produce los mismos efectos que lo verdadero y sólidamente basado. Es un error, lo confesamos desde luego, pero siendo hasta cierto punto irremediable, dada la humana naturaleza, debe ser tomado en consideración. Tan cierto es lo que llevamos dicho que, apenas damos con una persona menos ignorante y menos susceptible que las demás en este punto, la vemos dedicarse al trabajo material, sin fijarse en el estado de la mayor parte de sus otros compañeros de fatiga, y no mirando mas que los buenos resultados de su modo de proceder. Pero sucede en Puerto-Rico que, existiendo todos los gérmenes de la preocupación á que nos referimos no hallamos ninguno de sus correctivos, ni por despertarlos se hace nada. La verdad, enemiga constante del error, se obtiene con no pocas dificultades en aquellos países, de donde resulta que el número de los completamente ignorantes es superior de mucho al de los que tienen la fortuna de no vivir en perpetuas tinieblas, siendo consecuencia inmediata de esto la facilidad con que arraiga y cobra medros la preocupación, mayormente la que al trabajo se refiere; porque en este particular la falta de instrucción se halla secundada por la natural tendencia de todos los hombres á la holganza.

Y esto que venimos consignando no es puramente teórico, como alguien pudiera sospechar. Nó, la historia comprueba y robustece lo que la sana razón indica. En los pueblos antiguos, dominando por una parte la preocupación que hemos consignado, é ignoradas por otra las grandes y saludables verdades, desentrañadas recientemente por la ciencia económica; en los pueblos antiguos, decimos, no ya se huía del trabajo, sino que se le profesaba verdadera aversión. Y sin embargo, ¿cosa extraña é inexplicable en el primer momento! para dichos pueblos ha tenido escusas la historia y disculpas todos los que en ellos se han ocupado y ocupan. Censúraseles, es cierto, pero nadie lleva la censura hasta el extremo de calificar de *vagos* á todos los individuos que los compusieron. Frases semejantes parece que se han ideado para las Antillas españolas únicamente. ¿Por qué así?—preguntamos nosotros.

Si en virtud de una preocupación natural, valedera por tanto, se cree infamante el trabajo; si por destruirlo, difundiendo su correctivo, que es la instrucción sobre la materia, nada, ó poquísimo se hace, ¿qué mucho que la causa produzca sus efectos? ¿Qué extraño que se mire con indiferencia el trabajo? ¿Son acaso, ni pueden ser de distinta índole los hijos de las Antillas que los in-

dividuos que constituyeron el mundo de la antigüedad? Y si no son, ni pueden serlo, ¿á qué usar de benevolencia con estos y de acrimonia con aquellos? En este terreno no concebimos transacción alguna: ó caiga sobre todos la censura que con los unos se emplea, ó hágase extensiva á todos igualmente la parsimonia con que á los otros se trata. Esto es lo que dicta la lógica. El proceder contrario es inexplicable. Mal decimos; es injusto, pero susceptible de fácil y satisfactoria explicación.

ESTUDIO PRELIMINAR

SOBRE LA LEY PROVIDENCIAL DEL PROGRESO.

XV.

La igualdad del derecho.

En la explicación de nuestro pensamiento procuraremos hacer sensible que los vicios, los errores, las preocupaciones, la mala fe, el sòrdido interés y los crímenes, en fin, tienen su origen y proceden directamente de la legislación, de las instituciones y de los abusos que se han perpetrado contra la naturaleza y la humanidad. Nuestros estudios y las observaciones que de ellos se deduzcan probarán que el hombre es bueno, moral y físicamente, como resultado de su organización, cuyas facultades son indefinidamente perfeptibles, y que la verdad, la virtud, la felicidad, el orden, el derecho, la justicia, la libertad y el progreso tienen tan íntimo enlace, tan poderosa é indisoluble conexión, que todas estas ideas se refunden en una sola sinonimia: la de fraternidad. Toda la cuestión estriba en respetar en el hombre el derecho natural, ilustrándolo por medio de la educación sobre la naturaleza de sus sentimientos morales, sobre el interés de conformar sus actos á los preceptos de esa moral austera que reduce su teoría al amor del prógimo, y que quien seareligioso aprende en todo cuanto le rodea y se relaciona con el movimiento orgánico de la materia animada por el espíritu. Si el ignorante, cuyas pasiones han sido pervertidas por el instinto grosero, que la sociedad no ha pulido y deja inculto, se engaña á menudo, seducido por un falso egoísmo acerca de su interés, el que ha recibido el bautismo de la ciencia y logrado la satisfacción de escuchar la voz de los dulces sentimientos que confunden su bienestar con el de los demás, bien comprende que su conveniencia verdadera, positiva, depende de la moralidad de su conducta, que le permite gozar la plenitud de sus facultades en la misma proporción que sus semejantes, siendo objeto para ellos de tierna solicitud y de afectuosas atenciones, por el mútuo cambio de simpatías que establece la solidaridad del deber. El mayor placer del hombre ¡culto, cuya bondad natural ha desarrollado la educación, es el de hacer bien, y aun cuando no sea más que por ese orgullo que llamamos honor, y que en último análisis viene á ser el amor propio, ninguno querrá ser inferior en virtud y honra en una sociedad en que estos títulos basten para obtener el aprecio público. Si está probado que nadie obra mal por gusto, y es un hecho evidente para los filósofos criminalistas que los delitos son resultado fatal de un vicio orgánico en determinados individuos, y en la generalidad de los casos de la total falta de educación, lo que importa es propagar la luz de la verdad, grabar en la conciencia del niño la seductora noción del bien, por el desarrollo de su sensibilidad, y proporcionarle de esta manera el medio de emplear útilmente la actividad de sus fuerzas físicas, y la aptitud de sus facultades morales.

Por esta consideración habremos de fijarnos en la necesidad de atender con preferente solicitud á la educación é instrucción de la infancia, insistiendo en que todos, absolutamente todos, sin excepción uno solo, tienen igual derecho á recibir ese beneficio. Los progresos de la agricultura, de la industria, de las ciencias físicas y exactas, de la economía política, de la cosmogonía, de la cosmología, de la cosmofísica, del derecho natural y de la legislación, el de todas las artes y las ciencias, determinan el desenvolvimiento de que ha llegado la hora de la redención del hombre, pues que todos esos adelantos conspiran al propio fin, que es su engrandecimiento y per-

feccionamiento indefinido. Y como el talento, la sensibilidad y la virtud no son privilegios de una clase, y la experiencia confirma que en las infimas hay todavía mayores disposiciones para brillar por esas cualidades, que la ignorancia aniquila realmente, claro es que se comete una tiranía sin nombre privando á tantos millones de hermanos nuestros por la sangre y el espíritu del primer derecho con que han venido á la vida. De ahí que se reclame con tal instancia por los amantes de la libertad la igualdad de instrucción, porque esa es la igualdad del derecho, el medio de afianzar sólidamente el orden de la justicia, y la garantía de que en un porvenir que todos podemos alcanzar aun, presenciaremos la victoria gloriosa y pacífica, que de otro modo no sería lo primero, de la igualdad y fraternidad en todas las relaciones políticas, sociales y civiles.

Bien se ocurre que la igualdad absoluta no es posible en el orden material de la actividad humana, porque la misma naturaleza nos ofrece por todas partes desigualdades fatales; pero la igualdad de derechos irá borrando entre los hombres las diferencias y perfeccionando hasta su organismo físico, pues no es un misterio para la ciencia cuánto influye en la generación la comodidad, el bienestar, la tranquilidad respecto al porvenir, y hasta el grado de civilización ó fuerza moral de los padres. La fuerza, la destreza, la actividad, la agilidad, la delicadeza de los sentidos, la agudeza del ingenio, son facultades que ciertamente pueden transmitirse y que se transmiten, así como la belleza física, que por punto general es el signo exterior de la bondad y marca su perfeccionamiento en las razas. Las desigualdades que la misma naturaleza ofrece bastan y sobran para que tengan aplicación todas las aptitudes más diversas, y ejemplo de esto por analogía lo encontramos en la clave musical, cuyos tonos difieren entre sí cuanto dista el grave del agudo, y sin embargo combinados producen inagotables raudales de armonía, porque todos son iguales y tienen igual valor relativo.

Los medios de que dispone la civilización pertenecen ya á la humanidad, soberana de la tierra, y los reyes no sabrían qué hacer de ellos si tuvieran poder bastante para continuar disponiendo del derecho. Pero eso es una quimera: los ferro-carriles, el telégrafo, las máquinas que economizan el trabajo personal del obrero, la imprenta que por una coincidencia providencial multiplica las bibliotecas y el saber por el número de lectores, y el espíritu de asociación, que ha engendrado al cabo de diez y nueve siglos el precepto de amor del Evangelio, son el síntoma cierto, los anuncios del espléndido porvenir que se descorre ante la humanidad. Está positivamente cercano, y nos alumbrará la aurora del día en que los hombres sean libres por la fraternidad que ya les atrae, y sólo inclinen su frente al yugo de la razón; y entonces los tiranos y los sacerdotes, los opresores y los hipócritas ministros del error con el séquito de estúpidos ó interesados instrumentados descendrán á los abismos del pasado, no quedando de ellos más que el triste recuerdo en la historia de sus crueldades y de los horrores de su dominación.

La confederación de las naciones consolidará la paz en la universalidad del derecho, y en vez de aunarse para llevar la desolación de la guerra á los pueblos débiles, organizarán sus ejércitos de obreros y de sabios para realizar las empresas reservadas por la Providencia á su gigantesca fuerza. Aplicándose á los ejércitos de la industria una parte de las riquezas que hoy se invierten en elevar á ciencia el arte de matar y de arruinar ciudades, en una ó más campañas se llevarán á cabo prodigios como la apertura del istmo de Suez, se perforarán todas las cordilleras que embarazan el curso de la civilización, se llevará su glorioso estandarte á todos los climas y territorios, se abrirán canales que lleven á los ríos y los mares las fértiles aguas de los pantanos, y que sirviendo otros de arterias á los ríos fertilicen el suelo abrasado por la sequía; se recojerán en los vasos que ha trazado la misma naturaleza las aguas torrenciales que corren ahora en precipitados torbellinos al mar, arrasando al paso feraces comarcas, y concluirá el hombre, en fin,

por encadenar á la naturaleza á su voluntad, realizando quizá el sueño de Fourier, que concibió la posibilidad de regenerar el planeta por la transformación sucesiva de sus condiciones climatológicas. ¡Quién sabe los portentos que llevará á feliz término el genio del hombre en comunión constante con la humanidad cuando cuente con la fuerza de toda ella para abrir nuevas vías á su actividad y satisfacer la ferviente aspiración que sin duda es la profecía, la inspiración de su destino, indefinidamente perceptible!

Una de las primeras conquistas de la asociación por el espíritu de fraternidad práctico, será la reforma de las actuales legislaciones, impotentes para conseguir el bien que se propusieron Hijos de la barbarie y de la rudeza de las costumbres, expresión concreta de la falsa idea que el hombre tenía de la propiedad y del trabajo, de la economía política y de la soberanía del poder y de la religión, del derecho y de la justicia, su acción es inhumana, inmoral, porque se limita á señalar hechos existentes, cuya bondad relativa, accidental, no se cuidan de demostrar á los subordinados, sujetos, sin embargo, á una penalidad terrible. La ley debe ser la expresión de una necesidad social, reconocida y aceptada por todos los interesados en la eficacia de sus disposiciones, y su objeto preservar al individuo hasta de la tentación del delito, lo cual se obtiene enseñándole que su derecho consiste precisamente en conformar á ella todos sus actos, porque ella garantiza la igualdad de los asociados. Cuando la educación convenga al hombre de que el trabajo es algo más que su deber, pues que también es su derecho como medio de satisfacer convenientemente sus necesidades, y esta condición sea igual para todos; cuando la experiencia, de acuerdo con la doctrina elemental de la escuela, le haga ver que la asociación le asegura la subsistencia holgada en recompensa proporcionada á lo que personalmente produzca, ya con el empleo de sus fuerzas físicas, ya con el concurso de su actividad moral, ya por el anticipo de otro capital cualquiera; cuando la sublime concepción del bien público no se halle en contradicción con la del particular, y cuando sea, por tanto, atractivo ese trabajo que la preocupación ha hecho considerar como pena, retribuyéndose más los que sean más duros y repugnantes, las leyes serán de tal manera justas, conformes á los sentimientos de fraternidad, que no será menester cohibir á nadie para su cumplimiento y fiel observación. La ley, por consiguiente, no debe admitir siquiera la necesidad de sanción penal, bastando que una especial defina los derechos y deberes, declarando exceptuado de los primeros al infractor de las obligaciones sociales, y sujeto á un sistema de correcciones graduadas según la naturaleza y los caracteres de la trasgresión. La teoría de la fraternidad rechaza el derecho de penar; no reconoce en la sociedad facultades para atormentar al hombre por vía de castigo, ni mucho menos considera justo privarle de la vida, condenar á su familia para que el culpable redima su delito. Si á pesar de la educación, de la igualdad y del bienestar que ha de alcanzar el hombre ha de haber alguno tan desgraciado que delinca contra la persona ó la propiedad de sus hermanos, será durante un corto espacio de tiempo, así lo esperamos, una excepción de la naturaleza; y así como en ella ha de corregir sus vicios y perfeccionar sus medios de acción la inteligencia de la humanidad elevada á potencia, así también y por el mismo orden deberá apoderarse del enfermo para curar su dolencia, ó aislarlo si es irremediable para que no se inficione á los demás con su contacto.

En el sistema penal vigente, hijo legítimo de la usurpación y la conquista, el condenado es una víctima de la ignorancia y del vicio de las instituciones, á quien el hombre sensible no puede odiar, y por el contrario compadece, de acuerdo con esa religión de amor que lo recibe en el seno de Dios y lo juzga redimido por el dolor y el arrepentimiento. El actual sistema social no enseña ni corrige, pena y mata; deja impune los grandes delitos contra la humanidad; corona á los conquistadores que despojan de su propiedad á las naciones; honra con el título de so-

beranos á los que usurpan la soberanía de los pueblos; ciñe de laurel la frente de los soldados que huellan con su planta la libertad; ennoblece á los que escamotean la fortuna pública, y sólo apellida delincuentes á los pobres hijos del pueblo que por falta de ilustración, de consejo, de dirección y del amor de sus padres, quizá pervertidos y criminales, solicitados por el ejemplo, desesperados por la indiferencia de que son objeto, se precipitan en el despeñadero que la civilización deja abierto á sus pies. La fraternidad en la asociación redimirá al hombre de la triple esclavitud, de la ignorancia, la miseria y el cadalso por la santa virtud del trabajo. Y sin violencia ni coacción, sin ejércitos ni sangre, sin alcázares ni ciudadelas, sin lágrimas ni hambre, sin verdugo ni cadalsos, todos harán el bien por el placer, por el interés de hacerlo, trabajando de concierto en las diversas escalas de la producción á que se sientan inclinados, porque el hombre no ha nacido para el ocio, y la gran alquimia del porvenir consistirá en ofrecer útil ocupación á toda clase de actividad, y el aliciente de una recompensa proporcionada á los caracteres más exigentes.

Nunca lo repetiremos bastante: todos los vientos son revolucionarios. Las corrientes de ideas que el progreso de las ciencias y de las artes, de consuno con el desarrollo creciente de la imprenta, ha establecido de pueblo á pueblo, y de uno á otro hemisferio, empuja impetuosamente á la civilización hacia la democracia. Y pues que no hay ejemplo en el mundo de que una idea de justicia haya sido ahogada por la fuerza, pues que ninguna reacción ha detenido el movimiento de los sucesos más que por breve espacio de tiempo; pues que la revolución, rechecha de pasajeros descalabros, desembarazada de pretensiones comunistas, libre de cólera, inspirada por el espíritu de fraternidad, con el Evangelio en la mano y la doctrina de la redención en su alma, con el ideal de la justicia en el pensamiento, se presenta en la hora marcada por el destino, no como Cain, sino como el Cristo, si proclamando la igualdad del derecho, santificando el deber, hagámosle plaza todos, desembaracemos su camino, y los hijos de los esclavos, de los siervos de la vispera, mostremos á los conservadores de qué manera tan fácil y honrosa pueden salvar á la Europa del cataclismo en que la envolverían, de seguro, las olas de la indignación universal, si se empeñaran en sostener el privilegio irritante de la usurpación contra la augusta autoridad del derecho, que es lo único imprescriptible y eterno.

Ya es hora de terminar la farsa y el juego de las instituciones, renunciando al pretendido equilibrio de los poderes que el eclecticismo ha inventado con torpeza, y quien sabe si mañana será tarde, y por empeñarse en conservar la monarquía bajo la base del supuesto derecho antiguo, con su historia, su tradición y sus razas, se nos precipitará en los horrores de las facciones y dictaduras que desgarran las entrañas de la América española. El curso de la opinión no puede hallar obstáculo en nuestro tiempo, y no cabe imprudencia ni exageración en las pretensiones de los que sufren, desheredados en la humanidad desde el principio de las edades, el ominoso yugo de todas las arbitrariedades.

Libertad y asociación, igualdad y fraternidad: hé ahí los términos de la evolución que á costa de torrentes de sangre y de lágrimas se viene elaborando desde que vertió las suyas el Hijo del hombre para redimirlo de las cadenas de la ignorancia, porque el mal es la ignorancia, y Satanás bajará al Erebo para toda la eternidad el día próximo en que el hombre reciba la mística eucaristía de la ciencia, que sus tutores han mantenido encerrada en el santuario.

Y llegará, impío sería dudarlo, el reinado de Dios sobre la tierra, no como los obispos lo han entendido (1), sólo para ellos y el Papa, su autócrata político y religioso, sino para el hombre individual y colectivo. «Mi reino no es de este mundo,» dijo el autor de todo bien, la supre-

(1) Véase la carta del cardenal arzobispo de Santiago al director de *La Iberia*, inserta en los números 3468 y 3469 de este periódico, correspondientes á los días 28 y 29 de Setiembre de 1865.

ma bondad, porque aquel mundo estaba condenado á derramar la sangre del Justo, para que aprendieran las naciones, por el martirio, á respetar en el hombre la sangre, el espíritu de Dios encarnado en su Divino Hijo. La humanidad ha expiado en el Calvario de su historia la pasión y muerte de su Redentor. *Hosanna, hosanna*, gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres en la tierra para que puedan adorarlo en la humanidad y en la naturaleza.

F. J. MOYA.

CÉLIA.

ESTUDIO HISTÓRICO.—VENECIA.

POR

Don Andrés Avelino de Orihuela.

A mediados del siglo XVII existía aun Venecia. La Vénus de los mares, si por desgracia se encuentra despojada de su antiguo esplendor y poderío, todavía no lamentaba la pérdida de sus grandezas; hoy, moderna Nióbé, no le queda más que el recuerdo de sus pasadas glorias, y cubierta de duelo, la reina del Adriático vuelve los desconsolados ojos en torno á las potencias que la rodean, y no halla un faro en Europa donde pueda fijar sus esperanzas.

Si por la época primera, á que nos referimos, los fieros patricios descañaban en sus sepulcros, enmohecidas las armaduras de hierro, más tarde sus descendientes los vengaban del olvido de la gloria, entregándose á las orgías y á las bacanales; en el siglo XVII las coronas de jazmines habían reemplazado á las coronas de laureles.

Venecia se enorguece con sus fiestas.

La juventud de San Marcos, la aristocracia bullidora, sedienta de goces y ávida de emociones, convidaba á la Europa entera á participar de sus espléndidos festines y de sus locos Carnavales.

Las noches venecianas, que después pretendieron parodiarse en París dentro del bosque de Bolonia, entonces ni antes han conocido nada de feérico que pudiese rivalizarlas.

Entre los extranjeros que secundaron tan bullicioso y alegre llamamiento, citábase al conde O-Fael.

En 1751, este rico propietario irlandés había llegado de visita á Venecia y se alojó en el palacio Barbieri con su esposa la condesa Matilde y Célia, único fruto de sus amores.

Para dar una idea aproximada de la belleza de esta encantadora criatura, necesario sería manejar una pluma que tuviese algo de divino.

Aunque Célia vino al mundo bajo el nebuloso cielo de Inglaterra, esta joven, heredera del título y riquezas de los padres, por mágico capricho de la naturaleza ofrecía un contraste en lo negro de su ensortijada cabellera con el azul marino de sus ojos, las sedosas pestañas con el trasparente alabastro del semblante; y era tanta la regularidad y pureza de las líneas de su contorno, que fácilmente se la habría tomado por uno de esos admirables modelos que Dios y Roma colocaron ante el creyón de Rafael.

En el Capitolio ó en el Campo de Marte, Célia habría guiado soberanamente los coros y las fiestas seculares: Petrarca la hubiese cantado, el Dante se habría puesto de hinojos ante ella, embriagado en respetuosa contemplación.

Cuando Célia atravesaba grave y magestuosamente las galerías del palacio Barbieri, hubiérase dicho que la diosa de la poesía visitaba el templo de las artes para saludar á las obras maestras de Tintoretto y del Ticiano.

En tan hermoso cuerpo residía un alma aun más hermosa: la fisonomía de Célia revelaba una inteligencia nada común; su corazón aterroraba los más elevados y distinguidos sentimientos.

El amor de la condesa Matilde hacía su hija podía decirse que rayaba en demencia. El duque de Candia, habiendo advertido un día á esta madre, idólatra de su hija, que las noches que pasaba en las fiestas podrían alterarla la salud:

—¿Qué importa, contestaba, cuando duermo, no tengo el placer de oír ni de hablar á mi hija. Algunas veces Célia parecía meditar.

—Madre mía, decía ella entonces, apresúrenmonos á gozar de nuestra felicidad presente; hoy hace un tiempo demasiado hermoso y sereno para que el de mañana se le parezca.

Por ventura, ¡la felicidad no tiene sus temores, como la desgracia sus esperanzas! Los gozos del corazón desaparecen con más rapidez que los galanos días de la primavera.

Célia había traído de Irlanda una aya joven, inteligente y más encarnada que una rosa de Alejandría. Niñas las dos, se habían mecido en una misma cuna ó igual alimento les había servido de lactancia. Cuando Nancy creía entrever alguna sombra de tristeza en el semblante de su compañera, con la sonrisa en los labios apresurábase á distraerla, prelujiándole en el arpa cánticos nacionales de Escocia ó himnos populares de la Irlanda, recuerdos gratos del país de su nacimiento.

Llegada la época del Carnaval, el conde O-Fael resolvió dar un baile que sobrepusiese en magnificencia á la que los demás señores prodigaban en sus palacios; abrió el libro de oro de la serenísima república, y convidó á toda la aristocracia veneciana, sin olvidar ni á los ex-

trajeros notables que se hallaban accidentalmente en la ciudad.

El palacio Barbieri fué decorado con un lujo tan extraordinario como nunca en casos semejantes, y ostentando la mayor profusion de flores raras en los adornos de las escalinatas de mármol de tan imponente edificio; los grandiosos espejos en combinacion repetian hasta lo infinito, como por encanto, las estatuas antiguas, los lienzos de los mejores pintores y todos los artesanos de oro, cornisas y chapiteles de las inmensas galerías.

Entre los patricios, uno tan solo quedó sin ser invitado á participar de la fiesta, sin embargo de ser de los más ricos y uno de los más elegantes entre los otros.

Félix Malespina, heredero de la familia de su nombre, gozaba, con fundado motivo, de la triste celebridad de ser uno de los jóvenes más calaveras entre los nobles de Venecia. Su conducta causaba escándalo en una ciudad donde no era comprendida esa palabra en su genuina significacion, porque era desconocida; tanta era entonces la corrupcion de las costumbres.

Las fiestas en que figuraba Malespina no eran sino verdaderas saturnales; siempre fueron sus únicas distracciones las orgías, no de las verdaderamente inmundas, pero de la naturaleza de aquellas que, avergonzadas, se ocultan bajo el manto del misterio, porque á presentarse en toda su diafanidad repugnarían tal vez los actos licenciosos, tanto traje de seda salpicado con la espumosa champagne, tanto cinismo en las Malespina que provocaban las improvisaciones de los poetas.

Malespina, como decíamos, fué el único de la lista de los nobles del libro de oro á quien no se dirigió escuela de convite para subir las escalinatas del palacio Barbieri.

Esto, en aquella época, fué un insulto, una mancha en el brillante escudo de armas de tan noble mancebo, un accidente que no podría pasar desapercibido. Verdad es, que en medio de tanto lujo, cánticos, iluminación y música, ¿quién podía echar de menos á Malespina? Una ó dos mujeres á lo más; y aun no puede llamarse recuerdo ese fugitivo momento en que se nos presenta un nombre á la memoria, porque preciso era que se evaporase perdido entre los melodiosos acordes de los instrumentos ó entre los acompasados balances de las danzas.

Todos los señores que concurren al baile del conde O-Fael se habian disfrazado de la manera más caprichosa y de buen gusto; las señoras con medios antifaces, paseábanse por los espaciosos salones del palacio, luciendo los trajes más vistosos y elegantes, resaltando la coquetería y los usos de todos los países y de todas las épocas.

Célica llevaba uno de esos vestidos fantásticos que con su pincel ha inmortalizado el Ticiano. Cubrálale la cabeza en torno de la frente un capuchon de terciopelo, y en la orla del traje, en un bosque de blondas, ondulaba un ancho galon de finísimo oro; los brazos, de contorno admirable, estaban cubiertos con anchas mangas de tela transparente, adornándose cerca de los puños riquísimos brazaletes de brillantes, esmeraldas y perlas, obras maestras de arte y de buen gusto.

En torno de tan hermosa jóven se agrupaban, disputándose la preferencia en la galantería, Justiniano, Barbarigo, Loredano, Fanti, Steno, Donati y cuanto Venecia comprendía de más distinguido entre sus hijos, de más ilustre y de mayor importancia en la política, las armas y las letras. Los ancianos, durante los intervalos de las danzas ó de literatura y bellas artes; los jóvenes se apresuraban á tributar á Célica los más respetuosos homenajes.

Ya el uno, vestido de persa, le decía con laudable entreabierta de la flor del granado, donde algun niño, jugueteando, ha depositado perlas; ya el otro, en traje de Petrarca, la murmuraba al oído. «Petrarca ha podido resucitar, porque sois la verdadera Laura bajada del cielo;» ó bien un Carlos IX la recitaba los dulces cantos amorosos de Marot; ó un Francisco I, y otros y otros históricos disfraces la regalaban con cuanto más puede concebir la enamorada inspiracion.

Tan graciosa lucha de galantería veneciana fué de repente interrumpida por los sonos armónicos de una serenata. Todos los grupos corrieron á las ventanas para admirar bajo los balcones del palacio Barbieri un espectáculo delicioso.

Parte del canal grande, estrellado de luces, estaba lleno de góndolas que se columpiaban ostentando el escudo de armas de Malespina; numerosas mujeres cantaban en coro, mientras que varios jóvenes, en distintas góndolas, se entregaban á modular deliciosas barcarolas.

En el momento en que Célica se disponía á levantarse para contemplar esa escena, un máscara suavemente la detuvo; la hermosa irlandesa hizo alto, no sin experimentar cierto disgusto al encontrarse en presencia de un caballero que vestía el severo traje de Dante.

—No soy el poeta de las dulces inspiraciones, la dijo con acento melancólico, no me llamo Petrarca, Boccaccio, ni Ariosto; yo soy el triste cantor de las pasadas alegrías, de las esperanzas perdidas; mi rostro lo oculto ante vos, porque mi rostro ó permite la sonrisa; salgo del profundo abismo de los tormentos, y una sola de vuestras palabras bastaría para volverme á sepultar en él...

Y como Célica se sonrojase apaciblemente Dante añadió con acento más grave: apoyaos

un instante en mi brazo; y en efecto, así se alegraron poco á poco de la muchedumbre.

—Es dulce, repitió el caballero, y lamentable, la historia que tengo que contaros; bien quisiera poseer la lira mágica, fascinadora, para persuadirlos, penetrando en el fondo de vuestra alma; aunque jóven, he vivido demasiado; he deramado la felicidad á todos los corazones, y héme aquí á los treinta años desdichado y sin amigos. He prodigado, luchando con mi fatal destino; más energía que todos los hombres juntos; he apurado hasta las heces la copa de las ilusiones humanas, queriendo destruirme toda emocion: creí haberlo obtenido á fuerza de desórdenes llevando una vida por demás licenciosa, hasta que os he visto por primera vez... No temais nada, Célica; mis palabras serán tan pudorosas é inocentes como vos misma: desde este momento comienza para mí otra nueva existencia; un rayo del cielo acaba de brillar sobre mi cabeza; me inclino y saludo á la nueva vida que comienzo, cuya divinidad personificais; al Dante lo guió Beatriz á los infiernos; vos, vos, me habeis sacado del abismo.

Célica y el máscara que así le habló, se sentaron en un sitio apartado de donde figuraba la muchedumbre, olvidándose de las horas que para ellos corrían rápidamente, cuando tuvo lugar un gran agrupamiento de gentes en las galerías.

El desconocido se puso en pie bruscamente. —Preciso es que os deje, Célica, añadió algo sobrecogido, y quizá para siempre; decid: ¿me iré sin obtener vuestro perdón?

Al pronunciar esas palabras cayósele la máscara, y Célica vió entonces el rostro del que ella habia escuchado con el mayor interés; los ojos del jóven estaban llenos de lágrimas. —Partid en buena hora, respondió ella gravemente; que mi recuerdo os fortalezca y os regenere. Dante, Beatriz no os olvidará en su vida; adios, Malespina, adios. Y ella se alejó, desapareciendo entre la multitud.

Durante la escena que hemos bosquejado, el conde O-Fael, lleno de cólera contra lo que llamaba la insolencia de Malespina, pues que habia tomado á insulto la serenata, habia reunido á los criados y dado la orden de que forzase las armoniosas góndolas á retirarse.

Cuando Malespina entraba en una de esas débiles embarcaciones, encontró á sus remeros en lucha con los criados del conde, y á éste con espada en mano atacando á uno de sus compañeros; entonces Malespina se adelantó; el irascible irlandés, sin aguardar explicaciones, se precipitó contra él. Empeñose una lucha momentánea entre ambos combatientes, en tanto que las antorchas medio apagadas derramaban muy incierta luz sobre tan fatal escena. La góndola de Malespina se sepultó en las aguas.

Un grito de espanto resonó en aquella parte del canal, que fué contestado por otro casi unísono desde las ventanas del palacio Barbieri, á sazón que sacaban del agua al conde O-Fael y que le conducían al salon donde se hallaba Célica desmayada.

Aquellos brillantes salones cambiáronse de repente en sombríos y silenciosos. El desmayo de Célica se prolongó muy largo tiempo.

El conde y su esposa Matilde emplearon todos los auxilios imaginables para que recobrase los sentidos; volvió en sí, pero por desgracia con muy mal resultado. Célica estaba demente.

Los nombres de Dante, Malespina, y Beatriz resonaban en sus labios y se agolpaban á su calenturienta imaginacion.

El conde O-Fael tuvo que ausentarse de Venecia y trasladarse á Roma, donde llevó á la infortunada Célica, cuya monomanía inspiraba la mayor compasion y desconsuelo. La pobre loca no quiso en lo adelante responder sino al nombre de Beatriz, ni consentió usar otro vestido que el mismo de la noche fatal de su desgracia.

Los médicos de la célebre facultad de París aconsejaron al desconsolado padre que llevase á la enferma á su país natal, fundando algunas esperanzas de alivio en el clima y las nuevas emociones de la patria; empero los vértigos y el trastorno mental acompañaron á Célica hasta los frondosos bosques de Flower-Castle.

Cierto día hallábase Célica sentada bajo una enredadera, cubierta por un toldo de seda que la preservaba de los rayos del sol, oyendo indiferente los melodiosos cantos de su compañera Nancy, cuando un paje, de codos en la balastrada, anunció el arribo de una lucida cabalgata, que hizo a lo en el patio de honor.

Uno de los señores de aquella comitiva bajó de un magnífico corcel, entregando el manto que le cubría y las riendas á uno de sus criados.

Este señor vestía un traje singular: usaba una especie de gaban de terciopelo negro ceñido á la cintura, y en la cabeza llevaba un gorro escarlata que apenas podía abarcar sus negros cabellos. Subió pausadamente los escalones que conducian al terradillo en que se hallaba Célica.

Cuando llegó á la última grada palideció más que un cadáver; la mano derecha la llevó al corazón, como para comprimir la violencia de sus palpitaciones; después se acercó á Célica, procurando dominar la terrible emocion que experimentaba. Ella, al verle, se pasó dos ó tres veces las manos por la frente, se puso en pie, y en su hermoso semblante brilló una débil ráfaga de inteligencia.

—¡Malespina, Malespina! exclamó sobresaltada reconociéndole.

Corrió éste á servirla de apoyo, pues estuvo próxima á caer sobre el sillón que ocupaba, y entonces ella continuó con entusiasmo:

—¡Dante, aquí tienes á tu Beatriz que te aguardaba!

Después gozó de la mas perfecta salud.

He conocido á mi paso por Irlanda á una hija de la condesa Malespina.

LA ÓPERA ESPAÑOLA.

I.

No hay artista ni aficionado á la música que actualmente no se ocupe con más ó ménos calor y entusiasmo de la cuestion de la ópera española.

Para muchos es una cosa fácil, hacedera, realizable, solo con seguir la senda que los actuales sostenedores del movimiento han emprendido, y ven ya á la ópera española navegando gallarda y magnífica; otros, menos optimistas, niegan la existencia del hecho y hasta la posibilidad de que pueda existir en España; todo el mundo, en fin, se ocupa con ardor febril de la cuestion; los unos perorando eternamente, los otros empleando to los sus esfuerzos, trabajando con creciente entusiasmo; todos, si no otra cosa, hablando de la cuestion; pero á nuestro humilde juicio, la de la ópera española no se ha estudiado todavía en el terreno práctico con maduro exámen, ni el camino emprendido hasta aquí es el que ha de conducirnos á la realizacion de la idea.

Acaso nos equivoquemos en nuestros juicios, y mas de un partidario del sistema seguido hasta hoy frunza el ceño al oír sentar nuestras premisas. Iremos examinando una á una, y con severa imparcialidad, todas las cuestiones que van necesariamente ligadas con la de que tratamos, exigiendo únicamente á los lectores que se fijen en nuestras conclusiones, después de considerar con sereno espíritu nuestras razones.

La cuestion de la ópera española se viene presentando como una cuestion patriótica.

Para nosotros, lo más patriótico en el arte, es lo más verdad, lo más práctico. Creemos que el verdadero patriotismo no es acoger con entusiasmo lo que se dá en llamar patriótico, sino en presentar todas las cuestiones que aparecen revestidas de tan levantado carácter, en franca y leal palestra donde al choque de las ideas, de la discusion mesurada, concienzuda y digna, aparezca la luz; que así iluminados no hay miedo de que, proclamada una idea patriótica, este hermoso adjetivo fuese luego irrisorio, falso, en una palabra, patriotismo equivocado.

Los que en alas de un verdadero entusiasmo se proponen atacar y vencer grandes dificultades para realizar una idea patriótica, sea cual fuere, merecen siempre, no solo elogios, sino el respeto y la consideracion de sus conciudadanos.

Que el pensamiento de crear la ópera española es hijo de un sincero patriotismo, de amor al arte patrio, no hay que dudarlo; que los que han emprendido la realizacion de esta idea segun su criterio, han obrado guiados siempre por sentimientos verdaderamente patrióticos, tampoco puede ponerse en tela de juicio. Pero hay ideas, hay criterios fundados frecuentemente en lucubraciones de la imaginacion. Las ideas más levantadas, cuando no se apoyan en un estudio detenido de los elementos que deben reunirse para su realizacion; cuando para este efecto solo se cuenta con fe, entusiasmo, amor al arte, talento, abnegacion, y no se dispone de elementos reales y positivos, de fundamentos sólidos para edificar, de grandes acopios de material, de personal numeroso, y, sobre todo, cuando la idea no es hija de una necesidad de la sociedad en que se pretende implantarla, entonces, cuanto se haga tiene que dar resultados negativos, contraproducentes. Esto ha sucedido hasta ahora en España.

Nosotros no consideramos ópera española lo que hasta ahora se ha venido haciendo, en general con tal nombre, esto es: una ópera (prescindiendo de su poco ó mucho mérito como obra) escrita por un poeta español, sobre asunto más ó ménos pátrio, musicada por un compositor español de nacion y cantada y tocada por españoles.

Faust, de Gounod, por mas que sea obra de un autor francés, escrita y cantada en Francia y en francés, jamás ha sido de género francés. Solo es y será la magnífica ópera de Gounod, una obra de mucho mérito de autor francés; pero no tiene carácter ninguno de los que distinguen á la música nacional francesa, siempre ligera, graciosa, juguetona. Gounod, en Faust, es grave, severo, sentido, intencional, reflejo siempre, y á veces más que reflejo del género de Weber, Spohr, Mendelssohn, Schuman, Beethoven y Wagner, los mas alemanes de los compositores de aquel culísimo país.

La ópera nacional es en todos los países donde existe, el resultado de un gusto, de un género especial y general que, estableciendo con su incesante movimiento una convencion tácita, pero real, en la masa culta del país, forma una escuela, un criterio genuino, una estructura indígena, un clasicismo peculiar.

Aparte lo que de pocos años acá se ha hecho aquí en música teatral por algunos autores de zarzuelas (que algunos hay notables, y de los que haremos un juicio crítico en el curso de estos escritos), este gusto, este género especial y general de que hemos hecho relacion al definir la ópera nacional, no existe en España, ni nada de cuanto se ha hecho hasta ahora en enseñanza musical ha sido dirigido al objeto de que tratamos, ni existe música dramática teatral de carácter español, ni aunque desputasen cuatro ó más autores simultáneamente, que llenos de talento escribiesen óperas notables, pero sin co-

lor, sin sabor, sin carácter particular, llegaría á crearse nada; que donde no hay nada preparado y faltan todos los elementos personales y materiales, nada puede crearse de un golpe. En todo tiempo, querer edificar sin terreno, sin fondos y materiales ha sido, cuando ménos, absurdo.

Si lo que se quiere es constituir una sociedad de varios amantes de la música y compositores hijos del país, para escribir óperas, orlas y cultivar el género con laudable provecho propio y del arte, abriendo así salida al producto intelectual de los amantes y profesores de la música, sea enhorabuena; eso es muy laudable y digno de encomio; pero esos esfuerzos individuales y colectivos, por más que merezcan las simpatías de la sociedad culta, no crean la ópera nacional, y si solo probarán, en algunos casos, que no falta talento natural y grandes disposiciones musicales en España; pero eso no es, ni de ahí puede nacer la ópera nacional.

En España hay grandes elementos, que llamaremos materias primeras, para crear mucho, que mucho falta para el desarrollo de la instruccion general y el desenvolvimiento de la inteligencia nacional. Llegado ese caso, iría naciendo la ópera española tambien; falta solo promover la instruccion, propagarla, destruyendo inmensidad de obstáculos que á ello se oponen, lo cual no es obra de poco tiempo, pues una necesidad social no nace para un pueblo por solo la voluntad de que nazca.

Nosotros nos proponemos demostrar con copia de razones, que nuestras convicciones son hijas de un maduro y detenido exámen, y para mayor claridad en el desenvolvimiento de nuestros raciocinios, iremos haciendo una reseña en compendio de los adelantos que en las otras naciones han precedido al desarrollo del arte en general, y en particular del músico.

¿Cómo nació y se formó el teatro español, el género especial de nuestro teatro nacional, desarrollándose hasta llegar á tener un carácter especial, un clasicismo distinto de todos los demás teatros? ¿Cómo nació en Italia, en Francia, en Alemania? ¿Cuál ha sido el origen de los distintos géneros que hoy tienen carácter nacional, de las músicas de las naciones cultas, y por consiguiente de las óperas nacionales? ¿Sobre qué elementos se han fundado las óperas nacionales en Italia, en Alemania, en Francia, en Inglaterra, etc., etc.?

Examinaremos detenidamente estas cuestiones, bajo el punto de vista histórico; señalaremos lo que se ha hecho en España para llevarnos al deseado fin; cuáles son las condiciones de nuestro país, y su estado de cultura musical; haremos un análisis desapasionado, concienzudo, no solo de los trabajos líricos acabados hasta el día, sino del estado de la crítica musical que nos analiza, tratando de ilustrar la opinion, cuestion de gran importancia, puesto que el crítico revela el estado de cultura del país, que recibe sus juicios sin controversia; y en fin, guiados por nuestro sincero amor á los adelantos del divino arte en nuestra patria, vamos á contribuir con nuestro pobre óbolo á la idea de la realizacion de la ópera española, una de las más grandes ilusiones de nuestra pasion por el arte, hoy convertida en melancólico deseo, puesto que se ha equivocado el camino para llegar á realizarlo; idea que, aun marchando por la senda que creemos nosotros la única segura, segun trataremos de demostrar en los artículos sucesivos, acaso no logre ver realizada la próxima generacion.

K.

La Gaceta ha publicado el siguiente decreto del ministerio de Ultramar:

«Con arreglo á lo dispuesto en la primera de las disposiciones transitorias del decreto de 23 de Octubre último y á propuesta del ministro de Ultramar, yengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º El distrito jurisdiccional de la Audiencia de la Habana comprenderá los partidos judiciales de la Habana, Guanabacoa, Jaruco, Bejucal, Güines, Matanzas, Alacranes, Cárdenas, Colon, Sagua la Grande, Cienfuegos, Santa Clara, Remedios, Sancti-Spiritus, Trinidad, San Antonio de los Baños, Guanajuay, San Cristóbal y Pinar del Río.

Art. 2.º El distrito jurisdiccional de la Audiencia de Santiago de Cuba se formará con los partidos judiciales de Santiago de Cuba, Baracoa, Holguín, Bayamo, Manzanillo y Puerto-Príncipe.

Art. 3.º La Audiencia de la Habana continuará conociendo de los pleitos y causas pendientes ante ella y que procedan de los juzgados comprendidos en el territorio de la de Santiago de Cuba hasta que recaiga fallo. Verificado esto, remitirá los autos por conducto de su presidente al de la de Santiago de Cuba á los efectos correspondientes en derecho.

En los incidentes de ejecutoria de sentencia se observará la misma regla.

Art. 4.º Los expedientes de tribunal pleno y de Sala de gobierno, correspondientes al distrito jurisdiccional de la Audiencia de Santiago de Cuba, se remitirán á su presidente en el estado en que se hallen, haciendo lo mismo con los terminados.

Art. 5.º El presidente de la Audiencia de Santiago de Cuba nombrará todos los funcionarios, auxiliares y subalternos del tribunal, prefiriendo, si lo solicitasen, á los excedentes de la suprimida Audiencia de Puerto-Príncipe.

Estos nombramientos se harán de acuerdo con el tribunal pleno, previa audiencia fiscal, dando cuenta al Gobierno para su aprobacion; entendiéndose aun después de esta como interinos hasta que se verifique el arreglo general de los subalternos y dependientes de los tribunales y juzgados de Ultramar.»

AGRICULTURA ESPAÑOLA.

ARTÍCULO III (1).

Dimos en nuestro segundo artículo una teoría, aunque breve, de la vegetación y de los abonos, y dejamos sentado como principio fundamental que, *sin abonos, ó con abonos impropios ó mal preparados, no hay cosecha posible.*

En el fenómeno de la vegetación, el suelo, ó sea la tierra, por sí misma, no desempeña sino un papel que pudiéramos llamar pasivo; la tierra no hace más que *sostener* la planta, mantenerla en disposición de que pueda tomar el sol y el aire, y *preparar además el alimento* de que se nutre. El principal agente de esta preparación es el agua.

En efecto; por grande que sea la riqueza de elementos productores que una tierra contenga, si, como hemos dicho en el capítulo anterior, no están bien preparados, no hay cosecha posible, porque los vegetales no pueden asimilarse, es decir, no pueden *comerlos ni digerirlos*. El fosfato de cal, por ejemplo (y lo mismo todas las demás sustancias minerales que forman el abono), pulverizado mecánicamente hasta los últimos límites posibles, y echado en polvo en la tierra, de nada sirve, porque no siendo soluble en el agua, ni, por lo tanto, asimilable, las raíces de la planta no le absorben, y si algunas partículas pudieran introducirse en ella, solo servirían para obstruir los conductos capilares donde se verifica la circulación de la savia, y para causar en la planta una especie de cólico ó empuje que podría llegar hasta producirle la muerte (2). De aquí la necesidad de convertir el fosfato de cal en fosfato ácido ó superfosfato, tratándolo con el ácido sulfúrico *para hacerlo soluble*, y la necesidad posterior del agua, ó, por lo menos, de la humedad, para que, una vez disuelto, pueda el vegetal apoderarse de él, y, como hemos dicho antes, comerlo y digerirlo, transformándolo, merced á esta digestión, en granos, frutas, etc. El agua es, por lo tanto, un elemento absolutamente necesario para que haya producción agrícola, puesto que, además de la que la planta absorbe en su estado natural, es una especie de complemento del abono. Sin agua no hay, pues, tampoco cosecha posible.

Con lo dicho bastaba, no para que el labrador comprenda la absoluta necesidad que tiene del agua, porque harto persuadido está de ello, sino para que llegue á darse cuenta exacta del por qué y para qué la necesita (lo que equivale en cierto modo á aumentar la necesidad y el deseo de remediarla), y para que llegue á comprender también *que cualquiera sacrificio que haga para procurársela, ha de ser recompensado infaliblemente y con usura por las cosechas posteriores*. Esta verdad está fuera de toda duda, y no hay sobre ella discusión posible.

Y siendo esto así, siendo tal y tan grande como es la necesidad del agua... ¿puede comprenderse la conducta de gran parte de nuestros labradores?... Hemos visto en ambas Castillas, y en la Mancha, sobre todo, grandes comarcas que tienen el agua á dos y tres metros de profundidad solamente; y agua riquísima para la agricultura, porque está cargada de sales que hacen de ella un semi-abono; son allí familiares la noria y el molino de viento... y teniendo agua y modo de sacarla poco más que de balde... vemos los campos secos, lánguidos y desfallecidos las mieses... y pérdidas, en fin, cosechas enteras, sin que al labrador se le ocurra la idea de que las pierde solo y exclusivamente por su propia culpa.

Lo que sucede en la Mancha y en algunas otras localidades de nuestro país, es verdaderamente monstruoso. Gracias á las lluvias del invierno, las cosechas se presentan allí ordinariamente con todas las señales de una abundancia excepcional; pero llegan despues los vientos de la primavera que se llevan consigo una gran parte de la humedad... les suceden los grandes calores que acaban

con ella y precipitan la granazón de las mieses no sazonadas todavía, y las primeras esperanzas se quedan reducidas á menos de la mitad, y aun esto, cuando no se pierde por completo hasta la semilla que se sembró... Y esto, que sucede un año y otro año... esto, que con absoluta evidencia, procede de la falta de aguas y de lo áspero y desapacible del clima, no basta para que aquellos pueblos despierten de su profundo letargo, ni para que se apliquen con decidido empeño á remediar tamaña miseria y tan lamentable ruina... y creen que han hecho todo lo que pueden y *deben hacer* cuando sacan los santos en rogativa, como si los santos hubieran de acudir complacientes y solícitos á suplir y remediar los estragos que causa la ignorancia y la desidia intelectual, que es la más dañina de las desidias. (1)

Porque el mal tiene remedio, y lo que es más, remedio fácil, si no contamos los obstáculos que han de presentar la inercia natural de los pueblos, las preocupaciones que abrigan y lo falso de sus ideas, científicamente consideradas; porque estos obstáculos corresponden á otro orden de ideas, y tienen también su correctivo, como lo tiene todo en este mundo. En efecto, prescindiendo del agua, que, como hemos dicho, se encuentra allí á poca profundidad, y que podría elevarse con poco gasto, todavía podría aplicarse al mal que deploramos un remedio más eficaz por ser más radical... ¿Quién duda de que la aspereza del clima y la sequedad podrían remediarse casi por completo repoblando los bosques y el arbolado de aquellas extensas comarcas?...

El arbolado defiende perfectamente bien la superficie del suelo de la violencia de los vientos bajos que desecan la tierra, y resguardando las mieses de las sacudidas violentas que las quebrantan, no impiden, sin embargo, la tranquila agitación que es necesaria á los cereales para desarrollarse, y especialmente, en la época de la florecencia para el transporte del polen que las fecunda.

Por cada día que llueve en un país desnudo, llueve por lo menos tres en otro cubierto de árboles, suponiéndolos ambos por lo demás en idénticas circunstancias, y la evaporación constante de las hojas mantiene siempre la atmósfera saturada de humedad, devolviéndole el agua que se había filtrado en la tierra.

El árbol, siendo como es, mal conductor del calor, tarda mucho más en calentarse que lo que tarda la tierra, y recíprocamente, pierde con mucha más lentitud que ella el calor que ha llegado á recibir; de donde se origina naturalmente que los cambios atmosféricos son mucho más lentos, suaves y soportables donde hay árboles que donde no los hay, y que las mieses estén resguardadas de los cambios demasiado bruscos de temperatura con el amparo del arbolado. En la Mancha no hay términos medios: ó un calor sofocante que tuesta, ó un frío casi glacial, y ambos extremos se experimentan allí, no en el curso de algunos meses ó de algunas semanas, ni de algunos días siquiera, sino en el espacio de algunas horas y de algunos minutos con frecuencia. Puesto el sol, la radiación, que no encuentra en aquellas vastas llanuras obstáculo ninguno, se verifica con una energía y una rapidez suma; y al presentarse de nuevo por la mañana el astro del día, no encontrando otra cosa en que emplearse, se desploma sobre aquellos miserios campos, calcinándolos con todo su poder y su terrible actividad.

Más: las raíces del árbol, profundizando y disgregando ó rompiendo la tierra en todas direcciones, la hacen más permeable al aire atmosférico que la fecunda, y sobre todo al agua, cuyo movimiento detienen y regularizan. Rarísima vez, ó mejor dicho, nunca faltan en los terrenos arbolados manantiales que se sostienen constantemente aun en los sitios más secos y calurosos, al paso que rara vez ó nunca, se encuentran estos manantiales en los terrenos desnudos.

No acabaríamos jamás si hubiéramos de enumerar, solo de enumerar, las inmensas ventajas del arbolado. Podríamos decir, que absorbiendo y despidiendo continua y alternativamente el oxígeno y el ácido carbónico del aire, pone en

circulación enormes cantidades de estos gases de que también se nutren los cereales, y que estos los alcanzan con mayor facilidad donde este movimiento existe que donde no lo hay.—Que sus despojos son un excelente abono.—Que la cuestión de combustible es importantísima, sobre todo donde no se quema más que paja ó estiércol.—Que contiene elementos de construcción de mucho valor.—Que sus gomas y sus resinas son productos industriales de considerable riqueza.—Y que influye, finalmente, de un modo directo y notabilísimo en la condición moral de los pueblos, en su bienestar, en su salud, en su modo de ser en suma... Y todo esto, cuya ampliación exigiría volúmenes enteros, podríamos autorizarlo con la historia, con datos irrecusables y con hechos prácticos y conocidos de todo el mundo. Si hay quien lo dude, que vuelva la vista á las landas de Burdeos... á aquellos horribles y peligrosos arenales de ayer, convertidos hoy en campos prósperos y abundantes... desiertos antes, y cubiertos hoy de una población rica y numerosa... donde reinaba antes la desolación, y donde se encuentran ahora la vida y el movimiento en todas partes!

Pero se diga, y esta es una de las preocupaciones de la Mancha; el arbolado atrae los pájaros, y estos se alimentan del trigo!... y vamos á combatir esta idea, que se funda en algo efectivamente, aunque hayamos de darle más importancia de la que merece.

El arbolado atrae, en efecto, gran número de aves; pero atrae al mismo tiempo un número mucho mayor de insectos, de los cuales, y de sus larvas, se alimentan aquellas de preferencia, excepto algunas pocas especies que optan por el grano. En ninguna parte del mundo se considera al gorrion, por ejemplo, como enemigo del labrador, sino como uno de sus auxiliares más poderosos y eficaces: donde no hay otra cosa, come grano, en efecto, porque á todo se acomoda; pero donde puede elegir, elige los insectos, que son para él un alimento y una golosina á la vez. En los países desnudos, el gorrion, que se reproduce con pasmosa facilidad, vive en las casas, y este granuja de la ornitología, y perdónese nos la palabra, listo y atrevido como es, saquea los graneros y se come el pienso de las bestias en su mismo pesebre; pero en los países arbolados, encontrareis pocos gorriones en los pueblos, pues á lo sumo hacen sus nidos en ellos, y el día lo pasan en los árboles, donde viven y se alimentan.

Y de todos modos: si tras de los árboles vienen las aves, viene también el agua y todas las demás ventajas que acabamos de indicar; y entre un mal como uno y un bien como ciento ó como mil, solo podrá dudar en la elección el que esté privado de sentido ó el que no quiera tomarse la molestia de pensar. Y que este mal y este bien están en estas ó mayores proporciones, es indudable; porque así como el agua es un complemento de los abonos, así el arbolado es un complemento necesario é indispensable para los riegos, y sin él no hay tampoco que pensaren tener cosechas abundantes. En los países desnudos, la lluvia viene... cuando quiere... y en los que están arbolados, viene cuando se la llama; y cuando menos, la atmósfera se mantiene siempre fresca y húmeda, gracias á lo cual las plantas pueden esperar las lluvias por más tiempo.

Si no de una necesidad tan absoluta como los abonos, el riego y el arbolado, las máquinas son, por lo menos, para la agricultura un auxiliar poderosísimo y de la más alta utilidad, porque no solo reemplazan los brazos, que tanto escasean, por desgracia, entre nosotros, sino también la inteligencia.

Por regla general, las máquinas han sido inventadas por personas que á la vez comprendían el trabajo que querían sustituir, y las condiciones que el trabajo hecho habría de tener para ser todo lo más perfecto posible; y cuando el inventor ha terminado su tarea llevándola á buen término, puede decirse que en cada uno de los aparatos que construye deposita toda su inteligencia, poniéndola á disposición del comprador. Así, por ejemplo, una buena pisadora de uva, no es solo el operario que la estruja, sino que es también el operario inteligente que aparta el escobajo y la semilla, donde se encuentran las más de las sustancias

que perjudican notablemente la buena calidad de los vinos, y sobre todo de los alcoholes que con ellos puedan fabricarse despues. El uso de las máquinas es, por lo tanto, ventajosísimo, y cuando va guiado por la discreción, da siempre los resultados más lisonjeros.

Pero desgraciadamente, el uso de las máquinas agrícolas encontrará en España grandes dificultades, debidas en parte á la repugnancia con que los pueblos miran siempre lo desconocido, á lo embarazoso que es su empleo cuando no se poseen algunos conocimientos científicos, aunque sean de los más elementales, y la dificultad de acudir á su reparación ó reposición cuando sea necesario. Sin embargo: máquinas hay tan sencillas, que pueden ser manejadas por un niño y reparadas por un artesano cualquiera; y de todos modos, es absolutamente imprescindible que nos ocupemos con empeño de vencer todos los obstáculos que pueda encontrar su introducción en nuestra patria, porque su importancia es de tal magnitud, que solo teniéndola muy en cuenta, puede comprenderse el inaudito fenómeno de que los trigos de California vengán haciendo un viaje de cuatro ó seis mil leguas, y que se presenten en nuestros mercados haciendo competencia á los del país, á poco que suban de precio.

Para concluir la parte técnica, digámoslo así, de nuestro trabajo, vamos á citar un experimento que se ha practicado diferentes veces; que siempre, como era de esperar, ha dado los mismos resultados, y que dice por sí solo más que pudiéramos decir nosotros por mucho que dijéramos.

Una tierra compuesta única y exclusivamente de arena, lavada con esmero y calcinada despues para privarle de toda clase de sustancia, se ha dividido en diferentes parcelas, disponiéndolas de modo que todas tuvieran condiciones exactamente iguales de luz, de aire y de calor. Unas parcelas se han dejado sin abono alguno; á otras se les ha dado el abono más ó menos incompleto, suprimiendo alguno ó algunos de los elementos necesarios, ó bien alterando su calidad y preparación; y á otras, por fin, se les ha dado el abono completo y conveniente. En cada una de las parcelas se ha sembrado un grano de trigo (unos 22 granos). Y, por fin, todas las parcelas se han regado durante el ensayo con cantidades iguales de agua destilada.

En las parcelas privadas de abono, el trigono ha podido formarse sino de un modo rudimentario. Siendo la tierra completamente estéril, y destilada el agua que se le daba, la planta solo ha podido encontrar alguno de los elementos que necesitaba, tomándolos de la materia de su propia semilla, del agua que absorbía en su estado natural, y del ácido carbónico del aire. La planta, sin embargo, crece, florece y grana también... es decir, *vive*... pero triste, mística, raquítica y descolorida... el menor viento la troncha... y cuando su débil existencia puede llegar al término natural, en sus tísticas espigas apenas se encuentran medio indicados algunos granos huescos y desmadrados. El grano, sin embargo, ha producido seis gramos de mala paja, que sometida al análisis, no deja residuo alguno sólido despues de la incineración. El producto verdadero, ha sido, pues, absolutamente nulo.

Las parcelas tratadas con abonos más ó menos incompletos, han respondido con matemática precisión á las presunciones científicas. Segun el mayor ó menor número de los elementos ausentes, y segun la mayor ó menor importancia de estos elementos, así han sido los resultados y variado los productos. Unos, frágiles y ruines á la simple vista; otros, más ó menos lozanos en apariencia, se presentaban al principio vigorosos, pero desfallecían al tiempo de granar; en unos predominaba la paja y en otros el grano, pero siendo ambas cosas siempre escasas y de calidad inferior. El producto de las parcelas ha oscilado entre 7 y 9 granos en todo, por uno de semilla.

Pero en las últimas parcelas—con el mismo suelo inerte de arena calcinada—con la misma agua destilada, pero con el abono completo, el resultado parece de un efecto teatral, y pudiera creerse en la intervención de algún sabio encantador. El trigo, mas bien que crecer, se lanza á los espacios: la caña, sólida y robusta, resiste vigorosamente los embates del viento: las

(1) Véanse nuestros dos números anteriores.

(2) Algunas partículas minerales logran, sin embargo, penetrar en el vegetal sin estar previamente disueltas y sin perjudicarlo; pero en este caso, solo contribuyen á la formación de la planta con su volumen y su peso, y el análisis las encuentra despues sin que haya sufrido alteración alguna el estado en que se hallaban en la tierra.

(1) No criticamos las manifestaciones de la fe sencilla; pero creemos que el hombre no debe pedir á nadie lo que puede hacer él mismo.

hojas son de un verde intenso y sano: las espigas, grandes, macizas y llenas de granos voluminosos y duros, y el producto, por fin, siendo siempre un gramo el peso de la semilla, llega de repente á dar de 22 á 25 gramos!...

El triunfo de la ciencia no ha podido ser mas brillante, ni mas evidente, ni mas completo!... La ciencia, que así vé confirmadas sus teorías, puede marchar adelante, completamente segura de sí misma y del porvenir!... ¡Honor á la ciencia!...

Y sin embargo, los principios de esta ciencia encontrarán para introducirse en España no menos obstáculos que encontraron las máquinas, los árboles y los abonos: pero tenemos la completa seguridad de que estos obstáculos no son invencibles, porque en su mayor parte solo proceden de la inercia de nuestros labradores, de esa fuerza misteriosa de que vemos en el orden físico y con harta frecuencia aplicaciones cuyos efectos espantan, y que en el orden moral los produce no menos prodigiosos, pero que por su propia naturaleza cede fácilmente ante la acción de otra fuerza sostenida con perseverancia.

Como decíamos en nuestro primer artículo, nuestro labrador *no sabe...* y porque no sabe... *no comprende* tampoco. Instruyámosle, pues, y que nuestro deseo de que sepa sea mayor que su indiferencia. En el próximo artículo nos ocuparemos de esta cuestión, y daremos fin á nuestro pobre trabajo.

L. CORRALES PERALTA.

UNA PIANISTA.

IMPRESIONES ARTÍSTICAS.

Dicen que en belleza es celestial, yo no la he visto. Contemplador desinteresado, para juzgar á la artista, he querido no ver á la mujer.

Ni me conoce ni la conozco, y si aseguro que es un prodigio musical, la verdad es quien habla, no la lisonja.

Prodigio musical: ni miento ni exajero, y ambas cosas son difíciles, porque no mentir ni exajerar, son continencia del sentimiento mas difícil de contener; del entusiasmo.

Sed entusiastas mas allá de los límites vulgares, hasta donde lo es un corazón expansivo en sus primeras dilataciones; fundíos con el mundo; contempladlo de cerca; sufrid con lo que él sufre; gozad con lo que él goza; pensad en lo que él piensa; id poco á poco reconociendo, lentamente reconcentrándoos, secretamente compasando vuestro ideal con la realidad que lo profana, y si sois lo que debéis ser, hombres como los que hacen falta, espíritus en progreso, sin desanimaros, sin desalentar, sin decaer, treparéis á esa cima de la vida, desde la cual se contempla al mundo con serenidad de pensamiento y corazón; pero sin alucinaciones, sin esperanzas persuasivas, sin atracciones elocuentes.

La razón crece y la afectividad decrece; la realidad se hace un mundo, y el mundo de idealidades se hace un punto: se gana en cantidad de vida lo que se pierde en calidad de vida, ó (si en vez de psicólogos sois filósofos) ganais en calidad lo que perdeis en cantidad: la vida expansiva disminuye y aumenta la vida reflexiva.

Y el sentimiento, y los afectos, y las ilusiones, y los dulces engaños de la alucinación y el entusiasmo?—Eso me preguntó yo y no me contesto.

Llegué, sí, fui vencido.

Veía la realidad, y la negaba; sentía la resurrección de mi entusiasmo, y no creía.

Si yo supiera lo que es amar, diría que el rompimiento de nuestro corazón con sus primeros afectos, se parece al rompimiento de un amante con su primer amada; como el amor es objeto de vacilaciones y desconfianza para el amante que duda de la mujer que realizó su deseo, el entusiasmo es para el corazón que lo ha perdido ocasión de dudas, y si aquel reaparece en un momento, el corazón se asombra, se resiste á ceder, teme abandonarse al sentimiento, y lucha y se defiende contra él y aun despues de habersele entregado, duda.

Así dudaba yo cuando vencido por el entusiasmo y enardecido por los murmullos del asombro, por los clamores de la admiración, me recogí y pensé: «¿Qué

hay en lo que se admira de admirable?» Miré hácia el escenario: en él una jóven, una adolescente; á su lado un piano. Y el entusiasmo, para hacerse mas digno, se hizo reflexivo, y á tal punto justificó la reflexión, que airándome contra el público, me parecieron débiles sus aclamaciones, tibia la admiración, incompleta la estimación de la maravilla que lo entusiasmaba, y acurrucándome en mi asiento, me puse á meditar.

Medité en los fines del arte y en los medios de expresion.

La música es voz del sentimiento, lenguaje de la sensibilidad inexpressable, palabra de lo inefable, grito, clamor, exclamación, queja, suspiro de todos los afectos. Su fin es completar el arte de la palabra articulada, trasponer los límites en que esta se detiene, llegar con el sonido nomatópico á donde no puede llegar el simbolo de la idea, sustituir á la razón en donde la razón es impotente. Sus medios son la imitación, el afecto y las pasiones. Desde el murmurio de la brisa entre las hojas y la nota cristalina del agua que corre mansamente hasta el estrépito de la catarata y el bramido del huracán; desde el gorgojo del pajarillo hasta el rugido del león, desde el grito inarticulado de las fieras hasta el concierto de los risueños en la naturaleza; desde la alegría hasta la cólera, de la tristeza hasta la desesperación, del amor á su triunfo, del odio á su áspero placer, en el hombre moral y en el social, todo lo alcanza, todo lo expresa, todo lo descubre, todo lo representa directamente.

Buscad para ese arte modos mecánicos de manifestación, y allí triunfará y persuadirá y conmoverá mas fácilmente en donde el mecanismo, el instrumento, el medio de expresion reproduzca más recta, más sensiblemente los caracteres esenciales de un afecto, de una pasión, del sentimiento.

Deslizad vuestros dedos por las cuerdas de un arpa, y el instrumento os devolverá en sonidos completos, los sonidos embrionarios de la lluvia, del manantial, de la cascada; prestad vuestro aliento al clarinete, y os dará en sus notas graves el grito pavoroso de una fiera; suspirad en la trompa, en el fagot, en el oboe y en la flauta, y empezareis á comprender el atractivo natural del trino del pájaro cantor, de la voz humana en sus terminaciones graves, media y aguda; herid con el arco el contrabajo, y surgirá la expresion de una pasión violenta; acariciad el violoncello, y la mansa ternura de los afectos tranquilos brotará; recorred dos octavas de la viola y la misma media voz que partiendo de la mujer, os enajena, tierna, sumisa, alegre ó dolorida cantará en el instrumento mudo; aproximad el violín al corazón, y todos los raudales de armonía que corren sin rumor por las vastas soledades del sentimiento humano se desbordarán, y los afectos tomarán su voz, y la pasión recobrará su acento.

Unid los instrumentos de cuerda, comunicadles la voz, y si sois Haydn les daréis la dulce vaguedad de una naturaleza placida, y si sois Mendelsson les comunicareis la melancólica infinitud de la ternura, y si sentís como Mozart, expresarán en unidad inconcebible toda la serenidad de los afectos, y si padeceis y gemís y maldecís y os elevais como Beethoven, harán padeceer, y gemirán y maldecirán y se elevarán los instrumentos hasta aquel tercer tiempo de la sinfonía en la, cumbre del sentimiento, á donde solo llega un gran sentimiento perturbado y cohibido por una vida de torturas.

Concertad con estos instrumentos los de viento, y os descubrirán el despertar de la naturaleza, en el *Desierto* de David; los rumores de la vida exuberante de la naturaleza virgen, en la *Africana*; todas las gradaciones del viento, desde el aura hasta la ráfaga, en el *Oberon*; todas las convulsiones del mundo físico en las tempestades de *Lucia*, del *Barbero* y *Trigoletto*; todas las matices de la alegría mofadora en el *Don Juan*; el cantor de los afectos sencillos, en *Souámbula*; los presagios de una venganza misteriosa, en la *Lucrecia*; la melancólica atracción de las reminiscencias, en los *Puritinos*, en *Lucia* y *Norma*; la vehemencia de la pasión en *Donizetti*, los cantos de la ternura en todas las melodías de Bellini, la profundidad del sentimiento en el mal comprendido Pacini.

Armonizad con la orquesta ya formada

el instrumento típico, aquel cuyo timbre imitan ó remedan los demás, la voz humana, el órgano directo y espontáneo del sonido expresivo, y surgirá el espíritu con todos sus cantos, con todos sus sollozos, con todos sus clamores, y la música será, y el arte alcanzará su fin, y el sentimiento hablará al sentimiento.

¡O eclecticismo, tú eres la impotencia del espíritu! Quisiste conciliación en la filosofía, y produjiste el nihilismo y el excepticismo; buscaste la armonía en la ciencia, y produjiste los desvarios del enciclopedismo; intentaste en la historia la mútua generacion del mal y el bien, la justificación del uno por el otro, y creaste el fatalismo; has intentado la reunion de todos los instrumentos, de todos los sonidos, de todos los modos de expresion melódica, y has producido el piano. En música, como en filosofía, ciencia é historia te has equivocado, generoso, pero impotente eclecticismo.

Te has equivocado, y has arrastrado á la sima de tu error las inteligencias más poderosas, las voluntades más enérgicas, los corazones mejor templados para producir el sentimiento. Y sujetos á la coyunda irrechazable del error, ninguno de ellos ha llegado á su límite posible, y todos han luchado como luchaba con el rebelde piano en la noche en que la oí, la admirable pianista.

El público la aplaudió; pero los aplausos del público no podían satisfacer á mi entusiasmo, que tanto más se aumentaba; cuanto más reflexivo lo había hecho, al pensar en las dificultades que vencía, en los triunfos increíbles que alcanzaba la artista del insensible instrumento.

Para mí, que veo en el piano un instrumento sin personalidad, una asociación infecunda del ritmo, sin extension, sin dilatación, sin vaguedad, con la armonía, sin claro-oscuro, sin penumbras, sin misterio, cuanto más artista es el ejecutante, cuanto más dé de sí mismo al instrumento, cuanto más ternura y más pasión esteriliza queriendo expresarla con ese instrumento inexpressivo, más me duelo de él, más lamento su error, más me contrasta la infecunda prodigalidad de su génio, y aun cuando mejor que otro alguno comprendo sus esfuerzos, menos siento.

Y sino siento, y sino lloro, y sino baluceo, ¿cómo he de creer que es música lo que oigo? La música es sentimiento, no mecánica, y en vano producirá sonidos regulares el artista, si los sonidos se quedan en el limbo, y no llegan hasta el purgatorio ó el infierno de mi alma.

Y ¿cómo han de llegar, si son impotentes para tanto? La lógica del error, como la lógica de la verdad, llega fatalmente á consecuencias terminantes, y en el mecanismo terminante del piano ha llegado hasta donde deben, hasta la confusión del sonido con el ruido, hasta la anulacion de la modulacion, convirtiendo el arte del sonido en gimnástica digital, el canto en fraseología incomprendible. Es natural, es necesario: el piano no tiene timbre humano, ni otros sonidos que los cristalinos ó metálicos, ni ritmo, ni posibilidad de crear éste, porque el sonido es suelto, picante, resaltante.

Habia que concretarse á la música descriptiva para lo cual tiene el instrumento facultades. ó hacer del lenguaje musical una oratoria cuyo mérito consistiera en la rapidez y en la violencia de la emision y no en la dulzura de la modulacion. Se amalgamó todo, y el piano tuvo que describir, tuvo que modular, se vió obligado á metodizar, y satisfizo su vocacion de envolver un canto, un motivo en todas las ampulósidades vacías de la glosa. Y llegaron las *fantasías*, y los pianistas-gimnastas, cuyo talento artístico no trascendía de la yema de los dedos, estuvieron en sus glorias; pero los artistas verdaderos, los que sienten y son capaces de expresar, estuvieron en su infierno. Por eso, despues de ejecutar maravillosamente las variaciones de Thalber sobre un tema de Meyerbeer, el público, atónito, pasmado, aplaudia y clamaba, pero sin esfuerzo, sin el frenesí que merecía aquella maravillosa ejecución, porque no sentía, porque no podía sentir, porque la artista que, abandonándose á su génio personal y abandonando el piano, dominará con su sentimiento á cien generaciones, no conseguirá de una sola que lllore y clame y se enterezca, cuando para conseguirlo no bastan todos los prodigios de actividad, claridad,

precisión y pulsación que hace la prodigiosa adolescente.

Lo mismo que estoy yo ahora razonando, estaba sintiéndolo el concurso en las varias emociones que le transmitió la artista, porque cuando ésta, libertándose del yugo y para pagar los aplausos que se le tributaban, hizo cantar al piano lo que él puede y sabe cantar perfectamente, el concurso estalló en aclamaciones de placer.

La pianista ejecutaba un wals.—Ese instrumento anti-subjetivo, rebelde é insensible cuando se le obliga á cantar alegrías íntimas ó á llorar desconsuelos insondables, es eminentemente expresivo cuando canta alegrías, ó solloza melancolías superficiales: es el órgano musical de la sociabilidad, y expresa con exactitud cuantas sensaciones produce la asociación de los hombres para la vida cotidiana. Por eso, al par que adorno decorativo de una sala, es complemento de una familia, animación de una tertulia, consuelo de la soledad, estímulo á las alegrías volanderas de una sociedad cualquiera.—Hacedle expresar la rapidez del movimiento, y os dará un wals, pedidle la muelle melancolía que hace agradable á los sentidos y triste para el alma la querida vida social de las Antillas, y ejecutando la danza criolla, arrasará vuestros ojos con lágrimas fugaces, y os obligará á bailar; pedidle reminiscencias de un amor, recuerdos del pasado, y sabrá hacerlos gemir y obligaros á meditar.—¿Por qué? Porque el instrumento ha sido testigo incansable de vuestra existencia anterior y os ha acompañado á saltar si erais felices, y á querellar si erais amantes, y es un dato, una memoria, un hecho de toda vuestra vida.—Amad: formad esa sociedad de dos, esa relación estrecha de uno para uno, y el instrumento aumentará la intensidad del sentimiento vuestro, charlando, divagando, quejándose, sollozando, y reirá, y jugueteará, y cantará... Pero tengo para mí que entonces, quien palpita, y se conmueve y canta es el instrumento-corazón, no el instrumento-piano.

DEL MATRIMONIO.

La mortalidad de los individuos y la perpetuidad de las especies, leyes establecidas por el Hacedor, exigen la union de los sexos para la procreacion, sea cual quiera el grado que ocupen aquellos en la escala de los seres. Trina el inocente pajarillo en verde y frondosa enramada procurando cautivar con sus dulces y melodiosos cánticos á la compañera que le designó la naturaleza para el cumplimiento de las leyes preclitadas; ruge y se impacienta el león con el mismo objeto en áspera y calurosa sierra buscando á la hembra que le reservó el Criador y arrollando con ímpetu cuantos obstáculos se oponen á su marcha; todos los animales, en fin, se afanan é impacientan al llegar á cierto período de su vida para dar satisfacción á esta necesidad imperiosa. También siente el hombre esta necesidad; también llega una época de su vida en que su cuerpo experimenta sensaciones brutales y groseras, en que nota un vacío en el corazón que es imposible llenar de otro modo, y en que su alma busca con afán una compañera que le ayude á sobrelevar con resignacion los sinsabores y amarguras que diariamente la aquejan.

Hé aquí la causa fundamental de matrimonio, reconocido en todos los pueblos y en todos los países, aunque bajo distintas formas, desde el origen del mundo, esta es la causa fundamental de esa pequeña sociedad, núcleo de otras de esfera mas dilatada, y molécula importante y necesaria para la constitucion de las naciones, en cuyos destinos ejerce tan poderosa influencia, que de su buena ó mala organizacion depende la prosperidad ó el abatimiento de aquellas.

Algunos individuos, pocos por fortuna, á quienes dominan únicamente sensaciones brutales y groseras, incapaces de experimentar un sentimiento noble y generoso, ni de concebir una idea digna y elevada, abogan por la poligamia, por la pluralidad de mujeres, pues esta retardaría el hastío que se apodera del que solo busca en el matrimonio goces carnales, y que vive la vida de la sensación, sin comprender la del sentimiento. Háblese á estos del establecimiento de la

poliviría y la rechazarán con todas sus fuerzas, movidos por el sentimiento egoísta y despreciable que les domina. Ambos sistemas son defectuosos, y están destinados á desaparecer, como sucede con todas las disposiciones humanas que no reconocen por base los eternos principios de la legislación divina. Su planteamiento traería consigo la prostitución en la mujer, la imbecilidad en el hombre, la destrucción de la familia, y la debilidad y subsiguiente ruina del Estado que pretendiese patrocinar doctrina tan repugnante.

La historia atestigüa con datos irrecusables la verdad del principio que acabamos de sentar. En el pueblo judío el marido tenía la facultad de enviar á su mujer el libelo de repudio sin expresar causa alguna de semejante resolución, pudiendo contraer inmediatamente otro matrimonio, disposición que, como dice San Mateo, les fué tolerada por Moisés por consecuencia de la dureza de su corazón, lo cual establecía la poligamia de un modo indirecto, es verdad, pero no por eso menos cierto. Interin aquel pueblo no usó de semejante facultad, se mantuvo fuerte y vigoroso; pero cuando por consecuencia de los vicios menudearon los repudios, cuando el abuso sustituyó al uso y la excepción se convirtió en regla general, perdió su fuerza la familia, la nación su vigor y su robustez, y la patria de David y de Salomón cayó en poder del hijo de Vespasiano, yendo á morir sepultada y oscurcida en el inmenso Océano romano.

Idénticas vicisitudes experimentó el pueblo de Rómulo. También en éste tenían libertad ambos cónyuges de enviarse recíprocamente el libelo de repudio sin expresar justa causa para ello, pudiendo pasar uno y otro á ulteriores nupcias.

En los primeros tiempos de Roma no se hizo uso de semejante facultad, no se conoció la poligamia, ni la poliviría, implícitamente comprendidas en las leyes civiles; pero cuando las costumbres se relajaron, cuando se miraron con desprecio los títulos de *vir* y *uxor*, tan queridos por los primitivos romanos, los divorcios fueron frecuentes, y Séneca nos refiere que las mujeres contaban el número de sus maridos por el de consulados. Corrompióse la familia, desapareció el patriotismo y aquellos derechos, tan heroicamente conquistados por los antiguos plebeyos, fueron renunciados en manos de un déspota por sus degenerados descendientes. Gracias al hábil gobierno de algunos emperadores y á las doctrinas evangélicas que regeneraron aquel cuerpo gangrenado, pudo Roma conservar el prestigio que debía á la forma republicana; pero la herida era muy profunda é imposible la cicatrización. Muerta la familia por consecuencia de los abusos, sostúvose, sin embargo, la Ciudad Eterna gracias á su antiguo prestigio; pero la base del edificio estaba corroida, así es que no pudo sostener el embate que trituroó en mil pedazos aquel gigantesco imperio.

En nuestra misma época y sin salir de Europa se nos ofrece un ejemplo que prueba la verdad de la tesis que sostenemos. Es la poligamia en Turquía precepto religioso, y si esa nación pudo en los siglos xv y xvi amenazar la independencia de los Estados occidentales merced al fanatismo brutal de sus moradores; si exigió para ser contenida en sus conquistas el colosal poderío de Carlos V y de Felipe II, que en Tunes y en Lepanto humillaron el estandarte de la media luna; hoy ese imperio decrepito y carcomido carece de base que le sostenga, de cimiento que le apoye, y hubiera sido borrado del mapa si las naciones del Occidente se hubiesen puesto de acuerdo sobre el destino de los territorios que le integran.

La razón y la historia rechazan de consuno la poligamia y la poliviría, porque una y otra se fundan tan solo en los apetitos groseros y sensuales; y al establecer la unión de los sexos atienden únicamente á la satisfacción de las necesidades carnales, despreciando las del espíritu. Solo el matrimonio consigue este doble objeto: solo el matrimonio une los cuerpos de los esposos, enlazando á la vez sus almas en dulce y placentera armonía: solo el matrimonio puede constituir la familia, único punto en que el hombre goza de tranquila felicidad.

Mas por lo mismo que es tan grande

su misión y tan levantado su fin, son sus consecuencias muy trascendentales; y el hombre debe reflexionar gravemente y meditar con madurez antes de dar un paso que tanta influencia puede ejercer en el discurso de su vida, y que si puede convertir su mansion en manantial puro de envidiable dicha, puede asimismo hacer de ella un antro de infidelidades, de disgustos, de sinsabores y hasta de crímenes.

El alma del hombre y la de la mujer son esencialmente idénticas por naturaleza. Uno y otro sienten, piensan y quieren; uno y otro experimentan las mismas necesidades, siendo también iguales los medios de que aquel y esta pueden valerse para darles satisfacción. Pero si en el fondo son idénticas, varían en los detalles. En el hombre predominan sobre la sensibilidad, la libertad y la inteligencia; y estas dos últimas facultades del alma se hallan en la mujer subordinadas á la primera. Piensa aquel con madurez y siente con templanza; ama esta con delirio y reflexiona con frivolidad. Muchos casos destruyen, en verdad, el principio general que acabamos de sentar: en cafés, paseos y teatros estamos viendo continuamente hombres degenerados que no piensan mas que en el adorno de su cuerpo y en presentarse elegantes á los ojos de la sociedad, sin tomarse el trabajo de ocuparse, aun cuando no sea mas que por mero pasatiempo, en cultivar alguna de las facultades de su alma.

Mujeres hay, por el contrario, de espíritu levantado y varonil, que lo mismo en las artes bellas que en las útiles pueden sufrir con ventaja el parangón con los hombres mas ilustres, entendidos y laboriosos. Pero estas no son mas que verdaderas excepciones, que ridiculizan y denigran á los primeros y ensalzan y elevan á las segundas.

Mas aun: el hombre y la mujer tienen alma, pero también tienen cuerpo: aquella reconoce necesidades, pero éste no se halla exento de ellas: la no satisfacción de las espirituales hace del hombre un imbecil, equiparándole á los brutos; la no satisfacción de los materiales extingue su vida y da con su cuerpo en el sepulcro. Es cierto que aquellas engrandecen y ennoblecen al hombre; pero también lo es que si las necesidades del alma son de naturaleza mas elevada, son mas apremiantes las del cuerpo, y unas y otras deben ser atendidas por el individuo antes de contraer el vínculo matrimonial y erigirse en jefe de familia.

Por otra parte, el hombre y la mujer están destinados á vivir en sociedad con sus semejantes: este estado les proporciona ventajas indudables; pero les impone también deberes ineludibles y onerosas cargas. No pretendemos con esto decir que esas necesidades ficticias sean de naturaleza tan apremiante como las naturales, no: se puede apreciar, empero, cuan doloroso es descender de la posición social que se ha llegado á ocupar, al observar la multitud de suicidios que no reconoce otra causa que ese descenso.

Esta serie de consideraciones, que dejamos ligeramente apuntadas, deben ser tenidas en cuenta por el hombre antes de decidirse á consumir el enlace indisoluble. No se crea que es nuestro ánimo hacer de él una estatua insensible arrancándole el corazón ó haciéndoselo de mármol; lejos de nosotros tan absurda pretension. Creemos sí que á la mujer puede bastarle querer con pasión, amar con delirio á la persona que escogió para consorte; pero esto no es suficiente cuando se trata del hombre. Este puede y debe querer á la persona que designó para su esposa, pero antes de contraer matrimonio debe pensar y reflexionar seriamente sobre las onerosas cargas que en adelante gravitarán sobre sus hombros, y sobre los medios de que puede disponer para sobrellevarlas.

No siempre se han tenido en cuenta estos preceptos; no siempre se han seguido estos sanos consejos: en ciertas épocas y en ciertos períodos se han exagerado las necesidades morales y prescindido por completo de las materiales; y en otras, como en la actual, preocupan exclusivamente las sociales y materiales y se desprecian las del espíritu. Ambos sistemas son erróneos, y uno y otro se ven rechazados de consuno por la razón y por la historia.

No há mucho era nuestra patria víctima del romanticismo, la educación de la mujer era insignificante, ya que no nula, y los ratos de ocio que le dejaban los quehaceres domésticos, los empleaba en la lectura de libros frívolos, que enardecian sus pasiones, exaltaban su imaginación y le hacían envidiar la suerte de alguna heroína, á quien el poeta rodeaba de cualidades sobrenaturales que seducían y cautivaban á la inocente é inesperada jóven. Concebía la dicha en ser desdichada, y si se presentaba á ella un hombre á quien sonriera algun tanto la fortuna, esta circunstancia era suficiente para que le mirase desde el primer momento con antipatía y hasta con odio, si quien estuviese adornado de cualidades recomendabilísimas. Mas no toda clase de desgracias le eran igualmente simpáticas: miraba con indiferencia y aun con repugnancia las materiales; solo las del corazón le atraían y entusiasaban: hubiera visto impasible morir de hambre á un mendigo, pero sus nervios experimentaban crispación violenta al leer el final del *Hernani* de Victor Hugo. Al contraer matrimonio ambos cónyuges se ocupaban muy poco de las necesidades del cuerpo: *contigo pan y cebolla*, se decían recíprocamente; y con base tan segura y cimiento tan sólido se unían perpetuamente.

En raudales de dicha y rios de felicidad se bañan extasiados los primeros dias; pero no tarda en presentarse con toda desnudez la espantosa realidad: aquellas necesidades materiales y groseras, que no há mucho despreciaban, exigen sin demora pronta satisfacción. Necesitan pan y no le tienen, quieren ganarlo y no saben: la amargura desnuda sus semblantes, la desesperación se apodera de sus almas, y necesita la mujer tener fuertemente arraigados en su corazón los sentimientos cristianos para no entregarse á la prostitución con el objeto de no perecer de miseria.

De un extremo se ha pasado á otro: de un romanticismo novelesco á una vanidad despreciable y á un positivismo repugnante. Dominaba antes la locura de la pasión; hoy lo ciega todo el lujo y la ostentación. Antes se prescindía de las necesidades del cuerpo, hoy se desdennan las del alma. Una niña tierna, delicada y candorosa se entrega á un viejo decrepito y achacoso, que al unirse á ella no tiene mas objeto que satisfacer una pasión innoble ó hallar una hermana de caridad, que le asista en sus dolencias. Con espléndidos trajes y ricas joyas, con viajes deliciosos y pintorescas quintas de recreo, pretenden algunos seducir á su jóven esposa; pero si los teatros y las diversiones que le ofrece su marido con ahínco pueden distraerla algun tiempo é impedir que reflexione detenidamente sobre su situación, ese aturdimiento no puede ser perpétuo.

Llega un dia en que siente agitarse su corazón con violenta conmoción al distinguir á un hombre apuesto y elegante en uno de esos mismos sitios de recreo, á que la lleva afanosamente su marido: cae la venda de sus ojos, estudia su verdadera situación, exhala su pecho un grito de dolor, la desesperación trasforma sus facciones y solo el vigor de una mártir puede impedir su perdición y su deshonra.

Véanse las consecuencias que produce la inobservancia de los preceptos naturales: solo amoldándose á ellos puede el matrimonio proporcionar á los esposos concordia, paz y felicidad. La exageración romántica y la positivista conducen al extremo opuesto, como tenemos demostrado; y en el sombrío cuadro de la falsa situación que originan, se halla la infracción de los deberes conyugales, el adulterio, en fin, que trae consigo como consecuencia precisa para el marido el ridículo, para la mujer la infamia y para los hijos la vergüenza.

BENITO DE ARABIO-TORRE.

LA FORMACION DE UNA IDEA.

La influencia ejercida en el mundo por el dogma de la soberanía del pueblo, opuesto á la soberanía de los reyes, ha sido inmensa. Examinarla imparcialmente no será inoportuno ni tardío, en tanto que ese principio se discute por todas las sociedades que él produjo con la vehemencia apasionada con que dis-

cute la humanidad cuanto se refiere á su manera esencial de existir.

I.

Si para demoler necesita la humanidad de motores poderosos, ninguno de fuerza mas irresistible que el principio que vamos á estudiar. Á su impulso, cayeron, á polvo reducidos, los edificios seculares en que vivían las naciones mas llenas de vigor. Con él, se arrancaron de cuajo los vetustos sillares que cimentaban la organización política y social que el feudalismo y la monarquía pura habían creado. Por él, todo fué removido; desde lo más alto hasta lo más bajo de la sociedad, y hoy, los hijos de esta generación intermedia de lo pasado y lo futuro, vivimos entre las ruinas de una sociedad.

La juventud presente no ha asistido al tremendo choque que presenciaron nuestros padres; pero puede formar idea de su grandeza por los restos de aquel cataclismo, que todavía de cuando en cuando (y como los últimos ruidos del huracán que agitó la superficie y el fondo de los mares) nos inquietan, nos agitan y conmueven.

Los errores, como los aciertos, cuando pasan de la meta común y llegan á dominar con absoluto imperio, tienen en sí mismos algun germen de verdad que los salva del vilipendio reservado al error vulgar.

Si cuando una idea se manifiesta poderosa desde su principio, subyuga y domina los espíritus, y, produciendo la calentura del fanatismo, conduce á los hombres al combate ó los hace superiores al peligro, y les priva sin dolor de lo que con más dolor se pierde, de la vida, esa idea tiene razones superiores de existencia, y sería pueril atribuirle á causas comunes, á caprichos enfermizos de la humanidad.

Motivos había, y poderosos, para tratar de romper las ligaduras que maniataban al progreso é impedían el mejoramiento del mayor número, hasta entonces condenado á vivir proscrito. Por eso no debe llevarse la parcialidad hasta justificar los excesos cometidos innecesariamente en nombre de una gran idea, ni hasta negar la admiración debida á los hombres que, movidos por una generosa aspiración, hicieron hervir sus esfuerzos para emancipar á ciertas clases del vilipendio en que vivían.

II.

La sociedad que tenía sus raíces en la Edad Media, había logrado vivir hasta 1789.

Aquellos fieros conquistadores salidos del norte de Europa, y de la masa central del Asia, empujándose los unos á los otros, como olas sobre olas, llegaron sucesivamente hasta las puertas de Roma, y hasta el estrecho de Gades, destruyendo á su paso el romano imperio, en su ocaso entonces.

En toda su vastísima extensión, fueron situándose aquellas muchedumbres, y repartieron entre sí el territorio, sometiéndolo á los conquistadores, que, como en castigo de los desafueros por ellos cometidos en el trascurso de los siglos, sufrieron la pena del talion. Atempérola su crudeza la religión cristiana, bílsamo consolador, que, adoptada por los vencedores, mitigó la suerte de los vencidos. Continuaron estos, sin embargo, bajo el duro yugo de la esclavitud, más tarde bajo el de la servidumbre, forma que más ó menos soportable, ha llegado á nuestros tiempos.

Repartido el territorio entre los caudillos y convirtiéndose en errante su vida sedentaria, la raza vencedora dió comienzo á aquella organización feudal, conservada en toda su fuerza hasta el siglo xv: el feudalismo hizo experimentar á aquellas generaciones todo género de desventuras, pues avezados á la guerra por sus hábitos y á ella estimulados por los instintos naturales á su raza, no se ocuparon los señores feudales más que en trabar entre sí combates interminables, á fin de aumentar sus Estados y dominar los territorios, que, andando el tiempo habían de formar las naciones ó monarquías que más tarde aparecieron.

Lentamente se hizo, pero se hizo el tránsito del feudalismo á la monarquía, ya por superioridad reconocida de un señor sobre todos, ya por transacciones de los más con uno, por conveniencia mútua ó por cansancio de tan largas luchas.

Apareció la monarquía.—Tímida y débil en su origen, debió su existencia al protectorado de los grandes señores, y aunque con el tiempo había de crecer y fortalecerse, fué sin embargo dominada y como puesta en tutela varias veces por las coaliciones frecuentes de sus mismos feudatarios.

Para amenguar el poder de estos y emancipar á la monarquía de su tutela, tanto en los tiempos de su crecimiento como en el de su apogeo, trabajaron monarcas notables por sus altas cualidades de carácter.

Entre ellos se distinguieron Luis XI en Francia, y Don Pedro I en Castilla; Enrique IV allí, Fernando V aquí.

Terminó aquel estado de cosas y apareció otro que, si bien un tanto distinto en la forma, continuaba hasta cierto punto siendo el mismo en el fondo.

Era éste el de la nobleza, cuya vasta organización, derivada de la feudal, llegó á esperar en nuestros días, conservando, con algunas variaciones debidas á países distintos, y á acontecimientos diferentes que influyeron en su marcha y desarrollo, multitud de privilegios odiosos y vejatorios en su mayor suma, arrancados á la debilidad de los monarcas y sostenidos con vigor por el celo y el espíritu de clase.

Durmióse, por fin, esta compañera de la monarquía, á la sombra de sus laureles y á gozar, como cansada de tanto combatir, de las delicias de Cápua que habían producido tantos siglos de dominación.

No es este lugar oportuno para dilucidar las grandes cuestiones que se han agitado sobre la conveniencia ó utilidad que á la Europa reportó la venida de los bárbaros, la aparición del feudalismo y su última metamorfosis, la alta nobleza: basta á nuestro intento la rapidísima reseña que hemos hecho para indicar los antecedentes por donde caminaron los pueblos hasta el momento en que se lanzó al mundo la nueva idea que había de destruir aquella organización antigua.

III.

Al considerar los complejos elementos que venían dominando la sociedad, no puede echarse en olvido la organización de la Iglesia que tanto y tan variado influjo tuvo constantemente en toda clase de hechos, como poder moderador, las más veces con notable beneficio de los pueblos. Sufrió en los primeros momentos la dura ley del vencedor, pero pronto recobró su ascendiente, merced al alto principio que sustentaba y á ser depositaria de las pocas luces, saber é ilustración que había sobrevivido á aquel gran naufragio del mundo romano.

Peleó con heroico esfuerzo por todas las causas nobles, abatiendo alternativamente la preponderancia, ya de los señores, ya de los reyes, caminando al frente del progreso y del saber; pero ora fuera por miras de ambición humana, ora porque la adquisición de riquezas era un fin real y necesario, conforme con el espíritu de aquellas edades de hacer valer su influencia en los Gobiernos y en las sociedades, lo cierto es que se contaminó notablemente entrando á compartir con los monarcas, allegamientos inmensos de tierra con toda clase de privilegios y derechos, que más tarde habían de ponerla en días de prueba en inminente peligro, corriendo conjuntamente con la nobleza y el trono, sus últimos cómplices, la más deshecha borrasca que á los tiempos venideros narrará la historia.

Tres eran, pues, los elementos de autoridad que aparecieron compactamente unidos en estos últimos tiempos, después de haber luchado como rivales sobre quién había de dominar con absoluto imperio. Indicáremos la razón de esta alianza entre contrarios.

Venia, paralelamente á estos tres grandes focos de autoridad y de poder, caminando humilde y silenciosamente una clase de la sociedad, absolutamente ignorada en sus principios, completamente desoída en sus clamores, que un día había de darse á conocer, de hacerse oír con el nombre de *estado llano*. Esta clase debió en gran parte su nacimiento y desarrollo á la eficaz protección que le dispensaron los monarcas: buscáronla estos como instrumento, y les sirvió para abatir el poder de los grandes y limitar las excesivas pretensiones del clero.

Crecía llena de vigor en sus varias y singulares organizaciones del municipio

y de la ciudad, por toda clase de fueros y garantías otorgadas por los reyes, hasta tal punto, que llegó á inspirar temores no solo á aquellos contra quienes había sido empleada, sino á los mismos que como arma la emplearon. La guerra de las Comunidades de Castilla demostró la fuerza que había cobrado el estado llano; hizo visible el peligro en que ponía á los poderes que le ahogaban, y determinó la coalición de estos contra él.

Pero la unión vino después de la perplejidad, porque la monarquía, los grandes y la Iglesia vacilaron sobre la conducta que debían observar con respecto á aquel coloso que en demanda de los derechos se aprestaba á la lid: de esta vacilación resultó que, al aproximarse el enemigo común, las fuerzas sociales y políticas, que con más poder tendían al despotismo estuvieran en graves discordancias, originándolas una vez la monarquía, otras la nobleza, y el clero que, ya á uno, ya á otra parte se inclinaba. Siguióse de aquí tal desacuerdo que no entendieron muchos ni calcularon toda la magnitud del nuevo poder que se levantaba, y muchos de la nobleza y del alto clero le prestaron su apoyo. La colisión primera entre la idea que se formaba y las ideas que predominaban, tuvo lugar en Villalar.

La nueva idea salió vencida, y desde aquel momento se hizo visible en España un fenómeno notable. Las tres potestades, real, social y religiosa, como si obedecieran á un presentimiento simultáneo, olvidando sus querellas antiguas, se presentaron fuertemente unidas.

Después de su derrota, durmió largas edades el estado llano. Acomodóse á la penuria de los tiempos, resignándose á ser plebeyo; los nobles ó hidalgos de gotera, á ser mirados con un desden que rayaba en desprecio por los grandes de Castilla; el bajo clero, á ser por el alto explotado y dominado. Todo oficio fué vil; toda industria, denigrante; todo trabajo, infame, hasta el extremo de que los que se dedicaban á la noble profesión de comerciantes fuesen designados con la despreciativa denominación de mercaderes.

IV.

Había llegado para la clase media el momento de presentar en la punta de sus bayonetas el memorial de sus agravios.

El estado de cosas existente no podía ser el desenvolvimiento definitivo de la sociedad en la sucesiva emancipación que cada movimiento de los pueblos europeos conquistaba.—A pesar, pues, de los tres poderes represivos que repartiéndose el goce de la vida general, la ahogaban, algunas ideas individuales lanzadas por algunos filósofos en pró de la libertad del pensamiento y de los fueros de la razón, bastaron para vigorizar la nueva idea, dar plaza á las nuevas generaciones, y facilitar la demolición teórica de que se encargaron los enciclopedistas.

Abierto el campo, el pensamiento humano se precipitó por él, y dándole una forma más ó menos exacta, más ó menos completa, proclamó Juan Jacobo Rousseau la soberanía de los pueblos sobre la soberanía de los reyes.

Lo que entonces sucedió, narrado está para siempre en las páginas de la historia moderna.

Bajo la bandera de este nuevo principio, de esta idea ya formada, esperando la hora del combate, compacta se agrupó la clase media.

No esperó mucho tiempo. Habiendo el clero y la nobleza rehusado unirse al tercer estado para deliberar en común, demostró el último toda la audacia con que sabía usar de su poder, reuniéndose en Asamblea deliberante el 17 de Junio de 1789, día memorable desde el cual empieza á contarse la serie de acontecimientos que han trasformado el mundo.

Trató el infortunado Luis XVI de impedir estas reuniones, mandando cerrar el lugar que en Versalles había escogido para celebrarlas el tercer estado; pero este mandato fué absolutamente ineficaz, pues la Asamblea nacional se trasladó al juego de pelota, y cuando el monarca, queriendo ser fuerte después de ser débil, leída la declaración en que concedía algunas libertades al pueblo (1), mandó á los representantes de ésta que

(1) Esta declaración se leyó en sesión real en 23 de Junio de 1789.

se separaran, al gran maestro de ceremonias que repetía el mandato, contestó Mirabeau: «Id á decir á vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas,» añadiendo Sieges: «Somos hoy lo que éramos ayer; deliberemos.»—Reto insigne de la clase media á la monarquía lanzado por los labios de aquellos dos hombres, que entonces personificaron al poder naciente en cuyo nombre hablaban.

La soberanía del pueblo se encontró faz á faz con la soberanía de derecho divino, y todo el mundo presintió que la corona, con la cabeza que la sostenía, rodaría desde lo alto de un cadalso: con tales caracteres de vigor se presentaba aquella nueva idea, tanto tiempo desdeñada, tantos siglos desheredada, en el palenque político del mundo.

Sobre la cabeza de aquella generación que emprendió el duelo á muerte contra lo pasado, en nombre de lo porvenir, cayeron días de luto. La justicia providencial que concedió el triunfo á unos, castigó inexorablemente á otros; á éstos, bajo la forma del martirio, á aquellos, bajo la más aterradora de la expiación constante: que en la hora tremenda del castigo, la justicia de los pueblos no se rige por la de los individuos.

Triunfante la nueva idea de todos los obstáculos que se le oponían, decretó la inviolabilidad de los representantes de la soberanía del pueblo (1), la abolición de todos los privilegios feudales (2), que igualaba ante la ley á todos los franceses; la libertad de la prensa y de todas las opiniones religiosas; declaró propiedad de la nación los bienes del clero y su venta (3); suprimió todos los títulos nobiliarios (4); consagró la soberanía de los pueblos (5) origen de tan profundas innovaciones; decidió la abolición de la monarquía; proclamó la república (6); en nombre de la libertad, llamó á todos los pueblos al combate; á todos los que combatieran contra los reyes, prometió su auxilio (7); impuso pena de muerte á Luis XVI (8); trasformando el Calendario, abolió la era vulgar para dar comienzo á la francesa, que dataría desde el principio de la república en 22 de Setiembre de 1792.

Así, en nombre del principio nuevo, se fueron súbitamente destruyendo todos los cimientos del edificio antiguo, y la vieja sociedad, organizada por el lento trabajo de los siglos, cayó de un solo impulso. En los anales de los pueblos, no encuentra la memoria una trasformación más radical en ménos tiempo. Solo la espada de los conquistadores ha dejado unas huellas en la historia, porque no contentándose en destruir instituciones, hasta los reyes y las nacionalidades destruyó.

V.

Esta fué la influencia que el nuevo dogma, que la idea que hace tres siglos se formaba, ejerció sobre el carácter y la nacionalidad francesas.

La idea conservadora, empero, no se manifestó en todas partes con la fiera que en su primer estallido se presenta, y los bienes y males que produjo, sus abominables excesos, su ciego frenesí, el libre exámen, la ilustración y la cultura de costumbres, le sirvieron de correctivo, enderezando su torcido paso y curándole de la propensión que en un principio manifestaba á todo lo que fuera extralimitación y delirio.

DAMIAN MENENDEZ RATON.

REFLEXIONES POLÍTICAS.

El miasma de las mezquinas pasiones del hombre desciende siempre á la arena política como el ácido carbónico, tan nocivo á la vida animal, desciende á las partes más bajas de la superficie de la tierra; pero en las altas atmósferas de la política, los hombres se encuentran y no se chocan, sino que se abrazan, porque todos concurren, aunque por distinta vía, al fin homogéneo de la verdad.

- (1) 24 de Junio de 1789.
- (2) 4 de Agosto de 1789.
- (3) 17 de Mayo de 1790.
- (4) 19 de Junio de 1790.
- (5) 17 de Setiembre de 1792.
- (6) 2 de Setiembre de 1792.
- (7) 19 de Noviembre de 1792.
- (8) 17 de Enero de 1793.

Hoy nos vamos á elevar á estas atmósferas huyendo de todo espíritu de partido, no en alas del entusiasmo patrio, puesto que Sócrates nos manda que seamos ciudadanos del universo, sino cediendo á los principios de la justicia, que es cosmopolita, á los consejos de la recta razón, y al llamamiento de la severa historia, vamos á ocuparnos de las repúblicas sur-americanas y de su situación presente.

Muchas veces nos han preguntado el por qué de sus convulsiones civiles, y han puesto delante de nosotros, como para ruborizarnos, el gran modelo de las repúblicas modernas—los Estados anglo-americanos.—Vamos á concretarnos, pues, á dar una brevísima respuesta.

Chile y la Confederación de las cinco pequeñas repúblicas de Centro-América gozan de los beneficios de una paz rara vez turbada, y de los sazonados frutos de su libertad, y no por ser pequeñas son menos dignas de la consideración del mundo. No son, pues, todas las que agitan la tea de la civil discordia.

Los Estados-Unidos tienen su historia aun mas allá de 1764, época de su emancipación; las colonias de Inglaterra han sido esencialmente democráticas: la tradición con todo su cortejo de privilegios no había sentado sus reales en aquella tierra virgen donde solo podía tener su asiento la libertad de un pueblo, celoso de su independencia y señor de su derecho. Los puritanos guardaban incólume el tesoro de su fe, y errando en la inmensidad de los mares, al hallar una patria para su fe, hallaron también una patria para la libertad.

Yo me traslado á los bosques de Pensilvania, donde el eco de las selvas devuelve el nombre de Guillermo Penn, donde las encinas y los pinos parecen agitarse con sentimientos de gratitud, porque la tierra que las fecunda fué comprada palmo á palmo, y regada con gotas de sudor y no de sangre. A mis ojos se representa aquella tarde en que los puritanos dejaban el suelo natal, y arrasados en lágrimas los ojos, daban el adiós postrero á una patria que solo les ofrecía las hogueras del fanatismo ó los cadalsos de Isabel de Tudor, en tanto que sus naves, impulsadas por un aura suave, llevaban á otras regiones las fructíferas semillas del derecho y de la dignidad humana.

Pero nada de esto sucedía en las colonias hispano-americanas.—Lejos, muy lejos está de nuestra intención el acusar á España. España no podía dar mas de lo que tenía. La noche del error tendía igual y acompasadamente sus negras alas sobre el mapa de Europ. A nosotros somos descendientes de aquellos caballeros tan admirablemente pintados por el prisionero de Argamasilla.

Nosotros descendemos de aquellos adalides que no tenían mas placer que el humo del combate, sin mas descanso que el pelear, sin mas derecho que el de la fuerza, sin mas trabajo que el botín ó los tributos del pechero, en tanto que el sirvo de corvea se arrastraba pidiendo pan á las puertas de su castillo, cerradas, porque había ido en peregrinación á olvidar los remordimientos de su conciencia ó los desdenes de su dama, en los arenales de Palestina.

Y hénos aquí nosotros, del otro lado de los mares, con el mismo carácter, con las mismas tendencias, con el mismo romanticismo, con el mismo sol meridional sobre nuestras cabezas, sol siempre revolucionario. Hénos aquí con la libertad en nuestras manos. Pero permitid que digamos que la libertad es un manjar poco ligero para los pueblos convalecientes de tiranía; sin hábitos de trabajo, sin costumbres de Gobierno, la libertad no es mas que la ramera de los tronos y la máscara de la demagogia.

Los pueblos latinos solo comprenden el santo dogma de la libertad, atronando las plazas y las calles con himnos nacionales y apurando la copa del banquete sin recordar que la libertad, hermana gemela de la virtud, se marchita y muere entre el estruendo y la crápula del festín; y á veces ese mismo que atruena la plaza pública, gritando libertad, ha sido tal vez el tirano del hogar doméstico, el tirano de la familia.

Acaso parecerán hijos de la timidez los últimos conceptos que acabo de expresar; no, mil veces no; nosotros no admitimos el término medio, porque esta es la manera de quemar algunos granos

de incienso en el altar de todas las ideas y vivir sin ningún culto político para ser el amigo de todos.

Nosotros sabemos decir en voz muy alta que el hombre es libre; que tiene por límites el infinito sobre su cabeza y el infinito bajo sus pies; que con la palanca de la prensa libre remueve el mundo moral; que la enseñanza no es el patrimonio de unas cuantas familias, ni el Gobierno su tutor; que todos tienen su asiento en el banquete del saber humano; que para todos brilla la aurora de la civilización; y que bajo el templo del firmamento son agradables á Dios las plegarias de todos los cultos, como las dictan la sinceridad y la buena fe.

Reanudando nuestras ideas, vamos á decir algo sobre la Inglaterra, y habremos caracterizado la raza sajona en sus dos manifestaciones inglesa y americana.

En Inglaterra, como todos los pueblos sajones, dotada de un gran sentido práctico, nación que dá un adiós á lo pasado entre besos y lágrimas y se abraza al presente como padre que es de lo porvenir, allí la libertad no es una ilusión; en ese pueblo pensador, las transformaciones sociales son lentas como el movimiento traslativo de la tierra, porque se respeta el derecho de todos; allí la libertad brilla como el sol cuando pasan por su faz las últimas huellas de un eclipse; allí cada ciudadano lleva grabado en su frente el lema de su nación: «Dios y mi derecho.» como si recordara á aquel sabio de la India, que consideraba como lo más sublime para el hombre, la bóveda del cielo suspendida sobre nuestras cabezas y el sentimiento del deber en nuestros corazones.

Francia, que ha sido la cuna de la libertad europea, caracteriza y lleva la bandera de la raza latina. Abramos el libro de la historia y leamos.

Eran las altas horas de la noche de la Edad Media. El absolutismo unificaba los pueblos fraccionados en municipios y señoríos, para que mañana en su día cayeran al golpe del mismo tajo la esfinge del privilegio y el monstruo de la tiranía. El escolasticismo oprimía entre sus ejes al pensamiento, hasta que despuntó la primavera del progreso en un suelo calcinado por la tiranía; y la idea, esa mariposa del pensamiento, rompiendo la envoltura del silogismo, tiende sus alas de luz entre los arboles del cielo. El monasterio que antes, en aquel diluvio de la barbarie, había sido como el arca que guardaba el tesoro de la ciencia y flotaba en aquel naufragio de los conocimientos humanos, enciende la hoguera que abrasaba la conciencia del Dante y quemaba los secretos de Galileo.

El castillo feudal se arruinaba, el castillo feudal, levantado con el sudor del pechero y los brazos del siervo de la gleba, en cuyas rotas almenas cantaba el cántico las últimas agonías de los déspotas. Descartes lo destruía con su incertidumbre metódica, Pascal con sus pensamientos, Voltaire con su sarcasmo, Rousseau con sus desvarios fecundos, hasta que sonó la hora en el cuadrante de la historia, en que cayeron sus viejos muros y desde la cúspide del trono se desprendía una catarata de sangre que arrastraba en su corriente á los mismos que la hicieron nacer, y la mano de la suerte, siempre ciega, ofrecía en holocausto al pueblo la cabeza del malhadado Luis XVI, cuando retrocediendo en el orden del tiempo debiera escoger á Luis XV, sátiro de su corte y Sardanápalo de la Edad Moderna.

Hoy, aniquilada por la ambición de dos hombres, excita la conmiseración de las naciones. París, último baluarte del mundo latino; París, la patria de todos los pueblos modernos, ha sucumbido ante el Brenno de la Germania: París, el árbol á cuya sombra descansaban todos los viajeros del mundo, el árbol cuya corteza ofrecía paleta y colores á la imaginación de Vermet, en cuya copa cantaban las aves de la aurora, Hugo y Lamartine, en cuyas ramas que ostentaba la verdura de la civilización, anidaban todos los sentimientos, y á cuyo pie se desgajaban los frutos de todos los pensamientos, y las flores de todas las ideas.

«*Quidquid delirant reges plectuntur achi-vi. Horatio.*»

Ahora bien: ¿ha hallado Francia el secreto de la paz universal? Desde 1793 hasta 1871, cinco tempestades revolu-

cionarias se han cernido sobre su cabeza, y todavía no ha hallado la incógnita de la paz y de la tranquilidad doméstica. ¿Con qué razón, pues, se exigen las virtudes cívicas, la libertad interna, los hábitos de Gobierno y de bienestar político á jóvenes repúblicas que empiezan á vivir? Preciso es convencernos que hasta hoy, por desgracia, la frivolidad en el pensar, la ligereza en el obrar, el vicio elevado á arquetipo de belleza, la exaltación de la fantasía, el horror á las artes mecánicas y la estéril ocupación de no hacer nada, constituyen el patrimonio de nuestra raza.

Sin embargo, creemos y esperamos: el hombre es perfectible. ¿Qué son las convulsiones civiles en un pueblo, si el tiempo pasa corriendo como la locomotora al pie de las naciones? Vale tanto negar el progreso como negar la redondez de la tierra, porque se elevan en su superficie el Himalaya, el Chimborazo.

El hombre es solidario como la luz, como la electricidad, que horada el corazón del Océano; como el Océano, que en vez de separar enlaza los pueblos más remotos y distantes: lo que Bastiat ha dicho en el orden económico, lo decimos en el orden político y social. «La sociedad es el cambio.» América necesita de Europa, Europa necesita de América, ninguna tierra lo produce todo, como dice Virgilio. Francia necesita de los pensamientos de Kant, la Alemania necesita de la fantasía de Lamartine, la Inglaterra necesita de los cereales de España y de los pinces de Murillo.

España necesita de los artefactos de Inglaterra y del espíritu pensador de sir Roberto Peel. El hombre es solidario desde Dios hasta el átomo de polvo del desierto. Esperamos, pues, que el comercio de la industria y el comercio de la idea traigan en sus alas la bonanza y la prosperidad universal.

El hombre es una viviente esfera de vida: en su centro está su personalidad, y desde allí dilata el radio jurídico, el radio estético, el radio moral, el radio intelectual; y ¿hasta dónde? Hasta donde sea tangente de otra esfera, de otro hombre. ¡Si! Los hombres marchan como empavesadas navicillas en el piélago inmenso del espíritu, como esferas radiales y luminosas que crecen, giran y se ensanchan en el cielo de la conciencia humana hasta perderse en el seno infinito y luminoso del Creador.

Repúblicas hispano-americanas:

«*Formez une sainte alliance
Et donnez vous la main.*»

como nos dice Beranger. Entrelazad vuestras manos y formad la fuerte cadena de la unión, viva imagen de la cadena de los Andes, donde se estrellan todos los rayos del cielo y todos los huracanes de la tempestad; y quiera la Providencia que se levante en vuestros horizontes la esperanza, la libertad fértil y fecunda como un sueño de Colón, grande y sublime como un pensamiento de Washington.

MIGUEL SANCHEZ Y PESQUERA.

EL TÉ.

El arbolillo cuyas hojas nos procuran esta bebida perfumada que el uso ha hecho indispensable á muchas personas, es indígena de la China y del Japon, únicas comarcas donde se cultiva bajo el punto de vista de utilidad. Siempre es verde, y se parece un poco al mirto. Su altura varía entre tres y seis pies; soporta climas muy diversos, y así se da en las inmediaciones de Canton, donde el calor es algunas veces insostenible hasta para los mismos naturales del país, como en el territorio de Pekín, donde el invierno es algunas veces tan rigoroso como en el Norte de Europa. No obstante, en la provincia de Nankin, donde el clima guarda un término medio entre estos dos puntos extremos de que acabamos de hablar, es donde se cosecha el té de una calidad verdaderamente superior. La mayor parte del que se provee el mercado de Canton y se vende á los europeos, ha sido preparado por los industrioses habitantes de la provincia de Fokien. Esta planta preciosa da muy buenos resultados sembrada en los valles, en el declive de las colinas expuestas al Mediodía, y sobre todo á orillas de los ríos y riachuelos.

Giovani Botero, que publicó en 1590 un tratado sobre las causas de la prosperidad de las poblaciones, fué el primer autor que habló del té sin pronunciar su nombre; pero lo describe tan bien, que no se puede equivocar. Los chinos, dice, tienen una planta de la que extraen un zumo delicado que les sirve de bebida, reemplaza el vino y les preserva también de todas las enfermedades que causa entre nosotros el uso immoderado de las bebidas fermentadas.

El árbol del té se propaga por medio de semilla.

Unos huitos formando hileras regulares, se abren á distancias iguales y se depositan en cada uno desde seis hasta doce granos, porque apenas la quinta parte es productiva. Se riegan cuidadosamente hasta que germinan, y si bien una vez salido de la tierra puede pasarse de todo otro cuidado, el cultivador inteligente prepara el terreno todos los años, purgándolo de todas yerbas inútiles.

Algunos viajeros han pretendido que las mejores especies se producen en montes escarpados, en medio de precipicios, y que los chinos, no pudiendo alcanzar estos lugares inaccesibles, acostumbran perseguir á los monos que los habitan, provocándoles, arrojándoles piedras, á fin de que aquellos animales, acosados de semejante modo, rompan y arrojen lejos algunas ramas del codiciado té.

Este cuento ridiculo se refuta por sí mismo, puesto que se trata de una planta que tiene necesidad de la industria del hombre para alcanzar su grado de perfección.

La primera cosecha se hace al cabo de tres años; las hojas han llegado ya á su sazón y son muy abundantes; á los siete años, el arbolillo alcanza su mayor desarrollo y las hojas van disminuyendo y tienen mucho menos humor. Entonces se corta por el pie, lo que produce el verano inmediato una fértil abundancia de renuevos; algunas veces esta operación se difiere hasta el décimo año.

El té se recoje con las más minuciosas precauciones: cada hoja se desprende separadamente del tallo y se exige una excesiva limpieza á los que se ocupan en este trabajo. Existe en el Japon, cerca de una población llamada Utsi, un monte donde se cree que el té adquiere un sabor muy exquisito, de modo que se reserva para el uso del emperador; un ancho foso rodea aquel lugar privilegiado, é impide que nadie entre en él como no sean los guardas que lo custodian.

El arbusto protegido por sus asiduos cuidados sufre muy poco de la intemperie de las estaciones, y hasta se le quita el polvo que podría deslustrar sus hojas. Algunas semanas antes de la cosecha, la personas que están empleadas en ella, se les obliga á alimentarse con manjares escogidos para evitar hasta la influencia de su soplo. Durante el trabajo se cubren las manos con guantes finos y se bañan y lavan dos ó tres veces cada día.

A pesar de la lentitud que ocasiona semejante procedimiento, un hombre puede cojer de diez á quince libras de té en un día. Se hacen tres ó cuatro cosechas anuales desde fines de Febrero hasta el mes de Agosto; los productos de la primera son los más estimados; se les llama en China té imperial y no se les destina á los mercados; únicamente las últimas cosechas, más ó menos mezcladas, son de las que participan los europeos.

Las tierras están en China de tal modo repartidas, que el número de plantaciones de alguna extensión es muy limitado, si es que exista alguna. El propietario y su familia se bastan comúnmente para la explotación, y las hojas se venden enseguida á otras personas que se encargan de hacerlas secar y ponerlas en estado de ser enviadas á los mercaderes de Canton.

Los medios empleados para la desecación, varían según la calidad. Se limitan algunas veces á exponerlas al través de un velo, á los rayos solares, removiéndolas frecuentemente.

La pieza destinada para este uso, contiene de diez á veinte hornillos: un caldero de hierro poco profundo está colocado en cada uno de ellos. En el otro extremo hay una larga mesa muy baja cubierta con manteles. Cuando los calderos están calentados á la temperatura conveniente, se ponen en ellos algunas libras de hojas recientemente recogidas. Por efecto del calor se abren y desprenden una pequeña parte de su jugo. Entonces es preciso removerlas con la mano tan rápidamente como sea posible, hasta que no se puedan tocar sin dolor; luego se les saca con una especie de cuchara plana y se colocan sobre los manteles, en donde los que deben arrollarlas las toman en pequeñas cantidades y les dan vueltas en el hueco de la mano, procurando imprimirles una sola dirección.

Otras personas las abanicaban, á fin de que enfriadas más prontamente conserven mejor su pliegue. Esta misma operación se repite tres ó cuatro veces y más si es necesario; pero cada vez los calderos reciben un calor menos fuerte y los mismos procedimientos se renuevan con una lentitud y precauciones que van en aumento. Hubo un tiempo en que se creyó que los té verdes se hacían secar en platos de cobre, y que su color era debido á esta circunstancia, que hacía al propio tiempo muy dañoso su uso; pero la falsedad de esta opinión está al presente demostrada.

El origen del uso del té en China se pierde en la noche de los tiempos; es universal en todo el imperio, y se halla desde la más humilde choza hasta el palacio imperial. El que consume el pueblo, no tan solo es de una calidad inferior, sino además muy débil; porque los naturales del país, dependientes de la embajada de lord McCartney, soliciaban con ahínco las hojas que ya habían sufrido una infusión en casa del embajador, y después de haberlas bañado con agua fresca, obtenían una bebida mucho mejor que la que acostumbraban antes tomar. De otra parte se observó que el té dado por el emperador Kien-Long al embajador, no tenía ese ligero sabor ágrico que tanto nos gusta á nosotros los europeos.

Los chinos toman el té, cuando menos, tres veces cada día, y las personas pudientes muchas

más veces. Se ofrece á las personas que van á visitar á sus amigos, y forma parte de los sacrificios religiosos. Se prepara en China del mismo modo que entre nosotros, pero no se pone ni azúcar ni leche.

Hé aquí algunos detalles dados por M. Ellis, relativos á una visita que hizo lord Amherst á Kwang, mandarin de primera clase. El té que nos sirvió, dice, era el llamado *Yu-tien*, del que solo se hace uso en las grandes ceremonias: tiene una pequeña hoja verde muy perfumada; unos plaitos de plata muy delgada con numerosos agujeritos, estaban colocados sobre las tazas de lord Amherst y del mandarin, á fin de detener, al beber el contenido, la mas ligera partícula de las hojas.

Estas tazas se parecen mucho á nuestras tazas de café, y fueron servidas en pequeñas bandejas de metal (las hay también de madera) que recuerdan las barcas chinas.

En el Japon, donde el té es también una bebida común á todas las clases, se reduce á polvo sumamente fino; se llenan las tazas de agua hirviendo y se pone en cada una de ellas con la punta de un cuchillo un poco de aquel polvo que acostumbraban conservarlo con cajitas muy elegantes.

El poco tiempo que ha transcurrido desde la introducción del té en Inglaterra, puede hacer considerar como un verdadero fenómeno la extensión prodigiosa de este artículo comercial. Créese que los holandeses lo introdujeron á principios del siglo xvii; pero las noticias son muy vagas hasta el año 1650. Diez años después, un acta del Parlamento lo asimiló como materia imponible, al café y al chocolate. Su uso, no obstante, estaba muy lejos de ser general entre las personas distinguidas. Pepys dice en su diario del 25 de Setiembre de 1661: «Envié á buscar una taza de té, bebida china, que jamás había probado.»

Tres años después, algunas libras de té eran un regalo digno de un rey; Carlos II recibió semejante don de la compañía de las Indias Orientales, la cual, en 1667, dió por vez primera á sus agentes la orden de enviarle 100 libras de té. Dícese que las primeras se vendieron á 60 chelines cada una.

Este comercio no hizo muchos progresos en Inglaterra. A principios del siglo xviii la importación ascendió por término medio en los diez primeros años á 800.000 libras; porque entonces era únicamente un objeto de lujo reservado á las clases opulentas. Se servía el té en teteras de exquisita porcelana y se tomaba en tacitas que apenas contenían lo que cabe en una pequeña jicara de chocolate. Es probable que se refiera á esta época la anécdota tan conocida de John Bull, que supone que una señora que vivía en el campo recibió en clase de regalo algunas onzas de té, y creyendo que era alguna legumbre extraña, la hizo hervir mucho tiempo para que se volviera tierna, luego le añadió un poco de salsa logrando persuadirse que aquel plato de un género nuevo, era excelente. En 1831 entraron en Inglaterra 26.043.223 libras de té. Al presente todavía es mayor la importación.

En Francia y España, por espacio de muchos años, el uso del té estaba limitado á unas pocas casas ricas, á algunos cafés y puertos de mar. Al presente hay muy pocas casas un poco acomodadas, tanto en las poblaciones como en el campo, que no hagan algunas veces uso del té, ya como bebida saludable, ya como de recreo, sobre todo durante la velada. En los Estados Unidos las sociedades de templanza que se esfuerzan en hacer perder al pueblo sus hábitos de borrachera, han logrado sustituir en un gran número de poblaciones el uso del té en vez del de los licores fuertes. Este cambio ha sido causa de notables mejoras y adelantos, tanto en el orden físico como en el moral.

APUNTES

PARA UNA ESTÉTICA HUMORÍSTICA.

El estilo no es el hombre.

¿Quién ha dicho que el estilo es el hombre? ¿Buffon? Lo siento, y más lo sentiría si Buffon viviera; porque, después de descubrir mi cabeza en señal de respeto por lo mucho que le deben las ciencias naturales, entre ellas la antropología, no podría menos de preguntarle: «¿En qué pensaba Vd. cuando soltó ese aforismo que, desde entonces, pasa como artículo de fe en todo el mundo civilizado?»

El estilo no es otra cosa que el modo, la forma de que el arte reviste las creaciones del espíritu para hacerlas sensibles en la esfera de la realidad. Lejos de ser el estilo el hombre, ó la revelación del hombre, es con frecuencia lo contrario del hombre, la careta con que se disfrazaba el hombre, la cruz detrás de la cual se oculta el diablo. Si el estilo fuera siempre el hombre, inmediatamente canonizaría yo (teniendo poder para ello) á muchas personas á quienes será milagro que San Pedro abra la puertas del cielo y les dé cédula de vecindad para él, cuando pasen de esta á la otra vida.

El estilo viene á ser lo que las marcas en las manufacturas, una señal que indica la fábrica de que proceden. Puede el estilo darnos á conocer á D. Fulano

de Tal, es decir, al hombre exterior, al hombre que viste y calza de esta ó de la otra manera, que tiene tal ó cual aire, que come y bebe, que canta y llora, que duerme y vela, que nos saluda y vuelve la espalda, que nos besa y nos vende; pero al hombre interior, al hombre invisible, al hombre arcano, al hombre verdad, al hombre moral, en una palabra, al hombre... ¡Qué disparate! ¡Qué error tan craso! Si el *nosce te ipsum* fué siempre imposible, ¿cómo no ha de serlo el conocimiento del prójimo?

El estilo es el hombre, solo cuando entre la conducta de éste y la expresión que nos la revela hay conformidad y correspondencias exactas y constantes; cuando nos muestra reflejada en sí (como un espejo refleja el rostro físico) la fisonomía interior del hombre. Pero ¿existe siempre esta concordancia?...
Lector, cógete de mi brazo y vamos al teatro. Se ejecuta una comedia cuyo protagonista, Benigno, figura un padre de familia, honrado, fiel á su esposa, trabajador, amante de sus hijos, caritativo, religioso... un modelo de padres. Ese es el actor X. ¡Qué estilo el suyo! ¡Qué manera tan fiel, tan viva, tan insinuante, tan magistral de comprender é interpretar el carácter cuyo desempeño está á su cargo!

Los matrimonios, como Dios manda, se enternecen, lo admiran, lo aplauden, lo coronan y lo abrazan, y aun se lo comerían á besos, á no ser por el qué dirán.
Los malos matrimonios se avergüenzan ó se sonríen... de labios afuera. ¿Te gusta el hermoso castillo que el ingeniero de dos artistas, el autor y el actor, ha levantado en tu fantasía?

¡Pues oye... y tiembala! El bendito X es, en su vida ordinaria, el reverso de la medalla de nuestro evangélico Benigno. Cuando sepas su historia, quedará de tu castillo menos aun que de la mayor parte de los que existieron en la Edad Media: ni un torreón vetusto y mutilado, ni una almena, ni el polvo de sus escombros, porque sobre él habrá pasado el viento del cielo que lo habrá barrido; sobre él habrá pasado la verdad.

Volvamos ahora el argumento. Si el estilo no fuese muchas veces un mero producto hábil y artificioso, habríamos de imputar forzosamente al actor que se posee del papel de asesino y á la actriz que hace el de esposa adúltera, los crímenes que tan al vivo representan.
¿Quién presumiría por el estilo vehemente y sincero de ciertas cartas de amor, en que se repiten á cada paso juramentos de constancia eterna, que tal vez uno de los amantes ya se la está pegando al otro?

Si el estilo fuese el hombre, ten por seguro, lector amigo, que algunas obras que néctar de los dioses te parecen, sabriente á vinagre, á tomar ellas el gusto del alma de sus autores; como el odre (que con esto puede compararse la forma externa en que la criatura espiritual se contiene) toma el olor y el sabor ágrido del vino que en él se ha picado.

Así, pues, cuando decimos que nos gusta el estilo de tal poeta, de tal pintor, de tal músico, ha de entenderse que nos gusta el ropaje con que cubre la desnudez de sus obras, ropaje sencillo, severo, brillante, gracioso, delicado, tosco, grosero, etc.; sin que por esto afirmemos que nos gusta el artista como á persona, toda vez que, no siendo nosotros adivinos, ni menos bacos con facultad bastante para sondear el abismo de su alma, profundo y misterioso, mal podríamos afirmarlo.

La originalidad.

Consiste, á mi ver, la originalidad en cierto modo propio de concebir y ejecutar un autor el ideal de la fantasía; modo que nace de distinguir sus obras de las de otros autores.

Muchos confunden lo original con lo raro, lo excéntrico con lo extravagante; y soltando las riendas á la imaginación, esta pobre loca de la casa se ve de continuo expuesta á resbalar y á romperse la crisma.
A esta falsa originalidad le sucede lo que á las mujeres que tienen vicios de conformación en el aparato reproductor, que las hacen estériles, ó bien madres de monstruosos y raquíticos engendros. En el seno de esta falsa originalidad se conciben y alimentan el retruécano, el ovillo, los laberintos, los sonetos de piés forzados, las charadas, los geroglí-

ficos y los acrósticos; ella echó al mundo el gongorismo, el baroquismo, el churriguerismo, el karrismo, y lo que podemos llamar el ramplonismo, el naturalismo, y aun con mayor propiedad, el nihilismo, que en odio á aquellos vicios, y por opuesto rumbo, han producido una literatura opilada y cominera, especie de tertulia de comadres, archivo de chismes de vecindad y conversaciones de escalera abajo; ella ha producido también los Han de Islandia, los Cuasimodo y los cerdos que, en tono épico, hablan con Dios.

Hay originalista aficionado á la gimnasia intelectual, que busca á toda costa el efecto, lo sorprendente, lo prodigioso, lo apocalíptico, aunque el sentido comun sea abierto en canal. Por no parecerse á nadie, dirá muy serio que el sol sale á las doce de la noche y se pone á las doce del día; que la nieve es negra y que el agua no es húmeda; que el héroe de su obra predilecta anda patas arriba y hace otras mil diabluras, como que tiene pacto con el diablo.

A otro le place y entusiasma el movimiento, el galope de la acción, y le deleita la pintura de pasiones inconmensurables, de piston, pirotécnicas, y de caracteres inverosímiles é irracionales; todo lo que no sea esto, se le antoja frío, insulso, casi estúpido. Crea dificultades insuperables y lauces imprevistos y enmarañados; pero con la misma facilidad que los enreda los corta, unas veces valiéndose de veneno, otras de puñal, ya de espada, ya de revolver.

Los héroes de estos dos géneros de originalistas no han de parecer hombres, ni han de hacer las cosas á derechas como es caso y costumbre, por ser esto ya muy viejo; dichos originalistas miran con desden supremo todo lo conocido; el día menos pensado hemos de oírles que no prueba la eternidad el cielo, el campo y el mar, por los muchos años que cuentan y por ofrecer espectáculos tan vistosos y tan comunes, que solo á las almas vulgares conmueve y extasia la contemplación de ellos. Sus obras son edificios que suelen comenzar por el tejado y concluir por el cimiento, pues eso de seguir el orden regular valdría tanto como ir por la carretera, y ellos prefieren andarse por escabrosos atajos y torcidas veredas.

Otros originalistas, de vuelo corto, aunque acometidos como aquellos por la comezon de filosofar, cortan y recortan los períodos, fabrican frases retorciendo los pensamientos y pasándolos por la hilera de su caletre, se recrean en el juego de la palabra, hilbanan silogismos, paradojas, apotegmas y metáforas, de las cuales los unos andan á cachetes con sus vecinas, é inventan otras mil travesuras é ingeniosidades que hacen la delicia de las preciosas de salón y de muchos hombres graves... y preciosos como ellas. La sencillez de *La Perla* de Rafael y de *El cuadro de las lanzas*, de Velazquez, debe parecer á unos y otros indicio mortal de impotencia artística absoluta.

El arte por el arte.

La teoría del arte por el arte cuenta gran número de amigos y gran número de adversarios. Los amigos sostienen que el arte debe ser desinteresado, libre, independiente de todo fin que no sea el de la producción estética de la belleza. Los adversarios defienden el principio de utilidad en todas las obras del ingenio humano. Yo, sin ser ecléctico, sin defender al mismo tiempo el pró y el contra, sin proclamar el justo medio, que es, en sustancia, el lema que los señores eclécticos han escrito en su bandera, creo que entrambos tienen su parte de razón, y que si ya no se han abrazado tiernamente, es por no haberse detenido á explicar y definir lo útil. Si así lo hubieran hecho, ya no habría lucha, como no habría drama posible en el teatro si en ciertas situaciones se pronunciase una sola palabra.

Partiendo del principio de que, en absoluto, es lo útil todo aquello que trae provecho ó interesa de alguna manera al hombre, es evidente, á mi juicio, que la utilidad es la raíz, la idea generadora de la creación artística.
Si me dice Vd., caballero del arte por el arte, que la belleza es soberana y no debe subordinarse á la utilidad, como usted, jefe de su casa, no se subordina en el gobierno de ella á su Maritornes, concluyó nuestra disputa. Hay en el mundo del arte, como en cualquiera sociedad, desde la más libre hasta la más esclava,

un orden gerárquico que no se quebranta sin que el organismo sufra. Pero usted no dice eso, y voy á demostrarlo.

Supongamos, caballero del arte por el arte, que es Vd. escultor; que es Vd. un Fidias; que hace Vd. una Vénus, y la hace sin otro objeto que reproducir la belleza física, depurada en el ideal faustástico (famoso quita-manchas establecido en el mundo del espíritu) y con el de recrearse despues en su contemplación.

¿No encuentra Vd. aquí utilidad? No, puesto que me pregunta dónde está. ¿Dónde?... Está... en eso mismo, en el placer que á Vd. le resulta de la contemplación de su Vénus. Esta utilidad no es grosera, no se palpa, ni se come, ni se bebe; es una utilidad estética; pero es, en suma, una utilidad. Ya vé Vd. que persigo la teoría del arte por el arte hasta en sus últimas trincheras.

El arte, se ha repetido en cien tonos diferentes, no debe probar nada, ni el artista proponerse una obra con fin de utilidad preconcebido. ¡Qué equivocación! El arte debe probar siempre, hasta dónde pueden probar las matemáticas, y más. Debe probar y prueba, en ocasiones, no solo que dos y dos son cuatro, sino que dos y dos son veintisiete, cosa que quizá no le haya ocurrido á ningún matemático; pero el arte tiene su dialéctica, no la escolástica ciertamente, no aquella que procede por medio de *ergos distingos*, sino una dialéctica especial, *sui generis*, y tanto es así, que á veces todos los raciocinios imaginables no producen en el espectador ó contemplante la impresión profunda que un solo rasgo de sentimiento, una sola nota arrancada á la lira del corazón.

¿Que el artista no debe proponerse una obra con fin de utilidad preconcebido? ¿No? Pues qué, ¿el *Prometeo* de Esquilo no prueba las eternas aspiraciones, y al propio tiempo la impotencia de la humanidad en él encarnada? Aquel coloso amarrado á una montaña, ¿no es un mito, un símbolo, una tesis viviente, que se va desenvolviendo y demostrando en el curso del poema trágico? Mucho celebraría yo y celebraríamos todos, por la falta que nos hacen, que resucitaran Calderón, Rojas y Alarcón, para preguntarnos: ¿en qué pensaban Vds., Sr. D. Pedro, Sr. D. Francisco y Sr. D. Juan, cuando se pusieron á escribir y bautizaron *La vida es sueño*, *Del rey abajo ninguno*, y *En boca del embustero la verdad es sospechosa*? ¿Pensaban en matar el tiempo como los niños, haciendo pompas con agua de jabón, ó pensaban en desenvolver y probar la tesis claramente contenida en cada uno de esos títulos, y sin cuya probatura ó demostración (artística, entendámonos), esos gallardos edificios serían castillos de naipes con el vacío por base?

—Entonces (líra alguien) ¿con qué derecho, con qué razón se censuran las comedias y dramas á la moda, en donde se oyen á ciertos personajes homilias y jactatorios capaces de enternecer á los leones del Congreso de diputados? ¿Qué motivo hay para censurar al autor que, en una tirada interminable de redondillas, á manera de recetas para el gobierno de la vida, nos exprime la quinta esencia de la moral, de la religión, del amor y de la política, en términos de chuparse uno los dedos de gusto, principalmente cuando vemos (y lo vemos siempre) en el desenlace el triunfo de la virtud perseguida por el vicio, con lo cual todos quedamos alegres y satisfechos, y nos vamos á la cama, y dormimos á pierna suelta, convencidos íntimamente, de que, fuera de tal cual pernice, vivimos en el mejor de los mundos posibles?

—Se censura, por lo que he dicho anteriormente, porque el arte prueba á su modo y tiene forma propia; y así como sería ridículo que un predicador para condenar ciertas canciones, entonase la que dice:

Me gustan todas,
me gustan todas,
me gustan todas
en general;
pero esa rubia,
pero esa rubia,
pero esa rubia
me gusta mas;

ó imitase, danzando en el púlpito, las actitudes pecaminosas de las habaneras, para condenar este baile, así también es ridículo que, para hacer que resalte la hermosura de la virtud, el autor glose y

comente los Mandamientos de la ley de Dios ó las obras de Misericordia, por medio de volúmenes rimados y por rimar. Más claro: supongámonos (y perdónese lo vulgar del símil) que la novela ó el drama es un coche; para que este coche se mueva, es preciso que tenga eje: pues bien: el eje de este coche es el pensamiento, pero no es todo el coche, así como todo el coche será una máquina inerte si le falta el eje. Es preciso, pues, que en las diferentes partes de una obra haya la proporción y enlace que su índole especial reclame, y que todos giren artística y armoniosamente alrededor de la idea fundamental, sin eclipsarla ni disminuirla con accesorios de importancia subalterna, y sin que tampoco ella eclipse ni disminuya la importancia relativa de los accesorios.

Lo dicho de las letras, es aplicable al arte en general. La música posee sus medios propios de expresión y sus límites naturales: cuando quiere traspasarlos, da consigo en tierra, sale con las manos en la cabeza, y por pretender explicarlo todo no explica nada, y aun justifica aquella conocida frase humorística: si la música lo puede todo por sí sola, sin el auxilio de otros medios, pida Vd. por música un plato de aceitunas, á ver si se lo sirven.

Los que atacan al arte por el arte, los caballeros de la miga, y les doy este nombre porque exigen que en toda obra haya mucha miga, mucha sustancia, como si se tratase de hacer embutidos de carne ó chuletas á la papillot, llevan también sus pretensiones al extremo de que el día menos pensado el más intrépido nos da un susto haciendo del sistema decimal un poema épico. Yo he visto el anuncio de un maestro norte americano que ha puesto en música la Constitución de los Estados Unidos; y conozco poesías en que se describe con sus pelos y señales la formación geológica del globo que habitamos, en cuyo drama genésico los señores don exigeno, don hidrógeno, don carbono, don azo, y otros individuos recomendables desempeñan papeles importantísimos, trabajando á manera de entendidos farmacéuticos en el gran laboratorio de la naturaleza.

Los caballeros de la miga desean, sin duda (pues todo es posible), que la uva y el cordero descritos en una poesía pastoril suelten, así como suena, jugo y grasa. Algo, y aun algo de esto desean también sus adversarios, cuando se distraen ó dormitan; pues al paso que relampaguean y truenan contra el principio de utilidad, deploran la decadencia del arte, fundándola, aunque no lo dicen, en la falta de ese mismo pícaro principio. De manera, que si un autor se inspira en el espíritu de la época, en sus tendencias, en las modificaciones que el trascurso del tiempo ha traído, en una palabra, en el movimiento general y progresivo de las sociedades, malo: si no se inspira en ellos, y en vez de ponerse vestido nuevo y de caminar hacia adelante, se presenta hecho un arcaísmo ó una simpleza viviente y se estaciona ó camina hacia atrás, peor que peor. Estas anomalías que se observan en los defensores de los dos opuestos sistemas, provienen, á mi entender, de la carencia de ideas fijas y claras sobre el asunto.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EXPOSICION ARTÍSTICA É INDUSTRIAL,
PROMOVIDA POR LA SOCIEDAD FOMENTO DE LAS
ARTES.

I.

Rotos los antiguos privilegios nobiliarios y de familia, tal vez porque sus poseedores se fueron descuidando hasta el olvido, de compensar aquellas pingües ventajas con equitativas y generosas mercedes, quedó como única virtud, digna de ser estimada, la inteligencia aplicada á las diferentes profesiones, ejercicios, artes y oficios, que en prueba de laboriosidad y constancia se conservan á través de los siglos en toda sociedad aplicada, cuyo origen asciende á tiempos muy remotos, y que cuidadosamente han procurado los legisladores de todos los tiempos que fueran duraderos y permanentes, celosos de que no mermaran las ocupaciones útiles y ventajosas, hermanadas con la vida ordenada y con sentimientos benéficos y humanitarios, al par que el mejor estímulo para que la población creciera y se aumentara.

Los maestros, por su parte, constantes y prudentes en el ejercicio y arte en que eran diestros y prolijos, ya guiados de un propósito caritativo, ó estimulados de la necesidad presente, han conservado las tradiciones antiguas, y transmitidas de unas en otras generaciones, han formado, á semejanza de la familia natural y civil, una serie no interrumpida de maestros, oficiales y aprendices más ó menos capaces y aplicados, con sujeción á su edad, tenacidad y discernimiento.

Naturalmente que las prácticas, los procedimientos y las diferentes combinaciones de las primeras materias, han cambiado, y con ellas la facilidad en las ventajas y mejor éxito de la obra, según el gusto de la época y el auxilio que las ciencias morales y políticas y las naturales han prestado á los más necesitados de su amparo; á los menestrales.

Las primeras, estimuladas por la experiencia, enseñan que la condición intelectual del trabajador influye directamente en los productos sobre que ejercita su actividad. Los trabajos de los antiguos iberos, originados en su forma variada, rica y adecuada al uso á que los destinaban, aun cuando tosca y un tanto imperfecta la materia y de una sencillez primitiva, revelan la índole de este antiguo pueblo; así como esas obras gigantes, severas y rígidas, indican generaciones enteras que sucumbieron con las manos ceñidas á férreas esposas bajo el oneroso peso que, paciente y resignado, sufría el desgraciado esclavo.

Las ciencias, que tienen por objeto interpretar la omnipotencia de Dios analizando sus obras, buscando las relaciones, afinidades y dependencias que los cuerpos tienen entre sí, para separarlos, reunirlos y combinarlos con el mayor éxito y mas ventajoso resultado, contribuyen eficazmente á la mejora de los procedimientos y á dar á los productos la calidad que deben tener según el uso á que se destinan.

La experiencia enseña, estudiando las leyes, las costumbres y las obras que el tiempo y la ferocidad de los hombres han respetado, que el menestral necesita el auxilio de sus compañeros, la prudente enseñanza de los más instruidos, y el amparo decoroso de los extraños, para que su aplicación, su laboriosidad, su ingenio, reciban la condigna recompensa que tienen por objeto sus afanes y onerosos trabajos.

De sus compañeros, porque ellos le facilitan variadas maneras de llevar á cabo sus pensamientos, ingeniosos medios de vencer dificultades más ó menos graves, diferentes conocimientos prácticos y cuanto por ser fútil y de poca entidad para el hombre muy versado en el arte ó en el oficio, no cabe dentro del libro y por lo material, usual y tal vez transitorio ni aun en una fórmula ó receta. La prudente enseñanza de los más instruidos mejora su condición moral, perfecciona su juicio y ensancha los horizontes de su inteligencia, al par que la de los sabios le dá razon suficiente para conocer cuál es la causa y el efecto de los distintos cambios que la razón de las cosas le aconseja introducir en el procedimiento empírico que aprendió en la época de su prueba. El amparo del grande y del mediano, cada cual según su voluntad y medios, están en el caso caritativo, comprendiendo en esta palabra el deseo de honrar la virtud modesta y de ensanchar y dilatar la riqueza de su país, base de toda nacionalidad bien entendida, de procurar que ninguna legítima esperanza destinada á auxiliar á un desvalido quede frustrada, máxime cuando por este acto generoso no se quebrante su fortuna.

Tal ha sido el ingenioso pensamiento que han puesto en práctica las naciones que han formado empeño decidido en bastarse á sí mismas, único medio de conservar su independencia y dignidad. No podíamos nosotros, tan maltratados por los agenos, ya imputándonos actos no fácilmente justificables, ó vertiendo especies destituidas de todo fundamento, dejar de hacer entre nosotros algunos ensayos paralogar con lentitud al terreno de la lucha tan noble, tan justa, tan digna de aprecio como es el del trabajo y la cotidiana fatiga, y, aun cuando con aquella modesta ingenuidad en nuestro carácter y condiciones, la Sociedad Fomento de las Artes ha promovido una Exposición artística é industrial presentándos-

se ante el Gobierno para garantizarle del uso que hace de la licencia que le otorgó al formarse, ante sus conciudadanos para darles el mejor ejemplo de lo que puede la constancia guiada de buen propósito y mejor intención, y ante sus compañeros para estimularles con su ejemplo cuando decaiga su ánimo, receloso de vencer los obstáculos con que tienen que luchar, é incitar su amor propio á fin de que en otra sean más activos y acudan al único paleque posible de lucha noble y leal, en el cual la imparcialidad del jurado, al laurear á cada cual según sus obras, dará á conocer nuevos maestros y mantendrá en su merecido nombre á los que sean dignos de conservarlas.

JOYAS Y ALHAJAS.

ó SEA

su historia en relacion con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castelano por

J. F. y V.

(Continuación.)

En la ignorancia de los tiempos que sucedieron á la ruina del imperio romano, las producciones y manufacturas del Oriente perdieron su estimación, y el comercio de aquel país, que amenazaba devorar la riqueza de Occidente, se hundió al fin en la oscuridad mas completa.

CAPÍTULO IV.

De las piedras preciosas entre los galos, godos y francos.

Aunque los galos hacían gran aprecio de las telas de colores vivos y de los adornos de oro, no hallamos memoria de que hubiesen usado las piedras preciosas. Sus joyas se componían de ciertas piedras de poco valor como el ágata y el jayet. Los guerreros de fama llevaban collares de oro, brazaletes y sortijas; en sus brazos brillaban adornos de oro, plata y coral; sus sagums de lana—de los cuales la blusa moderna es el verdadero modelo—estaban salpicados de encañidos colores ó adornados con flores de oro y lentejuelas, pero no parece que hayan usado perlas ni piedras preciosas, lo cual no deja de ser sorprendente atendido que los galos eran aficionados á todo lo que recreaba la vista y la imaginación. Deslumbrar á los amigos y aterrar á los enemigos era el gran objeto de su ambición; y lo conseguían de manera que no es posible imaginarse nada de mas magestuoso y terrible al mismo tiempo, que el aspecto de un guerrero de aquella nación. Parece extraño, ciertamente, que los alegres é impresionables galos que siguieron á César bajo el estandarte de la Alondra, y marcharon alegremente á la conquista de Roma, Delfos y Jerusalen no se engalanasen con las joyas que debieron tocarles del botín, y que los dos Brenos, al volver á sus bosques druidicos y á sus fortificados lugares, dejasen abandonada aquella gran parte de los ricos despojos de las mas opulentas ciudades de la Grecia y la Italia.

Sin embargo, cuando los galos se establecieron definitivamente en los países que habían devastado, cuando sometido al yugo romano, adoptó el conquistado muchas de las costumbres del conquistador, aprendieron también á apreciar el valor y belleza de las joyas.

Los godos, amigos de la pompa y el lujo, conocían muy bien el valor de las piedras preciosas, y las usaban profusamente en el adorno de sus personas y para el esplendor de sus banquetes. Puede calcularse el valor del botín que debieron de juntar los godos al mando de Alarico cuando tomaron á Roma, por los regalos de boda que hizo á su novia Ataulfo, hermano del conquistador. Cincuenta fuentes de piedras preciosas de inestimable valor presentadas á la princesa Placidia, forman una parte, considerable por cierto, del tesoro de los godos, sobre cuya grandeza pudiéramos hacer algunas citas notables de la historia de los sucesores de Alarico.

Las descripciones que han llegado hasta nosotros de vasos, tazas y copas famosas por su belleza y valor, y por el nombre de sus dueños, prueban que las piedras preciosas se empleaban con desmedida profusión. El general romano Aetio, regaló á Turismundo, rey de los visigodos y sucesor del gran Alarico, un *missorium* ó plato de oro adornado de piedras preciosas y de peso de 500 libras.

Teodorico II, á quien Eurico arrebató el cetro con la vida el año de 467, al mismo tiempo que trató de extender sus dominios á espensas de los romanos, emuló su elegancia y refinamiento.

El esplendor y buen orden de la corte del príncipe visigodo, ofrecía hasta cierto punto una copia de la de los emperadores, y solo él se daba á conocer como bárbaro «por los largos mechones que cubrían sus orejas.»

El inmenso tesoro en joyas y vajillas de oro y plata reunido por los reyes ostrogodos y visigodos en Tolosa y Narbona, ofrece una prueba de su gusto en este particular. La primera de aquellas ciudades se consideró la mas rica de la Galia. El año 508, esta capital de Eurico abrió las puertas á los Francos, y el palacio real con los tesoros que contenía, cayó en poder de Clovis; si-

bien la opinion comun era que las mayores riquezas de los príncipes visigodos no estaban en Tolosa, sino que la ciudadela de Carcasoa con sus torres fundadas sobre rocas inaccesibles, contenía el depósito de los despojos imperiales que se llevó Alarico de la conquistada Roma en el siglo precedente, y que se hallaban allí tambien los magníficos ornamentos del templo de Salomon, y los innumerables vasos guardados de esmeraldas que pasaron á Roma despues del saqueo de Jerusalem.

El inmenso número de curiosos ornamentos de oro puro, adornados con joyas que se encontraron en el palacio de los reyes visigodos en el saqueo de Narbona, nos parecería increíble si no nos fuera referido en sus detalles por autores dignos de toda confianza.

Entre los ricos ornamentos de que se apoderó Childeberto hijo de Clovis, en la iglesia de Toledo cuando devastó la España en el año 542, se hallaba una magnífica cruz rica en pedrería, que por tradición se decía haber pertenecido al rey Salomon. Treinta cálices, diez y seis patenas y veinte estuches en que se guardaban las escrituras ricamente guardados de piedras preciosas fueron tambien robados y regalados por el espoliador á varias iglesias de Francia.

En cuanto al destino de la famosa cruz, construyó una iglesia de su forma en los alrededores de París, y le hizo donacion de ella, así como de otros ornamentos de gran valor.

A medida que el cristianismo se fué afirmando más y más entre los galos, godos y francos, las joyas de mas valor pasaron á formar el tesoro de las iglesias. Despues de haber robado y destruido los templos de un Dios que no conocían, aquellos caudillos convertidos los reconstruyeron y enriquecieron, y siguiendo al pie de la letra el precepto que impusiera San Remigio al primer príncipe franco que fué bautizado, quemaron lo que habían adorado, y adoraron lo que habían quemado.

Algunas veces, sin embargo, hacían las dos cosas á un tiempo, como cuando Rollo, el famoso jefe normando en su lecho de muerte, asaltado de dudas acerca de la vida eterna, cambiando el Walhalla de Oden por el del Paraíso de Cristo, consideró prudente obrar de modo que se asegurase un lugar en ambos, y á este fin mandó estrangular cien prisioneros cristianos como ofrenda propiciatoria á los dioses infernales de sus antiguas creencias, é hizo donacion de cien libras á los templos cristianos.

Hacia fines del siglo xv, aunque los francos no habían degenerado de sus antiguos jefes, los teutones en valor y temerario arrojo, renunciaron, sin embargo, á la pobreza voluntaria y depusieron su odio sistemático á la civilización romana. Agathias llama á los francos el mas civilizado de los pueblos bárbaros. Gustaban de la ostentacion, de costosos vestidos, de las joyas y de armas adornadas de metales preciosos, y favorecían particularmente á los comerciantes de artículos de lujo. Los judíos, los sirios y los habitantes de la Galia meridional y de otros países, eran los que negociaban en tales artículos, pues los francos no tomaban parte nunca en ningún género de comercio. Las ganancias que obtenían los comerciantes eran enormes, no obstante los innumerables riesgos que dificultaban sus viajes por mar y por tierra en tiempos en que cada príncipe y cada noble era un jefe de bandidos ó de piratas.

Los francos diferían de los romanos solo por el idioma y el traje, y en cuanto á éste, era tal que en cualquier tiempo se le hubiera considerado rico, elegante y pintoresco. Sidonio Apolinario, poeta, cortesano, obispo y testigo ocular de lo que refiere, nos ofrece una curiosa descripción del brillante porte del joven jefe Segismund cuando entró en Lyon para celebrar sus nupcias con la hija de uno de los jefes de los borgoñeses. El joven príncipe iba precedido y seguido de caballos en cuyas mantillas resplandecía la pedrería. «Su cabello era como el oro que brillaba en su vestido; hermoso como el color de las franjas de escarlata de su traje, era su rostro; su cutis rivalizaba en belleza con la seda, blanca como la leche, de que se componía su vestido. Iba á pié, rodeado del cuerpo de jefes de las tribus (*regulorum*) y seguido de otro de compañeros (*antrustiones*) de terrible aspecto, aun en tiempo de paz; calzaban botas de pieles, traían las piernas desnudas, y sus cortos y ajustados jaiques de seda verde ribeteados de púrpura escasamente les llegaban hasta las rodillas. Llevaban espadas pendientes de ricos cinturones, lanzas corvas, hachas de jayet y escudos de bronce pulimentado.»

Por la cita precedente se ve que los francos, si bien conservaron su antiguo traje, adoptaron algunas de las extravagantes modas de los romanos, y que adornaban tambien con joyas los arneses y caparazones de sus caballos.

El año 384, Chilperico, rey de los francos, al dar su hija en matrimonio á Recaredo, príncipe de los godos españoles, la hizo entrega de tesoros inmensos, á los cuales su reina Fredegunda añadió aun con mayor liberalidad una prodigiosa cantidad de oro, plata, joyas y costosos trajes. Cincuenta carros se cargaron con los cofres que contenían el *trousseau*, la vajilla y ornamentos de la princesa Rigontha. Habiéndose detenido el convoy á pernoctar á tres leguas de París, cincuenta hombres de su escolta se escaparon á los próximos dominios del rey Childeberto, llevándose cien caballos de los mejores con sus riendas de oro, y dos largas cadenas del mismo metal precioso.

La pasión de los francos por el lujo, nunca se manifestó tan vehemente como á principios del siglo vii, durante el reinado del rey Dagoberto, cuya corte rivalizaba en magnificencia con la

pompa de los monarcas del Oriente. Las piedras preciosas brillaban en los cinturones de oro y bandas de las damas y empleados de la casa real; el monarca y sus cortesanos vestían ropas de rica seda de la China, que traían del Asia con riesgo de la vida los mercaderes de la Siria, y que les costaban á peso de oro. En las ocasiones solemnes, Dagoberto ocupaba un trono de oro macizo, labrado nada menos que por el gran Eloy, que si bien despues llegó á ser obispo de Noyons y el santo mas popular de la Galia, fué por mucho tiempo el director de la fabricacion de la moneda y el artífice joyero mas hábil de aquellos tiempos.

En ante el reinado de Dagoberto se empleó un número inmenso de piedras preciosas para decorar las urnas y relicarios de los santos, crucifijos, cruces, vasos sagrados y otros objetos que Eloy ideó y ejecutó para el rey. Hasta el traje de este artesano obispo, era excesivamente rico y elegante durante la vida de su real patrono, á quien la tradición y la leyenda nos le ofrece fatigantemente ligado antes de que abandonase toda externa superfluidad con las vanidades del mundo.

Los vestidos del favorito de Dagoberto estaban espesamente bordados de oro con pedrería; llevaba un cinturón de oro adornado de piedras preciosas ó perlas; sus túnicas eran de rico lino bordado de oro, y su jaique (*sagum*) estaba ribeteadado tambien de oro.

El aturdimiento de los revolucionarios modernos, ha mezclado ó destruido todo resto de la habilidad artística de este patron de los joyeros, y aunque ha trascendido poco mas de medio siglo desde que existían aun muchas interesantes muestras del severo y sencillo estilo de aquellos tiempos, y de la forma de los vasos sagrados y ornamentos clericales que pertenecieron á San Eloy, todo ha desaparecido al golpe bárbaro de los iconoclastas de nuestro siglo.

En los tiempos de Carlo Magno se fué aun mas allá que en los de Dagoberto respecto á prodigalidad en favor de las iglesias, y los príncipes, los obispos y los señores rivalizaban en el valor y belleza de las joyas que en ofrenda presentaban. Aunque aquel gran monarca, durante su vida, se mostró siempre sencillo en su porte, salvo en las ocasiones solemnes, su sepulcro encerraba un tesoro en alhajas y vajilla de oro, de las cuales desgraciadamente apenas se conserva resto alguno. La canonización de Carlo Magno en 1166 sugirió á Federico Barbaroja la pretension de apropiarse la silla de oro en que se sentó al nuevo santo, vestido con sus ropas imperiales, pendiente al lado su espada, rica en pedrería, con su diadema, escudo de oro y cetro adornado de piedras preciosas.

De todo esto y otros muchos preciosos objetos solo se conservan la corona y el cetro; aquella se halla en el tesoro imperial de Viena, y éste en la antigua tesorería de la corona en París. Entre los ricos presentes que Haroun-al-Rashid envió al rey de los francos, había piedras preciosas de un valor inmenso.

La muerte de este grande hombre fué como la señal de las desgracias que sobrevieron sobre la tierra. A las divisiones intestinas se siguió la irrupción extranjera mas terrible de cuantas se habían conocido. La de los normandos, que en su tercera invasion el año 843 pusieron sitio á la capital destruyendo el comercio y devastando los países comarcanos, fué prevista según se dice por el genio portentoso de Carlos, pero sus sucesores, débiles y divididos, fueron impotentes para resistir á aquellos piratas septentrionales. Abbon, contemporáneo de entonces, que compuso un poema en latin bárbaro sobre el asedio de París por los normandos, reprocha á los francos tres vicios, á los cuales atribuye las calamidades que alligieron á su país. Esos vicios eran el orgullo, la disolución y el lujo. En la descripción que nos da este escritor del traje de los francos, hallamos una nueva prueba de la pasión de aquel pueblo por las joyas en el siglo noveno. «Un broche de oro sujeta la parte superior de vuestros vestidos; para resguardar del frío vuestros cuerpos, os cubris con púrpura de Tiro; vuestro manto es forzoso que sea una clámide recargada de oro; el cinturón que ciñe vuestros lomos está adornado de pedrería; hasta el calzado y el baston los llevais cubiertos de oro.»

Bajo el reinado de los sucesores de Carlo Magno, empezaron á condensarse las nubes de la ignorancia, y las artes que servían á la piedad y al lujo decayeron rápidamente. El Oeste retrocedía aprisa al estado salvaje de donde le sacara el genio civilizador del poderoso Karl. El amor de lo bello en la naturaleza y el arte, parecia haberse extinguido totalmente cediendo su lugar á pasiones brutales y vicios degradantes. Las piedras y los metales preciosos desaparecieron como si se hubiesen ocultado en los recónditos senos de la tierra que los criara, y solo volvimos á encontrarlos con ellos, cuando se esparció aquel terror sobre el próximo fin del mundo, pronosticado para el año 1.000, por cuya virtud renacieron la piedad y la liberalidad de los cristianos.

La creencia de que el día del Juicio precedido del Antecristo se hallaba próximo, llevó cuantiosas y ricas ofrendas á los templos, y convencidas las gentes de que al cerrar del siglo todos los bienes de este mundo les habían de ser inútiles, cedían y entregaban todas sus propiedades á los templos y monasterios.

El miedo, venciendo la avaricia, renunciaba, no solo al oro y á toda clase de alhajas, sino que se desprendía tambien de castillos y vastos dominios. Al surgir de los primeros años del siglo xi se desvaneció aquella preocupación; pero las donaciones quedaron permanentes. La rapacidad y la avaricia restablecieron muy luego

su imperio, y llevado de ellas Felipe I en los principios de su reinado por sugestión del preboste Etienne, se dispuso á apoderarse violentamente de los tesoros de la iglesia de San Germain-des-Prés. El oro, la plata y la pedrería de las urnas, crucifijos y vasos iban á ser ya botín de aquel príncipe y sus infernales consejeros, cuando se interpuso la voluntad divina de un modo tan manifiesto, que impidió se consumiese aquel sacrilegio.

El audaz preboste que codiciaba poseer especialmente aquella riquísima cruz, espolio de España, que se llevó Chilperico, cegó en el acto mismo de extender el brazo para apoderarse de ella.

Aterrado el rey por este milagro huyó del templo, desistiendo para siempre de su proyecto impío.

CAPITULO V.

Siglos XII, XIII, XIV y XV.

(1100 á 1500.)

El renacimiento de las joyas y del arte de la joyería y platería data del siglo XI, en el que le dispuso gran protección Suger, abad de San Denis y ministro de Luis VI. Aquel inteligente eclesiástico patrocinó liberalmente este arte, en el que á su vez era él un obrero inteligente. Las magníficas piezas de vajilla regaladas á la abadía de iglesia de San Denis por Suger y el rey, eran esmaltadas y adornadas de piedras preciosas. Se exigía entonces que las ofrendas fuesen tan recargadas de pedrería, que muchas veces no habia posibilidad de realizar el diseño de los dibujantes. Entre las dádivas mas costosas que mandó fabricar aquel ministro, se cuenta una pantalla y crucifijo para un altar. Se ocuparon en el crucifijo seis ó siete oficiales alternativamente por espacio de dos años, y estuvo expuesto á quedar sin terminarse por falta de pedrería, cuando dos monges se presentaron ofreciendo en venta una gran cantidad de ella que habia servido de adorno en los vasos y copas de Enrique I, rey de Inglaterra, y que fueron regaladas á varios conventos por Thibalt, conde de Champaña. Por la insignificante suma de 400 libras esterlinas, Suger obtuvo una cantidad de piedras de un valor inmenso.

El crucifijo en que se empleó aquella pedrería se supone que fué fundido por los de la Liga el año 1590. El santuario y tesorería de San Denis contenía anteriormente una gran riqueza en alhajas sagradas, entre las cuales se hallaban las siguientes muestras del arte de tiempos aun mas antiguos: el servicio del altar y otros apócrifos artículos que se suponía haber usado el santo patron, tales como el anillo y el báculo pastoral cubierto de oro esmaltado y pedrería: el cetro de Dagoberto; el águila de oro adornada de zafiros y otras piedras preciosas que le servía de broche para el manto; las dádivas de Carlo Magno, á saber: su oratorio, que era un pequeño monumento con tres arcos de arcos incrustados de oro y pedrería, y rematados por un antiguo camafeo; su corona (de autenticidad dudosa) enriquecida con zafiros, rubíes y esmeraldas; el cetro de oro de seis pies de largo; la espada, cuya guarnición y funda estaban tachonadas de pedrería; sus espuelas de oro, etc., etc. Habia tambien numerosas urnas, cruces y cálices de oro, esmaltados y con pedrería, debidos á la munificencia de Carlos el Temerario, y el ágata oriental, llamada copa de Tolomeo: este famoso antiguo camafeo, con su montura, que data del siglo IX, se ha conservado hasta nuestros días.

Luis VII, siguiendo el ejemplo de su predecesor y el consejo de Suger, igualó su liberalidad, y enriqueció el tesoro de San Denis con vasos y urnas adornados de antiguas piedras ricamente engastadas por los joyeros de su época. Muchas de las dádivas de este rey existen todavía, aunque los ejemplares de bisutería y joyería del siglo XII, son mucho mas raros en Francia que en Alemania é Italia, donde el buen gusto y la piedad los respetaron á través de las revoluciones políticas.

Segun nos cuenta un escritor moderno, existe todavía en Inglaterra un resto precioso de la joyería del siglo XII, que es nada menos que la curiosa copa de dar gracias de Thomas á Becket. La copa es de marfil montada en plata, tachonada en la base y en la parte superior de perlas y piedras preciosas. Una inscripción alrededor de la copa, dice: «*Vinum tuum bibe cum gaudio*», bebe tu vino alegremente; pero alrededor de la tapa se lee tambien en letras grabadas profundamente esta amonestación: «*Sobrius estote*» con las iniciales T. B. entrelazadas con la mitra, cuya forma rebajada atestiguan peculiarmente la antigüedad de todo el objeto (1).

La pedrería se empleaba con igual profusión en las alhajas profanas que en las sagradas; lo mismo se enriquecían de piedras preciosas los vasos sagrados, que el servicio de mesa de los potentados y las alhajas de sus atavíos personales. Para dar una idea de la profusión de joyas que requería el casamiento de una persona real en el siglo XIII, reseñaremos los regalos que Enrique III hizo á su nueva esposa, Leonor de Provenza, que le costaron 150,000 duros, suma enorme en aquellos tiempos: «*Leonor tenia nada menos que nueve guirnalda de oro afiligranada y racimos de piedras preciosas de varios colores. Para las solemnidades públicas, una corona deslumbrante de pedrería, de valor de 7,500 duros en aquella época. Sus cinturones valían 5,000 marcos, y el presente que le hizo su hermana, reina Margarita, de Francia, para el día de su coronación, era un gran pavo real de plata, cuya cola estaba formada de zafiros, perlas y*

otras piedras preciosas engastadas en plata. Esta elegante pieza de joyería servía de depósito de aguas de olor, que saliendo por el pico se derramaban en una fuente de plata labrada (1). Hé ahí otro ejemplar que demuestra la habilidad de los plateros franceses de aquella época.

No satisfecho aun con aquellas nueve guirnalda, el opulento monarca añadió muchas mas joyas al ajuar de su reina, y le costaron ciento cuarenta y cinco libras esterlinas y cuatro chelines «diez ricas guirnalda de esmeraldas, perlas, zafiros y granates» (2). En el inventario de los efectos de Leonor, se cuenta una corona real adornada de rubíes, esmeraldas y grandes perlas; otra con perlas de la India; y otra corona grande de oro adornada con esmeraldas, zafiros del Oriente, rubíes y grandes perlas orientales (3).

Todas las cortes de Europa durante los siglos XIV, XV y XVI, llevaron su pasión por la joyería hasta la mas desatentada exageración. A pesar de sus dificultades personales, sus ruinosas guerras y el apuro de sus tesoros, y de que muchas veces se veían obligados á empeñar lo que habian comprado el día anterior, los soberanos, príncipes y nobles, hallaban siempre, segun parece, los medios necesarios para satisfacer aquel ruinoso capricho. El vestido de los nobles en la Edad Media, estaba literalmente cubierto de oro y piedras preciosas. En la derrota de Poitiers, el inmenso botín en dinero, rica vajilla de oro y plata, joyas de gran valor, cinturones tachonados de pedrería y cofres llenos de costosos atavíos, sedujeron de tal modo á los ingleses y gascones, que por méritos de ello trataron á sus prisioneros con la mayor benevolencia, y por ser estos en tan gran número que no sabian qué hacer de ellos, les permitieron volver á sus casas á reunir el precio de sus rescates, que bajo su palabra se comprometieron á pagar en Burdeos el día de Navidad. ¡Tal era la seguridad que ofrecía el simple empeño de la palabra en aquellos tiempos!

Pero aquellos señores y caballeros, cuyo valor apreciaron y respetaron sus enemigos, hallaron en su país la acogida mas bochornosa que podia esperarse. Eran tan generales las rechiflas é insultos que les dirigieron sus compatriotas, que apenas se atrevían á presentarse en las ciudades. Hasta los labradores competían con los habitantes de las ciudades en la insolencia de sus reproches. «*Bien venidos seais, hermanos*», les decían, «*que á vosotros mejor os sientan las perlas y piedras preciosas, el oro labrado y las plumas de avestruz que la lanza y la espada. ¡En tales baratijas supisteis consumir el dinero que levantamos para la guerra, para ir despues á ponerlas en manos de los ingleses!*»

Los franceses, sin embargo, recobraron sus pérdidas en el reinado siguiente, á juzgar por el valor de las joyas y tesoros de Carlos V, de que se apoderó el duque de Anjou á la muerte de aquél, y que se dijo ascendían á la enorme suma de diez y nueve millones de libras esterlinas.

En el siglo XIV, las figuras heráldicas y emblemáticas de piedras de colores y esmaltes estaban tan en boga de tal manera, que aun las señoras no podían prescindir de llevarlas en sus vestidos. Los ornamentos pontificales de los sacerdotes estaban cuajados de pedrería. Isabel de Francia, consorte del rey Eduardo II, envió al Papa Juan varias capas pluviales bordadas de perlas de gran tamaño. Este género de trabajo se llama «*bordado de piedra*» y eran en él muy aventajados los operarios franceses. Los trajes que se hicieron al duque de Borgoña, Felipe el Valiente, para su entrevista en Amiens con el duque de Lancaster en 1391, dan una idea del uso que se hacía de las joyas en los bordados, así como de la magnificencia de sus dueños.

El uno era un sobretodo de terciopelo negro; en la manga izquierda, que segun la moda colgaba de todo el largo del traje, se veía bordada una gran rama de rosas con veinte rosas formadas de zafiros, rodeadas de perlas, unás, y otras de rubíes, y los capullos representados por perlas. El cuello estaba bordado por el mismo estilo. Los ojales del vestido en honor de la antigua orden de la ginebra instituida por los reyes de Francia, estaban guarnecidos por una guirnalda que representaba una jaca española, con los cascos de perlas y zafiros. En el cuerpo del vestido se veían bordadas las iniciales del duque. P. Y.

El otro vestido era de terciopelo carmesí, y á cada lado de él, bordado de plata, se veía un oso, cuya boca, collar y cadena eran de rubíes y zafiros. Recorría todo el borde un rameado bordado con la divisa del rey, el sol de oro, y las iniciales del duque. Con esta ropa el duque llevaba un brazalete de oro montado de rubíes con un broche y cadena de oro mismo. Aquellos vestidos contenían un peso en oro de treinta y un marcos, y su hechura sola costó 14,883 duros.

Cuando el elegante y desgraciado Ricardo II se disponía á casarse con la joven Isabel de Valois, se hicieron grandes preparativos para las bodas en Francia y en Inglaterra: todos los plateros y bordadores se ocuparon en aquel trabajo, sus tiendas se llenaron de oro, plata, perlas, diamantes y telas preciosas. El ajuar de la princesa de Francia no tenia rival en ninguno de los conocidos hasta entonces. Entre sus trajes habia «*un vestido y un manto que no tenian iguales en Inglaterra; era de terciopelo con pájaros de oro perchados en ramas de perlas y esmeraldas.*» Poseía coronas, anillos, collares y bro-

ches por valor de 500,000 coronas. El novio no estaba menos ricamente abastecido: poseía una casaca estimada en 30,000 marcos.

El inventario de los efectos del duque de Orleans causa verdadera admiración por la inmensa suma reunida en aquellos agitados tiempos para adquirir tantas joyas como allí se enumeran, y tan ricas, que todas ellas eran verdaderas obras maestras del arte. La liberalidad de aquel semi-monarca escedió algunas veces á los grandes recursos de que disponía, y con frecuencia se le veía tomar prestado sobre su vajilla de oro para comprar nuevas preseas.

El día de año nuevo el duque Valentino de Milan y su señora con liberalidad exagerada distribuían regalos de un valor considerable, como collares, gargantillas, relicarios, rosarios, sortijas, cinturones, pendientes con piedras finas; y las iglesias y los santos acudían á participar de aquellas dádivas. En 1392 el duque colocó en la urna de Monseigneur S. Denis un broche de oro guarnecido con tres zafiros, tres grandes perlas y un rubí en el centro. El duque solo compraba para regalar. La partida, la vuelta, la boda, el bautizo, cualquier acontecimiento en relacion con las personas que le rodeaban, era motivo bastante para el regalo de una joya. Hacia presentes al mismo rey, á la reina, al delfín y á las infantas. No se consagraba un obispo sin que el duque le obsequiase con alguna pieza de vajilla de plata; mientras que los regalos á sus parientes de la familia real consistían siempre en joyas. En 1395 envió al Papa «*una alhaja de oro representando la cabeza de Santa Catalina, sostenida por dos ángeles de oro*» y adornada con rubíes, zafiros y grandes perlas.

El catálogo del servicio y adornos de mesa de oro y plata esmaltados y adornados de pedrería de aquel príncipe, muestra la excelencia de los artistas de aquel tiempo, y la prodigalidad con que los protegía.

Es verdaderamente lamentable que hayan llegado hasta nosotros tan pocas de aquellas joyas, cuyo trabajo era tan delicado, raro y curioso. Esto se explica bien respecto de las que pertenecieron al duque de Orleans, cuya mayor parte, fabricadas á todo coste por los mejores joyeros de aquella época, se vendieron al peso despues de su muerte á los cambiantes lombardos, quienes fundieron el oro y se lo llevaron con la pedrería fuera del reino.

Pero para encontrarnos con el lujo y esplendor de la Edad Media en toda su ostentación, debemos volvernos á la poderosa casa de Borgoña desde Felipe el Valiente á Carlos el Temerario. Aquellos grandes duques, que tributaron á la belleza del arte una especie de adoración, cuya brillante corte sobrepasó á la de sus soberanos los reyes de Francia, y oscureció la ruda grandeza de los emperadores alemanes, poseían magníficas colecciones de joyas así como de vajillas de oro y plata de un trabajo exquisito. Felipe el Valiente y Juan Sin Miedo gastaron mucho en tales objetos, y Felipe el Bueno y Carlos el Temerario hicieron puntillo de honor el gastar diez veces mas en lo mismo.

Se duda si ningún otro soberano de Europa pudo hacer adquisiciones tan numerosas y de tanto costo como las que absorbieron las rentas de la casa de Borgoña: compras, por lo demás, hechas con el mayor tino é inteligencia que pudieran desearse. No solo sus propios joyeros, sino los de Florencia, Luca, Génova y Venecia, y tambien los cambiantes de moneda, que hacían el oficio de prestamistas y logreros, les llevaban continuamente maravillas en objetos de joyería y obras de lujo. Las coronas de Francia, Austria y Toscana, entre sus mas preciadas joyas, poseen algunas originarias de los últimos de aquellos señores, sin que hayan perdido nada de su primitiva fama, á pesar de su remota procedencia.

Aunque el arte de cortar y pulir el diamante se ha atribuido erróneamente á Roberto de Berquen, que floreció en el reinado del último duque Carlos el Temerario, los diamantes se tuvieron en tal estimación durante los reinados de su padre, abuelo y antecesores, que no podemos menos de convencernos que debió ser conocido anteriormente, y que de Berquen probablemente no hizo mas que perfeccionarlo. Los diamantes eran las primeras joyas en las fiestas y solemnidades, en cuyas descripciones se los cita á cada paso, ya se tratase de un triunfo ó de una derrota, de una boda ó de una defunción.

Cuando el hijo de Felipe el Valiente se casó en Cambray con la princesa de Babiera, en 1395, el duque distribuyó magníficos diamantes á las señoras que concurren á la ceremonia. Sus regalos se calcularon en 77,800 francos. Las señoras estaban vestidas de telas tejidas de oro y plata, traídas de Chipre y Lombardia. En el torneo que siguió al gran banquete, y en que corrieron los altos capitanes de la corte, montados en sus *chevaux de parade*, la duquesa de Borgoña entregó al vencedor el broche *de fermail* de diamantes que llevaba al pecho.

El duque, que el año siguiente terminó las negociaciones del matrimonio entre Ricardo II y la primera Isabel de Valois, cuando tuvo la entrevista en Calais con el monarca inglés cambió con él un presente ó regalo. El de Ricardo era un fino diamante, y Felipe, á quien jamás aventajó nadie en liberalidad, le ofreció dos piezas de vajilla de oro representando la Pasión y el Salvador en el sepulcro, y tambien una pieza de damasco ricamente bordada de oro.

En la mañana del 27 de Octubre del mismo año, los duques de Lancaster y Gloster y el conde de Rutland fueron á ponerse á las órdenes del rey de Francia para las ceremonias que debían tener lugar y trajes que habian de vestir ambos reyes en la entrevista convenida. Carlos

les recibió benévolutamente y les regaló á cada uno un buen diamante. Los duques de Berry, Borgoña y Borbon, se presentaron á Ricardo á su vez con análogo objeto, pero éste les replicó que la paz y la amistad no se probaban con el lujo de los ropajes, y que él por su parte no necesitaba de grandes ceremonias para una entrevista totalmente amigable y cordial.

Cuando el duque de Borgoña, regente durante la locura del rey, se encargó de impedir que la viuda de Juan, duque de Bretaña, se llevase sus hijos á Inglaterra, ejerció su munificencia con un propósito altamente laudable. Las generosidades del duque tuvieron mas fuerza que las armas, para oponerse á las artes del príncipe inglés, que si consiguió á la viuda por esposa, no pudo obtener la posesión del ducado con el joven heredero hijo de aquella. La victoria debió costarle al Regente una suma importante, puesto que los regalos, segun costumbre, consistían en ricas alhajas.

A la conclusion del banquete que le dió la duquesa en Nantes, á donde le llevó su diplomática empresa, el duque Felipe la hizo el presente de una rica corona de *crystal* y otra de oro, adornada con perlas y piedras preciosas. Dió además al joven duque un broche de oro con perlas y rubíes, un precioso diamante, y una porción de vajilla de plata. A cada uno de los hermanos del duque, Arturo, conde Richmond, y Julio, conde de Bretaña, les regaló un collar de oro con perlas y rubíes. La condesa de Rohan, tía de la duquesa, aceptó un diamante muy bueno de mano del galante negociador, y un rico broche cada una de las señoras que se hallaban presentes. Los señores que se hallaban de corte y los empleados de la casa de la duquesa, participaron tambien ampliamente de aquella régia distribución. El resultado, pues, no podia ser dudoso. El duque se granjeó así la confianza que deseaba, y se le nombró tutor de los niños y curador de su herencia. En un convite que dió al rey y á la corte en el Louvre en 1403, distribuyó regalos á sus huéspedes, y entre ellos se contaron once diamantes evaluados en 785 coronas.

En el casamiento de su segundo hijo, á todos los señores de los Países-Bajos que se hallaban presentes, les regaló piezas de terciopelo verde y raso blanco, y joyas por valor de 10,000 coronas.

Dos años despues de su visita á Bretaña, este grande y poderoso fundador de la casa de Borgoña, cuyas inmensas rentas le hacían uno de los príncipes mas ricos de Europa, murió en la bancarrota: todo su almacén de ricas ropas y su colección de magníficas joyas, no hubieran sido suficientes para pagar sus deudas, á menos de deshacerse de una parte de sus territorios; y á fin de mantener indivisa la grandiosa herencia de sus hijos, le empedernida duquesa afrontó el acto vergonzoso de declarar en quiebra á su marido.

A la entrada de Luis XI en París, en su advenimiento el año 1406, Felipe el Bueno, duque de Borgoña, como era costumbre en los de su casa, superó la magnificencia de todos los demás nobles. La silla y frontal de su caballo estaban guarnecidas de diamantes, así como su vestido, en el que resplandecían con profusión. La escarcela que pendía de su cinturón, fué objeto de admiración general, pues estaba totalmente cuajada de pedrería. Las joyas que llevaba estaban tasadas en 1,000,000 de francos.

En el grupo de príncipes y señores que asistieron á la inauguración del nuevo reinado, el duque Felipe era el que mas sobresalía por su numerosa servidumbre. Cuando visitaba las iglesias, llevaba un séquito que no bajaba de cien caballeros, de los cuales no pocos eran príncipes y señores. Sus arqueros llevaban un suntuoso equipo. Mudaba de joyas diariamente; el cinturón que llevaba era á veces de diamantes, y de piedras preciosas su rosario, y no era raro verle salir con la gorra totalmente cubierta de pedrería. Los parisenses, que ya se habian hecho indiferentes á fuerza de ver tantos príncipes, corrían en tropel por las calles por ver al duque de Borgoña.

Felipe el Bueno, nieto del insolvente Felipe el Valiente, era cuando murió en 1467 el príncipe mas rico de su tiempo, á pesar de haber superado en liberalidad á todos sus predecesores. Dejó 400,000 coronas en oro, 7,200 marcos en plata, y un valor inmenso en ricas cabalgaduras, joyas, vajilla de oro adornada de piedras preciosas, y además una buena librería. Solo su ajuar fué evaluado en 2,000,000 en oro. Ningun soberano de Europa tuvo mas poder que este «*Gran duque del Oeste*» bajo el cual se unieron todas las provincias de los Países Bajos, desde Ems al Somme, union que dió un nuevo impulso á la industria, al comercio y las bellas artes, ya florecientes en aquellos países.

Las artes de lujo durante el último reinado, llegaron á un extraordinario grado de perfección. La magnificencia de los trajes, armas, joyas y arreos, no tuvo rival en los tiempos pasados, y pudéramos casi añadir que ni en los posteriores. El siglo XVI, llamado del hierro á causa de la belleza y perfección de las armaduras y otros objetos de acero, con igual razon pudiera denominarse el siglo del oro y de las joyas.

El arte de la joyería, postergado en Francia por la indiferencia, así como por las leyes suntuarias de Luis XI, se desarrolló en los Estados de Borgoña y Flandes hasta un grado de perfección y elegancia sorprendentes. Terciopelos, rasos, tejidos de oro y de plata, toda tela ó ropa por costosa que fuese, se enriquecían aun mas y mas por la adición del oro y la pedrería. Los joyeros anteriores á Benvenuto Cellini hicieron

(1) Miss Strickland.
(2) Idem.
(3) Idem.

(1) Miss Strickland.

maravillas en el arte, de tal manera, que eran muchos los casos en que el valor de la mano de obra de los objetos, excedía al del oro y piedras preciosas que contenían, á pesar de la profusion con que se las empleaba.

Cárlos, llamado el Valiente por los escritores ingleses, y con mas propiedad el Temerario por los franceses, eclipsó con su pompa y lujo á todos los príncipes de su casta, como quien debía hundirse con la riqueza, esplendor y poder de la casa de Borgoña. La magnificencia de los vasos y demás objetos sagrados de la capilla que se le preparó en Aix-la-Chapelle el año 1473, causó un verdadero asombro en los sencillos alemanes. Cuatro mesas cubiertas con tapetes tejidos de oro, ostentaban una riqueza inmensa: entre otros objetos descolaban los doce apóstoles de plata sobredorada; diez figuras de santos de oro macizo; un número considerable de grandes crucifijos de oro y plata del mas exquisito trabajo, y ricos en diamantes; cuatro candelabros de plata maciza, y dos de oro macizo; una urna de oro y diamantes que contenía las reliquias de San Pedro y San Pablo, y un tabernáculo todo de oro. El mas precioso entre todos aquellos hermosos y raros objetos, era un lirio de diamantes con un clavo y un pedacito de madera de la verdadera cruz, en el cual se veía montado un diamante «de dos dedos de largo.»

En la entrevista que tuvieron en Treves el duque de Borgoña y el emperador algunos dias despues, se presentó aquel con una completa y preciosa armadura, sobre la que ostentaba un manto alhajado con oro y diamantes por valor de 200.000 ducados. El emperador vestía un traje largo de tejido de oro bordado de oro.

El duque se presentaba con igual porte donde quiera que hiciese su entrada oficial. En la de Dijon, aquel mismo año apareció deslumbrante por la profusion de perlas y diamantes, y en su entrada triunfal en Nancy, el año 1471, la corona ducal que llevaba sobre el gorro carmesí que cubría su cabeza, era tan rica en diamantes y perlas, «que ella sola valía bien todo un condado.»

Cuando la derrota que sufrió este temerario príncipe en Granson, en 1474, sus rudos é ignorantes vencedores tomaron por prete su magnífica vajilla de plata, y el oro por metal dorado, y todo lo vendieron á vil precio. Las magníficas colgaduras de seda y terciopelo, bordadas de perlas; las sogas de oro que sostenían la tienda de campaña del duque, la ropa de oro adamascado, el encaje de Flandes, las alforbras y colgaduras de la famosa fábrica de Arras, de las que se encontraron en los cofres en cantidad inmensa, todas fueron cortadas y vendidas al menudeo.

La tienda del duque estaba rodeada de otras quinientas, en las que se alojaban los señores de su corte y los empleados y dependientes de su casa, y se distinguía al exterior por el escudo adornado de perlas y pedrería: en el interior estaba colgada de terciopelo carmesí, bordado de follaje de oro y perlas, y los cristales de las aberturas, que se le hicieron á manera de ventanas, estaban encajados en bastidores de oro.

La silla en que se sentaba para recibir embajadas y dar audiencia, era de oro macizo. Su colección de armaduras, espadas, dagas y lanzas, con incrustaciones de marfil, era de un portentoso trabajo, con los puños y guarniciones tachonadas de rubíes, záfiro y esmeraldas. Su sello de dos marcos de oro de peso, sus pinturas en tabla guarnecidas de terciopelo, entre las que se hallaban su retrato y el de su padre, su insignia y collar del Toison, y un infinito número de preciosas alhajas todas fueron saqueadas, dispersas y destruidas.

La tienda que servía de oratorio era de una riqueza inmensa, de la cual varios de los objetos que contenía causaron la admiración de los habitantes de Aix-la-Chapelle dos años antes, como ya de ello hemos hecho mención. El tesoro del duque cayó también en poder de los confederados suizos, y era tan inmenso que por ahorrar tiempo, en vez de pesar el dinero se distribuyó á sombreadas. De la historia de los tres famosos diamantes, y de otras de las principales joyas de la corona de Borgoña perdidas en aquel terrible día, nos ocuparemos en otro lugar.

Los españoles é italianos de los siglos xiv y xv ostentaban en su porte el lujo mas desmedido. Tejidos de seda, y de oro y plata cargados de bordados y pedrería, eran las ropas de que se componían sus trajes, según se vé por los retratos de aquella época. El traje de una jóven duquesa italiana de aquellos tiempos, era rico sobre toda ponderación.

Según las pinturas que hemos visto de la reina de Chipre, rodeada de sus nobles damas venecianas, el cuerpo de los trajes de las señoras estaba adornado de pedrería con una profusion, que sin embargo no perjudicaba á la elegancia del conjunto.

El aderezo de Beatriz de Este era en extremo rico y elegante. Consistía en un grupo de perlas, y un adorno compuesto de piedras preciosas y caídas de perlas de gran tamaño, colocado cerca de la oreja. Llevaba además una sarta de grandes perlas que despues de rodearla la garganta bajaba á posarse sobre su seno. Leonor, infanta de Portugal, y Federico, duque de Urbino, se cubrían materialmente de alhajas.

Entre los príncipes italianos mas distinguidos por su importancia, magnificencia y buen gusto por las artes de lujo, se cuenta á Martín II, señor de Verona, Brescia, Parma y Lucca, que murió el año 1351. Sus vestiduras y armadura fueron las mas ricas de aquel siglo. La casa de Visconti fué también famosa por su lujo. En la coronación de Galeas Visconti, la corona ducal

de perlas y pedrería que le colocó en la cabeza el plenipotenciario imperial, estaba tasada en 200.000 florines, ó sean 1.666.600 reales.

El vestuario de un noble milanés consistía en un gorro de terciopelo negro rodeado de una corona de perlas; un traje de brocado de oro ribeteado de terciopelo carmesí bordado de perlas, y lo completaban un rico collar de perlas con un broche de pedrería y espada con empuñadura de oro de martillo, según la exacta representación de una pintura de Bartolomé Montagna, del año 1498.

El lujo de los españoles marchó al nivel de los príncipes de Francia é Italia, mientras que en prodigalidad superaron á todos, excepto los príncipes de la casa de Borgoña. España fué la primera en introducir la costumbre oriental de regalar alhajas á los convidados en los banquetes. Entre los innumerables ejemplos de esta régia munificencia, citaremos solo el del conde de Haro, que en 1410, habiendo tenido el honor de hospedar en sus dominios á la reina de Navarra y su hija, preparó festejos, cuya descripción parece tomada de algun cuento de hadas. Al final de una de las fiestas, el noble huésped se arrodilló á los pies de la princesa, y ofreciéndola una joya de gran valor, la dió gracias por la señalada honra que á su casa había dispensado. La misma ceremonia se repitió con la reina, y á todas las señoras presentes se les hizo también el regalo de una alhaja, que no era nada menos que un anillo con un diamante, esmeralda ó rubí. A todos los caballeros del cortejo real se les hizo el presente de una mula, ó una pieza de rica seda, ó de brocado ó de una piedra preciosa.

Cuando los reyes de España y Francia se reunieron á conferenciar en las márgenes del Viduaos el año 1614, ellos y su séquito respectivamente ofrecieron el contraste mas singular.

El avariento y astuto Luis XI, descuidado y rústicamente vestido como acostumbra, iba seguido de sus cortesanos mal ataviados por servir imitación de su príncipe; mientras que Enrique IV, en el rico y agraciado porte español de aquella época, preñado de joyas, se presentó escoltado por su guardia morisca lujosamente equipada y con un séquito de nobles suntuosamente vestidos. D. Beltran de la Cueva, favorito del monarca castellano, se distinguió por el esplendor de su ropa sembrada de alhajas y sus botas bordadas de perlas. Su falda estaba tapizada con tisú de oro, y las velas eran de tela de brocado.

A fines del siglo xv y principio del xvi, el comercio de piedras preciosas de toda Europa se reunió en las manos de los Fuggers y Obwexers, ricos comerciantes de Augsburgo.

CAPÍTULO VI.
Siglo XVI.
(1500 á 1560.)

Luis XI, que mostraba en su propio atavío personal la mas sordida avaricia, que se hacía servir la comida en vajilla de peltre, cuyos desfilfarros en punto á joyas consistían en las pequeñas *enseignes* ó imágenes de santos de plomo con que las mas veces adornaba su mugriento sombrero, no era á esperar que dispensase ningún género de protección al arte de la joyería, si bien estimulado por el miedo ó la codicia, no dejaba de llevar algunas ricas ofrendas á los templos para hacerse al cielo propicio.

Despues del breve reinado de Cárlos VIII, que puede decirse no comenzó hasta el año 1491, y terminó en 1496, el de Luis XII es el que deba ocuparnos. La corte de este monarca superó á las de sus predecesores, no solo en magnificencia, sino en buen gusto y elegancia. La aurora de aquel sol que había de glorificar el reinado de Francisco I, se apresuró por la discreta protección que las artes recibieron del cardenal d'Amboise. La liberalidad de este ministro, al paso que nutría al naciente génio y le impulsaba á un poderoso desarrollo ulterior, introdujo una nueva faz en el arte de la joyería y la platería. No podía darse perito mas inteligente para apreciar el gusto italiano, como de ello se acreditó por los objetos que importó de Milan y Génova, y por los artistas que atrajo á Francia, con cuyos elementos se introdujo en ésta el arte italiano que sobrevivió á Luis XII, y fijó el estilo de la época de su sucesor.

El número y valor de las joyas y vajillas que reunió el cardenal, eran tan considerables, que á uno solo de sus sobrinos le dejó en su testamento una pieza de vajilla tasada en 200.000 coronas, toda su vajilla de plata sobredorada, y una parte de la de plata por valor de 5.000 marcos, quedando aparte la herencia pontifical, que se dejó intacta y se estimaba en 2.000.000, y el mobiliario de su castillo de Gaillon, que mandó para otro sobrino suyo.

Los retratos que se conservan de Francisco I y de los personajes de ambos sexos de su corte, muestran satisfactoriamente el buen gusto de aquella época. Señoras y caballeros ostentaban cinturones, bandas, cofias, cadenas de oro, collares y anillos cargados de pedrería. Con razon exclamaba uno de sus contemporáneos: «Esta gente se echa encima sus tierras y molinos.»

Los preciosos ornamentos de los reinados de Francisco I y sus inmediatos sucesores, eran tan ricos por el gran trabajo artístico, como por la pedrería de que estaban compuestos, y esto no tiene nada de sorprendente cuando sabemos que artistas como Leonardo de Vinci, Rosso, Nicolas Primaticcio y sus discípulos, no se desdibujaban de diseñar los modelos de tan soberbias alhajas. En el inventario de las de Enrique II, hecho en 1560, entre los anillos, pendientes, brazaletes y medallones, se hace mención de muchos que fueron trabajados por Benvenuto

Cellini. Desgraciadamente hace mucho tiempo que todos ellos han desaparecido. Aquel artista sobresalía en los medallones, llamados retratos ó *enseignes*, de oro, que los hombres llevaban de adorno en sus sombreros y las señoras en la cabeza.

Ya en 1538, Benedicto Ramel (Ramelli) había hecho un retrato del rey, según aquella moda, que costó 300 libras tornesas. En el reinado de Enrique II estos medallones, tal como se los describe en el inventario, eran portentos del arte de la joyería, en los que se veían combinados de la manera mas delicada é ingeniosa el oro, el esmalte, la plata y la pedrería de todas clases. El siguiente extracto del inventario, dará una idea de lo que eran esta clase de joyas: «Un medallón de oro representando varias figuras, guarnecido de diamantes rosa; otro tambien de oro, fondo de lápiz-lázuli, figura de Lucrecia; otro medallón con marco de oro, con la figura de Ceres en una ágata, el cuerpo de plata, el ropaje de oro; otro medallón con un David y un Goliath, la cabeza, brazos y piernas de ágata.»

Brantome da una descripción de los trajes de las señoras, representando ninfas y diosas en un espectáculo con que la reina de Hungría divertió á sus régios parientes el emperador Cárlos V, su hijo el rey de España, y la reina Leonor. Las seis oreadas llevaban cada una un diamante media luna en la frente. Palas y sus niñas iban vestidas de plata tachonada de perlas. Pomona, representada por una niña de nueve años, hija de una de las señoras de la corte de Leonor, llevaba en la cabeza un adorno de esmeraldas, en representación del fruto á que se supone preside aquella diosa. Al emperador y su hijo presentó palmas de esmalte verde cargadas de grandes perlas y piedras preciosas, y lo que aquella diminuta diosa ofreció á la reina Leonor fué un abanico en cuyo centro se hallaba un espejo guarnecido de pedrería de una riqueza excesiva.

En un espectáculo semejante á éste, con que en Lyon se festejó á Enrique II, Diana y sus ninfas llevaban botas de raso carmesí, ricas sargas de perlas entrelazadas con sus cabellos, á cuyo adorno contribuían además gran número de piedras preciosas de gran valor. En la frente ostentaban una media luna de plata salpicada de pequeños brillantes.

En el reinado de Francisco I se introdujo la moda de las alhajas alegóricas ó emblemáticas, y se generalizó de tal manera, que no se hacía ningún aderezo ó adorno personal que no fuese con el designio de expresar el estado del ánimo de su dueño, del donador ó del receptor. A veces aquellos sublimados conceptos ornamentales eran tan trabajosos y traídos por los cabellos, que se convertían en verdaderos enigmas indescifrables de la pasión ó sentimiento que con ellos se pretendía expresar. Los mas distinguidos personajes de la corte ejercitaban su ingenio en aquellas invenciones. La relación que hace Brantome de un acto de esa galantería de parte del tan acreditado en ella, Francisco I, muestra la importancia que se daba á aquellas imaginarias alusiones. La señorita de Helly, despues duquesa de Estampes, que había logrado suplantar á la condesa de Chateaubriand en las afecciones de Francisco I, excitó á su régio admirador á reclamar de la duquesa las ricas joyas con que la había obsequiado, llevada, mas que de su valor intrínseco, de la importancia de los preciosos conceptos que contenían, ya grabados ó simbolizados, los cuales habían sido compuestos por la hermana del rey, Margarita de Navarra, que era gran maestra en el arte.

El rey, deseoso de complacer á su seductora sin reparar en la vileza de la pretension, envió una persona de su casa á pedir las joyas á la condesa, quien fingiéndose enferma, citó al mensajero para entregárselas dentro de tres dias. En este intervalo, aquella airada señora, mandó fundir todas aquellas memorias de su amante, haciendo desaparecer sin piedad los *sutiles é ingeniosos conceptos* que encerraban en su composición, y cuando el comisionado volvió, le presentó varias masas de oro informes, diciéndole: «lleval esto al rey, y decide que le devuelvo la materia de lo que tan liberalmente me había dado, pero que en cuanto á la forma y á los conceptos que aquellos presentes encerraban, se imprimieron tan profundamente en mi corazón y me eran tan caros, que me sería imposible consentir que nadie los poseyese ni se lisonjearse con ellos un solo instante.» Enterado el rey de la contestación, mandó devolver los restos de las alhajas, diciéndola que no le había movido á pedir las su valor material, pues este tenía pensado compensárselo con exceso, sino el mérito de la composición de conceptos que encerraban, y por lo tanto que habiendo sido estos destruidos, ya no tenían para él ningún valor, añadiendo «que se había conducido con una osadía y un despecho, de que no hubiera creído capaz á una dama.»

Los *Comptes Royaux* son un testimonio del buen gusto de Francisco en punto á joyería. Entre un gran número de compras hechas por él, figuran un cinturón de oro guarnecido de pedrería, una guarnición de rubíes y diamantes, y un collar de diamantes, que pertenecieron á Roberto Rousset, joyero de París, adquirido todo por la suma de 3.600 libras tornesas, ó sean 14.220 reales próximamente.

Desde el reinado de Francisco I al de Luis XIII, la mayor parte de las alhajas estaban adornadas de perlas y piedras de colores. Alguna vez se veía un diamante colocado en el centro de un broche de pedrería. Las perlas continuaron en uso con preferencia hasta la muerte de María Teresa de Austria, que fué cuando los brillantes se hicieron de moda.

El lujo en joyas que se desplegó en la famosa junta del paño de oro estaba en armonía con la estravagancia que privaba en otras cosas. La sala de los banquetes en que Enrique VIII obsequiaba á Francisco I, estaba colgada de tisú de oro con realce de plata, y los marcos eran de tisú de plata bordado de oro, con un ribete de trenza de oro macizo tachonado de perlas y pedrería. Había en aquella pieza un aparador de siete estantes llenos de vajilla de oro y sin vajilla ninguna de plata (1). La alfombra del trono de la reina de Inglaterra estaba bordada de perlas. Cuando Cárlos V partió de Calais para Gravelines, su tío le regaló un hermoso caballo inglés y un tapete de tisú de oro bordado de piedras preciosas.

La mantilla española que llevaba Catalina de Aragon el dia de sus bodas, tenía una guarnición de oro, perlas y pedrería de cinco pulgadas y media de ancho, y era tan larga, que le cubría una gran parte del rostro y del cuerpo, todo lo cual supone un peso excesivo para una débil señorita.

El rey de Inglaterra parece haber sido tan apasionado de las galas como su primo el francés, si hemos de juzgar por sus pinturas y por las descripciones de algunos de sus séquios. Cuando fué á recibir á su novia Ana de Cleves, llevaba una casaca de terciopelo púrpura muy ajustada, toda bordada de oro adamascado liso, con una trencilla entremezclada al través, de modo que apenas se descubría el fondo... las mangas y pechera eran abiertas y guarnecidas de galon de oro y se abrochaban con grandes botones de diamantes, rubíes y perlas, de una riqueza incomparable. La casaca de boda de Enrique, de raso carmesí, acuchillada y bordada, se ajustaba con botones de diamantes.

El traje de boda de Ana de Claves era «de una rica tela de oro con espesos bordados de grandes flores, hechos con perlas orientales.» Llevaba una corona de ricas piedras, y joyas de gran precio en la garganta y talle. El *partlet*, especie de camisa ó hábito que usaban las señoras, era bordado comunmente de seda é hilo de oro, pero las de gran rango los adornaban con pedrería.

El traje de la reina María en su casamiento con Felipe, rey de España, era á la moda francesa, y se componía de una ropa de rico brocado con fondo de oro, con una larga cola espléndidamente guarnecida de perlas y diamantes de gran tamaño. Las mangas eran largas, vueltas y sujetas con racimos de oro, con perlas y diamantes, y su cofia tenía un bordado de dos hileras de grandes diamantes. La túnica cerrada que llevaba debajo del vestido, era de raso blanco con labores de plata. Al pecho ostentaba aquel precioso diamante de un valor incalculable que le envió su régio esposo por conducto del marqués de las Navas.

El rico traje de raso blanco que vistió la reina Isabel de Inglaterra, para asistir al torneo que se dió en el reinado de María, el 29 de Diciembre de 1554, estaba todo cubierto de una especie de pasamanería de grandes perlas.

Ningún soberano de Europa mostró jamás una pasión tan desordenada por la joyería como la reina Isabel, en la que se veía tan lisonjeada, que por la descripción de sus alhajas y número y valor de los presentes que se le hicieron, se diría que apenas les debían quedar á sus cortesanos las suficientes para ataviarse, y sin embargo, todos se presentaban cubiertos de ellas.

El manto real y cola de María Estuardo en sus nupcias con el deñin, era de un azul pálido de terciopelo recortado. Tenía el desmedido largo de seis toesas, cubiertas de pedrería, y se la iban sosteniendo varias damas. No obstante el peso enorme que debía tener aquella desmesurada cola, la novia bailó sosteniéndose por detrás un caballero que la seguía en todos sus movimientos á través de la confusión de los grupos.

Las joyas de María Estuardo, ricas y en gran número, adquirieron gran celebridad histórica por la frecuencia con que las reclamaba durante su largo encierro, y por la rapacidad de sus ilustres perseguidores.

La iniquidad con que Isabel se apoderó de las preseas de aquella ilustre prisionera, es demasiado interesante para que podamos omitir su relato.

«Por si aun fuese menester algo más que las cartas de Drury y Throgmorton para probar la confabulación del Gobierno inglés y el conde de Moray, citaremos el vergonzoso tráfico que se hizo con el rico aderezo de perlas de la reina María, que era de su propiedad particular, y que llevó de Francia á Inglaterra. Algunos dias antes que ella lograra fugarse del castillo de Lochleven, el regente envió las perlas y una selecta colección de alhajas de aquella secretamente á Londres por el seguro conducto de sir Nicolás Elphinston, que llevaba el encargo de negociar su venta auxiliado de Throgmorton, á quien fué dirigido con tal propósito.»

Como perlas que eran consideradas por las mejores de Europa, se hizo á Isabel la gracia de proponérselas con preferencia. Las vió ayer 2 de Mayo, escribe Bedutell la Forrest, embajador francés en Inglaterra, hallándose presentes los condes de Pembroke y Leicester, y las calificó de una belleza incomparable. Y las describe de esta manera: «Eran seis sargas de grandes perlas enartadas á manera de rosarios, con veinticinco de ellas de mayor tamaño separadas de

(1) Miss Strickland's *Queens of England*.

las demás y mucho más finas y en su mayor número negras. No hacía tres días que estaban aquí cuando ya varios mercaderes les habían puesto precio. La reina las quería por el que ofreciese el joyero que se propusiera obtenerlas. —Las vieron primero tres ó cuatro joyeros y lapidarios que las valoraron en 3.000 libras esterlinas, ofreciendo pagarlas al contado. Vinieron después varios comerciantes italianos que las tasaron en 12.000 coronas, á cuyo precio me han dicho las tomará la reina Isabel.

Las examinó últimamente un genovés que dijo valían bien 16.000 coronas, pero supongo que se las cederán á la reina por las 12.000. Al mismo tiempo sigue diciendo en su carta á Catalina de Médici: «No me he descuidado en dar á V. M. puntualmente noticia de lo que pasaba, aunque presumo que ella no les permitirá que la dejen fugarse. El resto de las alhajas no son de mucho tan buenas como las perlas. El objeto de que he oído hablar, con especialidad, es una pieza de unicornio ricamente tallada y adornada.» La suegra francesa de María, no más escrupulosa que su buena prima de Inglaterra, deseaba competir con ella en la adquisición de las perlas, conociendo que valían casi doble del valor en que habían sido tasadas en Londres. Especialmente deseaba adquirir algunas que ella había regalado á María, pero el embajador la escribió diciendo «que le había sido imposible satisfacer sus deseos, porque como le tenía dicho, estaban destinadas para la reina de Inglaterra, á quien se concedió la fijación del precio, y que ya era dueña de ellas.» (1)

El bajo precio á que se vendieron las perlas, fué causa de que la suerte inclinase su balanza en contra de la desgraciada María.

En una de sus cartas á Isabel, rogándole se templase algún tanto el rigor de la disciplina en que se tenía á sus amigos, hubo María de hacer alguna alusión á sus alhajas. «Espero también, decía ella, que prohibireis la venta del resto de mis joyas, que los rebeldes han ordenado en el Parlamento, puesto que prometisteis no se haría nada en mi perjuicio. Deseo que estuviesen mejor custodiadas de lo que puedo esperar, hallándose en manos de traidores. Tratándose de vos, ya es diferente, y me serviría de gran satisfacción que recibieseis cualquiera de ellas que fuera de vuestro agrado, como muestra de la buena voluntad que os tengo.»

De este generoso ofrecimiento se desprende que María no tenía el menor conocimiento del vergonzoso papel que había desempeñado la reina en la compra de las perlas á Moray por la tercera parte de su verdadero valor.

La infeliz María se esforzó con perseverancia, pero inútilmente, durante su prolongado encarcelamiento en avergonzar y amenazar á sus espolladores para recobrar sus alhajas. Los que la debían mayor afecto y gratitud, fueron los más codiciosos de poseer una parte de sus despojos. Lady Moray, de quien tan liberalmente se acordó en su testamento cuando se creyó en peligro de muerte, la correspondió con apropiarse cuantiosas joyas del depósito de las de su señora, como lo comprueba el siguiente extracto de una de las cartas de María Estuardo.

«De lo cual informado que tenéis en vuestro poder varias de nuestras joyas, tales como nuestra H de diamante y rubí, y cierta cantidad de otros diamantes, rubíes perlas y obra de oro, de lo que, según *memorandum*, os hacemos cargo: cuyas joyas, *incontinenti*, vistas las presentes, entregareis á nuestros verdaderos primos y fieles consejeros el conde de Huntley, nuestro lugarteniente, y mi Lord Stoun, quien, haciéndolo, os dará el debido descargo en nuestro nombre, y ello os servirá de recomendación para con nos á vosotros y á vuestros hijos. Y si no lo hicierais así, os aseguramos que no poseeréis tierras ni bienes en este reino, y os haremos merecedores de nuestra indignación. Y así, deseando obreis en conciencia, os sometemos á Dios.

María R.»

«En Futhurg el día 28 de Marzo, 1750.

«La gran H de diamantes y rubíes, particularmente reclamada por María, era un adorno de la figura de aquella letra que se usaba prendido al pecho, llamado el Gran Harry, que en su origen fué regalado por Enrique VII á su hija Margarita en su casamiento con Enrique IV, como parte de su equipo de boda, y, por lo tanto, en manera alguna no pertenecía á las joyas de la corona de Escocia, y sí á los bienes privados de María, quien era natural tuviese en gran estimación aquel vínculo de la casa de Tudor (2).»

CAPITULO VII.

Siglos XVI y XVII.

No bien subió al trono Carlos IX, cuyo reinado comenzó en 1560, reunió los Estados generales en Orleans para poner remedio á los abusos de los reinados precedentes. Las leyes sueltas fueron renovadas y aumentadas. Se prohibió á las mujeres el uso de adornos de oro en la cabeza á excepción del primer año de casadas, y se prescribió que las cadenas y brazaletes no fuesen esmaltados, bajo la multa de 200 libras.

Esta y otras numerosas restricciones sobre el traje y los adornos quedaron sin efecto, y el lujo fué aumentando entre la inquietud y ansiedad del Estado. Los disturbios que agitaban el país, llamando la atención de las autoridades á otros asuntos, impidieron la compulsión al cumplimiento de aquellos edictos. El bello sexo aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían de demostrar su soberano desprecio á la ley, á la razón, á la política, á las conveniencias del Estado, y en fin, á todo cuanto pudiera irles á la

mano en el desenfreno de sus caprichos y vanidades, en las cuales á su vez no les iba en zaga el sexo feo.

Lo que se ha dicho del comienzo del reinado de Carlos IX, puede repetirse con igual motivo respecto del de su sucesor, que ascendió al trono en Mayo de 1574.

Empleó los dos primeros años de su reinado en la pacificación de los disturbios, y se creyó que finalmente lo había logrado cuando concedió á los protestantes la libertad de conciencia y facultad de practicar el culto de su religión, por el edicto de pacificación que se publicó en Mayo de 1576. Entre los abusos que el rey trató entonces de reprimir era el lujo uno de ellos. El mal había tomado ya grandes proporciones; todas las clases se veían confundidas: el gran consumo había encarecido las materias, y el precio de las subsistencias se había elevado también proporcionalmente.

Las ordenanzas de los reinados precedentes se renovaron con imposición de multas de mil coronas (escudos) al infractor. Se prohibió además á todos los *roturiers* que no hubiesen sido ennoblecidos, usurpar el título ó vestido de noble, y á sus mujeres el uso del traje y ornamentos propios de las *damoiselles*, y los vestidos de terciopelo.

Por una ordenanza de 7 de Setiembre de 1577, aquel rey prohibió también muy terminantemente el dorado y plateado en madera, cuero, yeso, plomo, bronce, hierro y acero, excepto cuando hubiesen de servir para uso de los príncipes, ó para adornar libros devotos.

Iguals ó parecidas ordenanzas siguieron á las que hemos citado, con las minuciosas prescripciones de costumbre, sobre cuánta guarnición más ó menos se permitía en los vestidos, y si había de ponerse sobre las costuras ó en los ribetes, ó en alguna otra parte del vestido. La tranquilidad que produjo el edicto de pacificación, y que solo una vez se interrumpió en el discurso de ocho años, con motivo de una guerra de pocos meses en 1580, concedió espacio suficiente para la consolidación del orden público. En las diferentes ordenanzas subsiguientes observamos que se fijó una particular atención en especificar la moda de los trajes y ornamentos de las señoras. Por ejemplo, las *dames* y *damoiselles* solteras (1) como también las mujeres de los consejeros, y sus hijas, mientras permaneciesen solteras, podían usar en la cabeza prendidos de perlas y piedras engastadas en oro esmaltado; pendientes, collares, agujas para el peinado, anillos, cadenas, brazaletes, cinturones, cuentas y guirnalda, y broches, y botones en el frente de los vestidos, en las hombreras y en las bocamangas, pero de estos últimos solo se permitía una hilera.

El número de anillos que podían llevar las mujeres se especificaba también según los diferentes rangos.

Al paso que se contenía á las plebeyas en los costosos dispendios á que naturalmente no podían alcanzar sus medios, se dejaba á las nobles campo suficiente para extenderse en la satisfacción de sus caprichos. La boda de un tal De Vicour con una hija de Claudio Marcel, joyero favorito de Enrique III, fué honrada con la presencia de la corte en el palacio de Guisa, donde se celebró el día 8 de Diciembre de 1578. El rey compareció en una *entrée de ballet*, acompañado de treinta princesas y señoras nobles vestidas de telas de oro y plata, y de seda blanca, ricamente prendidas de joyas de gran valor.

(Continuará.)

Á TÍ.

¿Por tus lindos balcones no dice el aire, que vuelan mis suspiros á despertarte?

¿Eres de hielo, ángel de mis amores, sol de mi cielo?

Aquí, dentro del pecho tengo tu imagen; encanto de mi vida qué daño me haces.

Yo en el invierno y tú en la primavera terrible infierno.

Un torrente constante de amor divino me absorbe la existencia, crudo martirio.

Por Dios te apiada y acuérdate á lo menos una mirada.

Pero que me revele luz, gloria, fuego, amor hasta el delirio, tormenta, infierno, Dame existencia que todo me has robado valiosa prenda.

Un suspiro de amores te envía el alma mas puro que el aljofar de la mañana; guárdalo atento antes que lo evapore traidor el viento.

Tú, perfume escogido de la esperanza, la mas hermosa joya

que tuvo el alma, por despedida á tu antojo decide: ¿quedo sin vida?

Muy pronto se ha nublado el cielo mio, viví siempre en zozobras fué mi destino.

Nueva sirena adormeció tu canto mi horrible pena.

Aroma de mi vida, flor mejicana, sácame del desierto con tu mirada.

¿Haz lo que quieras! ó viviré soñando con mis quimeras.

ANDRÉS AVELINO DE ORIHUELA.

Á LA PRIMAVERA.

Ramillete sin par, cetro de Flora; Galana, rica y aromosa ofrenda, Con que al año una vez al hombre brinda Amorosa y gentil, naturaleza. Vergel lozano do vertióse henchido El prolífico cuerno de Amaltea, Cual torrente de joyas perfumadas Que bordan, al cubrir, su alfombra bella. Amante beso que en ardor fecundo Un dios de amores imprimió á la tierra Que á tan dulce contacto engalanóse Con sus varias, magníficas preseas. Del árido terreno por do cruza Con dolorida planta la existencia, Tú brotas, como brotan los oasis Del desierto en las cálidas arenas. Estacion que cobijas los amores Bajo el manto feliz de tu belleza, La hija, tú, de cuantas gusa el año Al par de mas querida, mas perfecta. Te espera ansioso cuanto ser germina, Y esta esperanza su vivir alienta, Cual esperan las flores la mañana, Cual triste el alma su consuelo espera; Y llegas entre aromas y colores Dulce vertiendo la esquisita esencia Que en perdido Eden debió sin duda La atmósfera formar pura y serena. ¿Cómo las cuerdas de mi bronca lira Osaré yo pulsar con torpe diestra, Para entonar el canto que á tí el mundo Cual sacro incienso de continuo eleva? Se perdiera mi acento en los espacios Como angustiada voz en la tormenta, O como el ave audaz que alzando el vuelo Se pierde pronto en la azulada esfera. Solo un suspiro de mi amante pecho Pobre y humilde, aunque amorosa ofenda, Es el grano de alóe que en tus aras Quema mi dulce afán ¡oh primavera!

LUIS ALFONSO.

Abril, 1869.

LA ESTÁTUA DE COLON.

No era un hombre, era un Dios el que, á des- (pecho

De las tinieblas del error profundo, Juego y escarnio de los hombres hecho, Y armado de una idea contra el mundo, Dijo á ese mundo, altivo y satisfecho: «Yo, solo yo, vuestro saber confundo, Yo en mi pobre locura os desafío Con otro mundo inmenso, y nuevo, y mio!»

No era un hombre, era un Dios el que, (vagando,

De nacion en nacion, de trono en trono, Emulos miserables encontrando Do hallar pensara liberal patrono, Iba, bañado en lágrimas, rogando Mas tenaz cada instante en su abandono, Que vieran lo que ver solo él podia, Que tuviera la fe con que él creía.

No era un hombre, era un Dios el que, (agitado

Del raptó omnipotente del Profeta, Sin mas luz que la luz del inspirado, Y una alma audaz de abnegacion repleta; Viendo todo en su pérdida obstinado, Y osando todo, fabuloso atleta! Lanzóse, en pos de un ignorado mundo, A un ignorado mar, sordo y profundo.

¡Ay! ¿Dónde irá? ¿Quién ve, quién encamina, Ese feble batel, solo y proscrito, Que va, cual descarriada golondrina, Perdido en el azul del infinito? Parece una alma triste y peregrina A quien empuja el dedo del delito... ¡No! dejad! no temais: Colon va en ella: ¡Medid la inmensidad! Hé allí su estrella.

En vano ruje el huracan, y en vano La rabiosa borrasca se rebela, Y sacúdense ambiente el Océano Bajo la pobre y frágil carabela; Y cual si Dios negárale la mano, Huye la luz y la esperanza vuela, Y á un grito de despecho y de venganza, Contra Colon la turba se abalanza.

¡Ved! Cruza los brazos, y sereno Cieló y piélagó y hombres desafia; Vibra el ojo imperial, y el noble seno Abre al furor de la canalla impía; Pero esta vuelve atrás; y al son del trueno Y al recio azote de la mar bravía, Todo parece que á Colon ostenta Rey del peligro, Dios de la tormenta!

Mas... pasó la ovacion, la mar furiosa, Cual de asombro y cansancio se adormece; Sopla própero el viento, y generosa, Rauda la carabela le obedece; La quebrantada multitud reposa Y ya la virgen Alba se extremece

Mientras con ojo de águila altanera Colon, siempre de pié, mira... y espera! ¡Hubo luz... y hubo tierra! ¡Tierra! exclama De súbito una voz; y en el momento ¡Tierra! de popa á proa se proclama En himno de frenético contento; ¡Tierra! es el grito unsono que inflama La multitud en loco arroba miento Y á los piés de Colon lázase y llora, Y, Dios imaginándole la adora!

Pero él no vé, no escucha: entrambas manos En humilde oblation levanta al cielo, Vertiendo de sus ojos soberanos Llanto de gratitud y de consuelo. Vió y midió su mirar dos Océanos; Abrazó el mundo y lo encontró gemelo; Y, creador como Dios, de su delirio Brotó su creacion... y su martirio.

¡Su martirio!... tal fué la recompensa Que alcanzó al fin, cual Redentor de un mundo, Al conquistarlo con audacia inmensa Para la Cruz que en él plantó fecundo; Era para los hombres ala ofensa Su escelsa fe, su adivinar profundo, Y, para hacer mas grande su victoria, Santificaron con su cruz su gloria.

Mas, ¡ay! si, indigno de Isabel primera Tan mal el español te galardona, Cual tu irritada sombra alzáse fiera Colombia, hercúlea, espléndida amazona; Y en tu nombre es el triunfo su bandera, Y en tu nombre magnánima perdona; Y en tu nombre la fábula realiza, Y así segunda vez te inmortaliza.

Y hoy, en ese aderezo esplendoroso, De perlas y coral, que entrelazaron Dos mares en el cuello primoroso De tu indiana genti; do celebraron Las bodas que al fortísimo coloso Y á la Virgen del mundo prepararon Hoy van tus hijos, á la par dolientes, A dar honra á tu imagen reverentes.

Allí, do al sello de tu augusta planta Uniéronse dos cuartos de la tierra; Donde lloraste con angustia santa La iniquidad que la ambicion encierra: Allí el ángel serás que armado espanta Al que nos traiga servidumbre y guerra; Guardian del paraíso que tú mismo Con tu brazo arrancaste del abismo.

Álzate allí para que al mundo veas En incesante, hirviente torbellino, De amor y admiracion ricas preseas Detenerse á ofrendarte en su camino. Allí con mano justa balanceas De tus dos continentes el destino; Y oyes, en cada ola, á cada instante, Dos mares saludándote gigante!...

¿Pero qué! No te basta el monumento Que te fundó Dios mismo cuando el trazo Hizo de la creacion? ¡Al firmamento Amenaza en el régio Chimborazo; Mide la tierra su estupendo asiento, Y la equilibra su estupendo brazo! ¡Tú, génio de los géneos, sin segundo, Pedestal de tu estatua biciste un mundo!

RAFAEL POMBO (1).

RECTIFICACION Á LA POESÍA «EN EL CAMPO.»

Por extravío de la prueba en que constaban las correcciones de dicha poesia, insertamos la siguiente rectificación á la misma, que es tal como debia haber aparecido, y cuyas erratas habrán sabido salvar el buen juicio de nuestros lectores.

Verso 33, dice «suelto», léase «vuelto». 52, dice «que», léase «pues». 56, dice «Del», léase «O el». 66, dice «¡Oh! tu, tan solo tu naturaleza», léase, «Tú, tan solo tú, ¡oh! naturaleza». 81, dice «la gala», léase «las galas». 136, dice «dirigió», léase «disipó». 137, dice «su», léase «mi». 153, dice «un amante conquistando gloria», léase «mi amante, conquistada gloria». 155, dice «De», léase «Do». 181, dice «la agitan la brisa», léase «la agitan las brisas». 197, dice «balsámica lábio», léase «balsámico lábio».

(1) Nació en Bogotá, el 7 de Noviembre de 1834. Recibió su primera educacion en colegios particulares, y siguió la carrera de ingeniero en el Colegio militar de aquella ciudad. En 1853 partió para Nueva York de secretario de la legacion granadina, á cargo del general P. A. Herran.

El Sr. Pombo ha sido colaborador de *El Filotómico*, periódico político y literario, en 1851; fundador de *La Sesta*, periódico literario, en 1852; colaborador de *El Pasatiempo* y de otros muchos periódicos de aquella capital. Sus composiciones poéticas han aparecido en los periódicos citados, en *La Guirnalda*, en algunos periódicos de Guatemala, y últimamente en *El Mosáico* y en *El Noticioso* de Nueva-York. Tiene inéditas la mayor parte de sus poesías, entre ellas una leyenda original, muchas traducciones de Byron, y fueron interrumpidas por sus tareas diplomáticas la traducción en verso del *Childe Harold* y otras obras que llevaba adelantadas. La composicion que publicamos hoy es la repetida en muchos periódicos.

Madrid: 1871.—Imprenta de LA AMÉRICA, á cargo de José Cayetano Conde. *Floridablanca*, 5.

(1) Miss Strickland.
(2) Idem.

(1) Una *damoiselle* era una mujer de sangre noble, ya fuese casada ó soltera.

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la *pobreza de la sangre*, en las *nevrosias* de todas clases, las *fleres blancas*, la *diarrea crónica*, *perdidas seminales involuntarias*, las *hemorragias pasivas*, las *escrúfulas*, las *afecciones escorbúticas*, el *periodo adinámico de las calenturas tifoidales*, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mujeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja medica*, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C^a; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.



LOS MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las *fiebres amarilla y tífidea* y de las enfermedades epidémicas. — *Desconfiese de las Falsificaciones.* — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

INOFENSIVOS de esquisito perfume instantaneamente al cabello y a su color primitivo, por una simple aplicacion, grasas ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar *medades de ojos ni Jaquecas.*

TEINTURES DU DOCTEUR GALLMANN
QUÍMICO, FARMACÉUTICO DE 1^a CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos *Tintes perfectos*, se abandonan esos tintes debiles LLAMADOS AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 40 frs. — DR. GALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C^a.

IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam-pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones espereadas en el comercio. Precio: 16 & 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reúnen todas las perfecciones del *ARTE HERNIARIO*; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son elen interior de cautchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRE ALIENIE de DICQUEMARE aimé DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor.

Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fábrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 39. Depósito en casa de los principales peluqueros y perfumadores del mundo. Casa en Paris, rue St-Honoré, 297.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy dia la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de **LE ROY** son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Píldoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero **LE ROY**. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

PHARMACIE COTTIN

PURGATIF LE ROY SELON L'ORDONNANCE DU DOCTEUR SIGNORET

Avis Especial: Las Individuas recomiendo nos y tinas ophthalmitis.

Signature of Signoret
DOCTEUR-MÉDECIN ET PHARMACIEN

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el **ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR**, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor *Giraudeau de Saint-Gervais*, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades sífilíticas.

nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empujes y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Herpes, abcesos, goma, marrasmo, catarros de la vejiga, púldes, tumores blancos, asma nervioso, úlceras, sarna defenestrada, reumatismo, hipocondrias, hidropesia, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrófulas, escorbuto.

Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor *Giraudeau de Saint-Gervais*, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — *Desconfiese de las falsificaciones*, y exijase la firma que viste la tapa, y lleva la firma *Giraudeau de Saint-Gervais*.

PEPSINE BOUDAULT



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

la medalla única para la pepsina pura ha sido otorgada

A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT

la sola aconsejada por el D^r CORVISART médico del Emperador Napoleon III

y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las

Gastritis	Gastralgias	Agruras	Nauseas	Eraecos
Opresion	Pituitas	Gases	Jaqueca	Diarreas

y los vomitos de las mujeres embarazadas

PARIS, EN CASA de HOTTOT, Succ^r, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERÍA MERCERÍA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquerra, Valparaiso (Chile.)

JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1^a classe de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espantos de sangre, extincion de voz, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C^a, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en Habana, Lertiverend; Reyes; Fernandez y C^a; Sara y C^a; — en Mejico, E. van Wingerdt y C^a; Santa Maria Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C^a; Braun y C^a; — en Cartagena, J. Velaz; — en Montevideo, Ventura Garalcochea; — en Lascas; — en Buenos-Ayres, Demarchi Hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C^a; — en Guayaquil, Gault; Calve y C^a; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos á dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las *Grageas de Gélis y Conté*, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (*colores pálidos*); las *perdidas blancas*; las *debilidades de temperamento*, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo á las jóvenes, etc.



PILDORAS DEHAUT

—Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante.—Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, según la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoja, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan según sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentación, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad.—Los médicos que emplean este medio no encuentran enfermos que se nieguen á purgarse so pretexto de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instrucción. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

PASTA Y JARABE DE NAFE de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indubitable eficacia contra los Bronquitos, Gripe, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta.

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restituye á las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica á los niños y á las personas débiles, y por sus propiedades analépticas, preserva de las Fiebras amarilla y tifoidea. Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rúbrica de DELANGRENIER, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en París.— Tener cuidado con las falsificaciones. Depósitos en las principales Farmacias de América.

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comisión que se le confie.—Habana, Mercaderes, núm. 16.—E. RAMIREZ.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes. 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente. 30 » Per comisionado 32 » Ultramar y extranjero. 70 y 80

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

FOR D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ, REDACTOR DE «EL UNIVERSAL»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introduccion, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto. Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias. Se halla en las principales librerías.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

LINEA TRASATLANTICA. S. Liza de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana. Salida de la Habana también los días 15 y 30 de cada mes á las cinco de la tarde para Cádiz directamente.

VARIFA DE PASAJES.

Table with columns for destinations (Cádiz, Puerto-Rico, Habana) and fare classes (Primera, Segunda, Tercera).

Camaretes reservados de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesetas; á la Habana, 200 cada litera. El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente. id. Se rebaja un 10 por 100 sobre los dos pasajes al que tome un billete de ida y vuelta. Los niños de menos de dos años, gratis; de dos á siete, medio pasaje. Para Sisal, Veracruz, Colon, etc., salen vapores de la Habana.

LINEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinación con los correos trasatlánticos. Salida de Cádiz los días 1 y 16 de cada mes á las dos de la tarde para Alicante y Barcelona.

TARIFA DE PASAJES.

Large table with columns for destinations (Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz) and fare classes (1.º, 2.º, Cubta).

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Table listing correspondents for various regions: ISLA DE CUBA, FILIPINAS, CENTRO AMÉRICA, BOLIVIA, BRASIL, PARAGUAY, URUGUAY, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS-UNIDOS, PERÚ, and EXTRANJERO.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras. América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas. La correspondencia se dirigirá á D. Victor Balaguer. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Carmen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68 París, librería Española de M. C. d'Denne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street. Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.

TENEDURIA DE LIBROS.

10R D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoría y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 300 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante. Barcelona, Niubó, Espadería, 14.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid Bailly-Bailliere.—Habana, Chao, Habana, 100.



Jaquetas, Callosidades, Ojos de Pollo, Uñeros, etc., en 30 minutos se desembaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos.—3,000 curas auténticas.—Medallas de primera y segunda clases.—Por invitación del señor Ministro de la guerra, 2,000 soldados han sido curados, y su curación se ha hecho constar con certificados oficiales. (Véase el prospecto.) Depósito general en PARÍS, 28, rue Geoffroy-Lassner, y en Madrid, BORREL hermanos, 5, Puerta del Sol, y en todas las farmacias.

ENFERMEDADES DEL PECHO

COLORIS, ANEMIA, OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill. Precio 4 francos el frasco en París. Exijase el frasco cuadrado, la firma del Doctor Churchill y la etiqueta marca de fábrica de la Farmacia Swanon, 12, rue Castiglione, París

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

Curación instantánea de los más violentos dolores de muelas.—Conservación de la dentadura y las encías. Depósito Gral. en España. Sres. L. Ferrer y C.ª, Mentana, 31, pral. Madrid.

OBRAS DE TEXTO POR SALVADOR Y AZNAR. Teneduría de libros por partida doble.—Novena edición, aplicada á las obligaciones mercantiles, industriales, de la propiedad, la general del Estado y de los fondos provinciales, 43 reales. PRÁCTICAS DE CONTABILIDAD MERCANTIL ó problemas en borrador de una contabilidad completa, para su redacción en el Diario y Libro mayor, 8 reales. Librería Moya y Plaza, y particulas de Madrid y provincias. El autor, que vive en Venecia, 5, principal, los envía por el correo á 15, rs., y 10 rs. en sellos ó libranzas.